



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
FACULTAD DE HUMANIDADES

LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS

T E S I S

Memoria y resistencia femenina en *Cometierra* de Dolores Reyes: un estudio de las representaciones de la violencia

Que para obtener el título de:

Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas

Presenta:

Jimena Ramírez Olivares

Asesora:

Dra. María del Carmen Álvarez Lobato

Toluca, Estado de México, 2025

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I Tiempo de mujeres en Hispanoamérica: un panorama	7
1.1 Acercamiento a la escritura de mujeres	7
1.2 La escritura de Dolores Reyes	17
CAPÍTULO II Coordinadas de la violencia	25
2.1 Violencia como método de sometimiento	25
2.1.1 Las víctimas: un recorrido de la violencia	29
2.1.1.1 La madre	32
2.1.1.2 La feminización del cuerpo	40
2.1.1.3 La norma	46
2.1.1.4 La excepción	53
2.1.1.5 El indefenso	60
2.2 El cuerpo como territorio en disputa	64
CAPÍTULO III Poética de la resistencia	73
3.1 El sentido de pérdida en Cometierra	75
3.2 Cometierra como símbolo de fortaleza	80
3.2.1 Fraternidad y solidaridad	81
3.2.2 Pertenencia y la búsqueda de identidad	89
3.2.3 Persecución de la verdad	107
3.3 Resistencia femenina: memoria y denuncia	120
CONCLUSIONES	131
FUENTES CONSULTADAS	136

INTRODUCCIÓN

La literatura contemporánea se ve, en gran medida, influida por movimientos sociales y por el contexto sociocultural en el que se ven rodeadas las personas que deciden escribir. Por un lado, esto implica que los productos literarios han adquirido un peso y valor más profundo que ser parte de la literatura: tienen un peso cultural que pretende denunciar, gritar y mostrar la crueldad que existe dentro de la cotidianidad. Por el otro, busca ser punto de referencia y denuncia sobre aquello que acontece en el presente.

En este sentido, se expone que la literatura si bien se instaura en el colectivo como ficcional también produce efectos de verdad. Nombra lo innombrable, transgrede los límites y se coloca como el medio que permite expresar lo inexpresable. La violencia en la literatura es un cuestionamiento sobre las maneras en las que se pueden narrar los horrores que ésta causa.

Desde esta perspectiva la novela *Cometierra*, escrita por Dolores Reyes, demuestra y expone las representaciones de la violencia. En consecuencia, deviene en la construcción de una memoria tanto histórica como colectiva, así como una resistencia femenina caracterizadas por su capacidad crítica y reflexiva la cual se ve reflejada en su discurso. Por lo tanto, en el presente trabajo pretendo detectar y evidenciar dichas representaciones, sus implicaciones en las víctimas y la resistencia femenina como resultado que ofrece una forma de denuncia social.

La justificación de mi trabajo se da a partir de la contemporaneidad de la novela misma —publicada en 2019—. El análisis y estudio de ésta permitirán visualizar la forma en la que la realidad va ligada a la creación literaria. *Cometierra* llega a formar parte de la nueva narrativa argentina, se vuelve parte de la literatura de la violencia y de la denuncia. Ésta es la razón de que la novela retome situaciones socioculturales del espacio en el que se desarrolla.

La delimitación se dio a partir de la poca crítica que presentó la novela al momento de su publicación. El tema de la novela es cercano para Hispanoamérica, por lo tanto, actual y relevante para nuestra época. Sin embargo, se catapultó a últimas fechas debido a la polémica causada por la opinión detractora del gobierno argentino quien incluso pretendió

censurarla por considerarla *material pornográfico*, aunque su crítica fue poco seria y prejuiciosa y dista del discurso que la novela propone.

Así, el presente trabajo de investigación ha de convertirse en una de las primeras exploraciones críticas y académicas sobre la obra, pretende contribuir a su vez a los estudios sobre la violencia y sobre la resistencia como una práctica que permite a los grupos vulnerables sobreponerse a las condiciones sociales que les afectan. Finalmente, en palabras de Badiou, “las obras también son lo real y no meramente su efecto”.¹

Decidí aproximarme a ella desde un enfoque interdisciplinario entre el discurso literario y la denuncia social a partir de las herramientas de violencia y resistencia porque resulta urgente el estudio serio y profundo de *Cometierra* y estos conceptos me permitirán el señalamiento de lo que sí es la novela y el mensaje que detecto en las líneas de la escritura de Reyes.

Reyes escribe su novela después de la noticia de dos feminicidios, los cuerpos fueron encontrados cerca de la escuela en la que ella laboraba. Esto sólo sirvió para constatar una realidad dolorosa en la que la violencia y las mujeres parecen ser una dupla inseparable. Lo cual se puede reflejar en las cifras de feminicidio,² cada vez más en aumento, de Argentina.³ Las estadísticas son fluctuantes, mientras que en unos años pareciera que la situación va mejorando, basta que se haga el conteo del año siguiente para que sea notorio el error, no mejora, si acaso, sólo se mantiene y las mujeres han aprendido a vivir con ello.

Las cifras reflejan la Argentina a la que Reyes se ha enfrentado, ya que de otra forma *Cometierra* y el discurso de violencia que se detecta en sus líneas no tendría sentido sin estos

¹ Alain Badiou, *Pequeño manual de inestética*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.

² Si bien en Argentina y la autora utilizan el término de “Femicidio”, utilizaré el término “Feminicidio”, ya que me resulta propio al referir los asesinatos de mujeres por su condición de género, tomando en cuenta las relaciones de poder que, además, se vinculan con el Estado por acción u omisión, derivado de la impunidad existente. Éste es sistémico, asesina no sólo a la mujer y su cuerpo, sino también la significación dada al constructo cultural de su corporalidad, con la pasividad y tolerancia de un Estado masculinizado. Mientras que el “femicidio” denomina los asesinatos de mujeres como homicidios, pues no destaca ni toma en cuenta las relaciones de género, ni las acciones u omisiones por parte del Estado. Refiere al sustento de violencias que ya se encuentran en la comunidad y que no van dirigidas a las mujeres por ser mujeres, independientemente de si quien lo cometió fue un hombre, pero tienen consecuencias irremediables para las víctimas. (Ligia Pérez de Pineda, “Femicidio / feminicidio”, en Universidad Francisco Marroquín, s. f. Disponible en <<https://educacion.ufm.edu/femicidio-feminicidio/>>).

³ En 2023 el Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina registró un total de 250 víctimas de feminicidio. Las implicaciones son que al menos cada 35 horas hubo una víctima directa de feminicidio y una de la violencia letal de género cada 32.

sucesos. Si bien las estadísticas conforman un dato duro dentro del contexto literario, no puedo obviar el impacto que tienen y la violencia a la que refieren, tienen que mencionarse.

Con el referente de la novela se puntualiza y destaca la violencia a la que la realidad expone a la ciudadanía —con énfasis en las mujeres, niñas y cuerpos feminizados— de forma constante, además agrega un foco sobre las minorías que el discurso y sistema patriarcal considera ajenas. Y, aunque la violencia y sus consecuencias son abrumadoras, gracias al dolor se da la posibilidad de que “sólo el arte sea capaz de internarse en semejantes tinieblas, porque el horror es una parte de su conciencia crítica. [...] La obra de arte debe participar con su propia textura de ese desgarró, de esa violencia formal”.⁴

Cometierra se consolida como parte de la literatura de la violencia. Esto permite que la literatura se convierta en un espacio para decir todo lo que Argentina, con un antecedente de autoritarismo, no necesariamente quiere escuchar. Derivado de lo anterior expreso que entender a *Cometierra* bajo la mirada del análisis literario y las implicaciones que la literatura permite implica ampliar el panorama para percibir los matices. Así, el texto se convierte en un elemento de autodefensa que establecen las mujeres dentro de la estructura sistemática en el que la violencia se consolida como un sistema que permite comunicarse y transforma el lenguaje para quien lo escucha y quien lo habla.

Nicolás Bourriat explora y otorga el concepto de radicante, desarrolla el término como una herramienta para profundizar y comprender mejor la singularidad que permite el contexto territorial, es decir, “argumenta sobre la importancia que tiene el autor en el arte que genera, desde un punto de vista geográfico y psicológico”.⁵ El concepto de Bourriat permite entender los procesos con que se construyen los discursos artísticos, no como producto de inspiración, sino como consecuencia de la vida, experiencia e interpretaciones a partir de las mismas. Así se ha de hacer desde una lectura fluida entre el territorio de la autora y el territorio de los lectores.

La razón de que el feminicidio sea un tema recurrente se debe a que se encuentra asentado en el presente de Hispanoamérica —y de todo el mundo para el caso—, sin embargo, pareciera que nos atañe más a nosotres por la violencia constante y la impunidad

⁴ Theodor Adorno, *Teoría estética*, Barcelona, Hyspamérica, 1984, pp. 33, 71-73.

⁵ Nicolás Bourriat, *Radicante*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009.

que la acompaña. La violencia ejercida contra las mujeres en Argentina y en Hispanoamérica es un tema social y culturalmente arraigado, pareciera la herencia generacional más grande que las mujeres adquirimos y transmitimos. No es excluyente, nos abarca a todas, nos atraviesa a todas —siempre lo ha hecho— y nos enseñaron y aprendimos a lidiar con ella.

Por lo tanto, las autoras que se han dispuesto a reflejar esta condición en sus obras construyen una denuncia constante contra los sistemas que oprimen lo femenino y lo feminizado mediante el ejercicio de poder y la sexualidad. Cabe destacar que Reyes no es la primera autora en tratar el tema de los feminicidios. Existen referentes como lo fue *La Intrusa* de Jorge Luis Borges, *Cicatrices* y *La Pesquisa* de Juan José Saer, y hasta *Antígona* de Sófocles. Sin embargo, hay autoras que otorgaron su obra al mismo tema más recientemente y Reyes se integra en el conjunto del que Fernanda Melchor con *Páradais*, Laura Restrepo con *Los divinos*, Selva Almada con *Chicas muertas*, y Cristina Rivera Garza con *El invencible verano de Liliana* forman parte.

La cuestión con la necesidad de las escritoras de denunciar y exponer esto también parte del silencio, del pacto patriarcal, que impele a las masculinidades a permanecer indiferentes porque las muertes de las mujeres y de las corporalidades feminizadas a su vez les resultan irrelevantes. Reyes escribe desde la mirada de las silenciadas, de las olvidadas y ésa es la razón por la que el cuestionamiento permite que la lectura de la obra de Reyes se haga desde una postura ética más que teórica.

El acercamiento a la violencia y sus consecuencias a partir de la escritura ha de acompañarse de un malestar, no sólo por la crudeza de lo escrito, sino también por “la brutalidad de los eventos observados como por la incapacidad del texto para remediar aquello que constituye su objeto: hechos irreversibles que siempre preceden y sobrepasan lo que se escribe acerca de ellos”.⁶

Si bien Reyes ha mencionado que no desea ni pretende que su obra se clasifique como literatura feminista porque considera sería encasillarla, me resulta importante implicarla como tal; no bajo una teoría, sino a partir de una postura que ha de permitir una lectura

⁶ María Helena Rueda, “Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología)”, en *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, vol. 74, núm. 223 (2008), p. 346.

consciente de la obra. Francesca Gargallo ve el feminismo como una postura ética para reconocer a la otredad, desde esta perspectiva observa al otro como individuo al que se le negó la identidad a partir del momento en que se le negó la historia misma, la lengua, la historia, los intereses, así como las diferencias en esencia.⁷

Segato propone un concepto denominado “conciencia desnaturalizadora”,⁸ pensamiento que permite a los individuos asumirse como protagonistas en las dinámicas de género y les hace capaces de decidir entre las diversas formas en vez de actuar como prisioneros de una naturaleza ineludible. Y, en este orden de ideas, la literatura podría considerarse seguidora de esta conciencia desnaturalizadora y en esa literatura decido incluir la escrita por Reyes.

La literatura escrita por Reyes constituye una denuncia que al mismo tiempo funge como arte y cumple el propósito de ser arte, ya que, en palabras de Víktor Shlovsky: “The purpose of art is to impart the sensation of things as they are perceived and not as they are known. The technic of art is to make objects “unfamiliar”, to make forms difficult”.⁹ De esta manera considero las situaciones sociales en las que se desarrolla la obra para a partir de esto observar la obra desde una perspectiva argentina aunque quien lea la novela no sea del territorio de Argentina en sí.

Al tomar lo anterior en consideración, me aproximo a la interpretación de la obra a partir de la violencia, en la que refiero la variedad de los tipos de violencia que se observan en la novela, del mismo modo en que incluyo las corporalidades como víctimas de ésta; la resistencia, reflejada desde la ausencia/pérdida tanto de su madre como de su padre y sus cuidadores, la resiliencia a partir de conceptos como la fraternidad y la solidaridad en las que hago análisis de sus relaciones, su necesidad de pertenencia y la búsqueda identitaria que se le niega y que construye para mostrar una evolución y la creación de un símbolo, así como la persecución de la verdad en la que se requiere de voluntad y coraje, y la construcción de

⁷ Francesca Gargallo, *Feminismos desde Abya Yala*, Ciudad de México, Corte y Confección, 2014, p. 10.

⁸ Rita Laura Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2003, p. 142.

⁹ Víktor Shlovsky, “Art as a technic”, en Julie Rivkin y Michael Ryan (ed.) *Literary Theory: An Anthology*, Oxford, Blackwell Publishers, 1998, p. 18.

una memoria histórica que deviene en la denuncia social; analizándola desde estos mismos tres conceptos como guía medular.

El primer capítulo se divide en dos partes. La primera justifica un recorrido panorámico frente a la escritura de mujeres porque me permitirá explorar el contexto literario que posteriormente desencadenaría la libertad creativa de las mujeres. En la segunda parte propongo analizar la creación de una nueva literatura argentina que incluye ahora a la novela de Reyes como parte de la narrativa denunciante de las violencias experimentadas en Argentina, pero aplicable también para el resto de Hispanoamérica.

En el segundo capítulo expongo, a partir de la teoría de Rita Segato principalmente, el impacto de la violencia que se evidencia en la novela de Reyes. En el mismo hago un recorrido de las víctimas y las implicaciones dentro de cada una de ellas, organizadas por orden de aparición en la novela y a su vez por una cuestión temática en la que agruparé a ciertas víctimas en el mismo apartado. Asimismo aludiré a la cuestión corporal que permitirá profundizar la visión de la violencia en el mismo.

El último capítulo profundiza en la denuncia y el ejercicio de la resistencia dentro de la novela. En éste me aboco a analizar los ejes que constituyen el núcleo de Cometierra como personaje. Dentro de dicho núcleo priorizo tres ejes o fortalezas: la fraternidad y la solidaridad, la pertenencia y la búsqueda de identidad y la persecución de la verdad que permitirán entender el trayecto que concluye en la creación de la memoria histórica y colectiva que asumirá al final de la novela.

CAPÍTULO I

Tiempo de mujeres en Hispanoamérica: un panorama

1.1 Acercamiento a la escritura de mujeres

En el mundo de la literatura existen circunstancias y autorías que marcaron momentos en la historia. Para hablar, sin embargo, de la literatura femenina hispanoamericana —y de la escritura de mujeres¹⁰ en consecuencia— se tiene que conocer su contexto y las transformaciones que propiciaron que ésta pudiera hacerse notar. Realizo a continuación un recorrido sobre el panorama general respecto a dicha premisa.

De forma prioritaria resalto la existencia de una imperiosa necesidad de colocar más atención en ellas que en ellos, no sólo por el silencio al que se les confinó durante tanto tiempo, sino por la importancia de expandir la visión del mundo a partir de lo que ellas escriben y expresan que las voces masculinas no podrían enunciar. Las mujeres formaban parte al considerarlas musas, pero no artistas.

Con lo anterior no ha de entenderse —y no es mi intención implicar— que las voces masculinas no tienen importancia o no expanden una visión de mundo, sino que, dentro de su propia relevancia, los textos escritos por mujeres necesitan ser leídos, entendidos e interpretados desde una mirada diferente. Hay que interpretar sus silencios además de leer con especial cuidado lo que critican y cuestionan de una cultura que prioriza al discurso falocéntrico que se apropia de una identidad que se les ha negado.¹¹

La escritura de mujeres, a consideración de Adelaida Martínez —y a diferencia de la masculina—, se encuentra “comprometida a destruir los estereotipos temáticos y formales que la habían falseado”,¹² de modo que “subvierte las convenciones lingüísticas, sintácticas y metafísicas de la escritura patriarcal registrando la totalidad de la experiencia femenina

¹⁰ Entiéndase como escritura de mujeres a aquella que trata de temáticas narradas a partir de determinados factores. En ésta se percibe la existencia de características y rasgos que la distinguen de la del hombre, el tratamiento dado a su escritura no es el mismo que el de la literatura escrita por hombres. La escritura de mujeres, en su mayoría, cuenta con un tinte denunciante, con una complejidad distinta.

¹¹ Raquel Gutiérrez Estupiñán, *Una introducción a la teoría literaria feminista*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

¹² Adelaida Martínez, “Feminismo y literatura en Latinoamérica”, en *Revista Historia de las Mujeres*, año 1, núm. 3 (1999). Consultado en <https://www.cemhal.org/antiores/1999_2000/3_articulo.pdf>.

(social, espiritual, psicológica y estética) en textos que van desde la denuncia airada hasta lo lírico-intimista”.¹³

El discurso literario y el femenino puede concebirse como un espacio de poder desde el cual la transformación de las prácticas sociales es posible. Es decir, la escritura de las mujeres se presenta como una práctica subversiva en tanto trastoca el derecho históricamente patriarcal dado a la palabra escrita. Se ejerce entonces con una función desarticuladora de un sistema opresor, ya sea por la posibilidad de imponer un nuevo sentido o por permitir que se piense y se replantee la subjetividad femenina como se ha conocido.¹⁴

Kristeva puntualizaba que la literatura y el interés de las mujeres en torno a su propia escritura tenían detrás el deseo de afirmación femenina, el acercamiento a las posibilidades ofrecidas a partir de las mismas: “¿Por qué la literatura? ¿Será porque, frente a unas normas sociales, despliega una sabiduría y a veces la verdad sobre un universo reprimido, secreto inconsciente? ¿Porque duplica así el contrato social, revelando sus omisiones, su inquietante extrañeza?”.¹⁵

La escritura de mujeres entendida como una reivindicación de la voz femenina, una nueva expresión dentro de la literatura, propongo entenderla desde una mirada retardadora al sistema, como una pelea ejercida activamente para obtener el poder de la interpretación por parte de las mujeres. Sin embargo, antes de ahondar en este tema hay que hacer una revisión del origen: dónde comienza la escritura hecha por autoras.

El papel de la mujer, tanto literaria como culturalmente, se adhiere a una función pacífica en contraste con el machismo político e intrafamiliar y la identidad que pretenden reflejar atraviesa diversos aspectos, por lo que no resulta uniforme ni estática. De modo que la escritura de mujeres representa un afán sobre una identidad que no es uniforme pues atraviesa diversos aspectos de la cultura contemporánea.

Sara Beatriz Guardia hace un recorrido de la literatura y escritura femenina. De manera que, en aras de proveer al lector de un contexto que le permita entender los eventos

¹³ *Idem.*

¹⁴ Cecilia Secreto, “Herencias femeninas: nominación del malestar”, en C. Piña (ed.), *Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben)*, Buenos Aires, Biblos, 1997, p. 155.

¹⁵ Julia Kristeva, “Tiempo de mujeres”, en *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 201-202.

que propiciaron la escritura de mujeres, utilizaré el trabajo de Guardia,¹⁶ al que también añadiré puntualizaciones retomadas del trabajo de Miriam García Villalba.¹⁷

Guardia señala que la escritura de mujeres pasó por un proceso que puede visualizarse en seis etapas. En el primer apartado coloca a la escritura conventual como punto de partida. Una escritura controlada por confesores y guías espirituales, quienes regulaban, apoyaban o rechazaban los textos. Durante este momento lo femenino se subordinaba a lo masculino por jerarquía. Guardia coloca como punto de partida a Sor Juana Inés de la Cruz.¹⁸

El segundo apartado lo ubica en el siglo XIX. Contextualizado en el marco de la independencia de los países latinoamericanos de España, continúa la preponderancia respecto de la intolerancia y hegemonía del discurso masculino. En este apartado rescata a Juana Manuela Gorriti, Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner, Lindaura Anzoátegui y Adela Zamudio y a Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Puntualiza que su aporte se vio relacionado con el hecho de que, incluso siendo excluidas y marginadas del sistema de poder, otorgaron voz a los desvalidos y excluidos mientras cuestionaban las relaciones interraciales y de clase. La escritura de esta época se puede leer como una reflexión sobre la modernización y construcción de una nueva identidad basada en la integración de la mujer a la vida social así como económica.

El tercer apartado lo ubica en las primeras décadas del siglo XX. Durante este periodo se observa una inclusión femenina dentro de la literatura hispanoamericana que traería consigo cambios literarios dentro del canon masculino, mismo que había regido hasta el momento lo que se conocía y consideraba como literatura. Y, a pesar de esta inclusión, serían los escritores quienes definirían a las escritoras como un ente aislado, individual.

Sin embargo, para las escritoras este momento histórico se caracteriza por la expresión de su propio mundo interior que no teme ni se avergüenza de su condición de ser mujer, lo que se acompaña con la plenitud de sentirse artistas y libres, de acuerdo con Guardia

¹⁶ Sara Beatriz Guardia, “Literatura y Escritura femenina en América Latina”, Biblioteca Virtual FAHUSAC, s. f. Consultado en <<https://bvhumanidades.usac.edu.gt/items/show/3460>>.

¹⁷ Miriam García Villalba, “El grito de las silenciadas. Voces femeninas de la literatura hispanoamericana del siglo XX”, en *Revista Úrsula*, núm. 3 (2019), pp. 1-13. Consultado en <<https://revistaursula.com/wp-content/uploads/2019/11/Garc%C3%ADa-Villalba-Miriam-1.pdf>>.

¹⁸ Aunque también menciona que ya había otras escritoras aparte de Sor Juana, destaca, pero no era la única. Dícese de Sor Francisca José del Castillo y Guevara, y Teresa Margarida da Silva e Orta.

por un lado. Villalba, por el otro, denomina a este mismo periodo “mujeres que saben latín”, con lo que pretende dar cuenta de la formación de las escritoras, formación que canalizaban a usar como arma en sus luchas feministas.

Pero la escritura de mujeres no es enteramente femenina considerando que se adaptaba al molde estipulado y bajo los parámetros dados por la masculina. Sólo hasta el siglo XX se observó el surgimiento de lo que se conocería como una versión de *mujer moderna*, alejada de la figura de mujer encarcelada y limitada al espacio privado. Con el surgimiento de esta nueva mujer a las escritoras se les abre la posibilidad de pertenecer al mundo cultural que les había sido negado y con ello se pueden permitir iniciar o aspirar a tener una vocación literaria.

A partir de este cambio, la cultura, la sociedad, el entorno dejan de ver a la mujer como un sujeto pasivo para verla como un sujeto activo capaz de producir su propio discurso. Pasan de ser las musas a tomar asiento junto a los artistas. No por consideración y benevolencia de la alta cultura celada y procurada por los hombres propietarios de una ciudad letrada, sino porque como acto de resistencia las mujeres reclaman un espacio necesario e innegociable como lo es la escritura en aras del ejercicio de su voz y la toma de decisiones.

A consideración de Francine Masiello, la escritura de las mujeres representa una ampliación a las posibilidades estructurales de la novela, del mismo modo, hace hincapié en que la identidad de la mujer se vería como una respuesta a la narrativa masculina. Del mismo modo, la novela feminista cuestiona el dominio escritural de los escritores que se ratificaron mediante el uso de la violencia verbal y la defensa ideológica de un Estado hegemónico patriarcal machista.¹⁹

En este apartado Guardia menciona a aquellas escritoras que ella denomina como “las trágicas de la historia cultural latinoamericana”: Alfonsina Storni, Delmira Agustini, María Luisa Bombal y María Antonieta Rivas Mercado.

¹⁹ Francine Masiello, “Texto, ley, transgresión: especulación sobre la novela (feminista) de Vanguardia”, en *Revista Iberoamericana*, vol. 132-133, núm. 51 (1985), p. 807. Consultado en <<https://www.liverpooluniversitypress.co.uk/doi/epdf/10.5195/reviberoamer.1985.4114>>.

Ubicada en este mismo periodo, Villalba retoma el aporte de la crítica al momento de referirse a Victoria Ocampo,²⁰ debido a que su escritura representa un cambio en la postura en la que se había retratado a la mujer. Es decir, Ocampo decide colocarse a sí misma y a la mujer con un rol activo, que no muestra cobardía y se enfrenta a los hombres en el mundo literario, todo mientras defiende la libertad creativa de la mujer.²¹

En el recorrido propuesto por Guardia, el cuarto apartado —ya ubicado a partir de mediados del siglo XX— se encuentra marcado por los temas de marginación social, cultural, política y económica de las mujeres, además de la poca autoridad intelectual que se les concedía. Guardia menciona que era un momento en el que las mujeres latinoamericanas empezaban el recorrido en pos de su voz, en pos de escribir mirándose como mujeres.

Adelaida Martínez afirma que la literatura femenina durante este periodo se sostuvo en el eje geográfico México-Argentina representado por las figuras de Rosario Castellanos y Elena Poniatowska en México y Victoria Ocampo y Griselda Gambaro en Argentina. Martínez responsabiliza a estas autoras como las precursoras directas de una literatura que se puede calificar de feminista.²² A este periodo Villalba lo denomina “al filo del medio siglo”. Se trata de retirar las etiquetas que idealizan la figura de la mujer como el “ángel de la casa”, del cuestionamiento de lo establecido como femenino y sus aspiraciones: matrimonio, hijos, casa, esposo y comidas familiares como eje y justificación de la existencia de la mujer.

El quinto apartado se encuentra ubicado en los años setenta. Según el trabajo de Villalba la narrativa hispanoamericana de mujeres seguía insistiendo en el tema de la identidad, documenta nuevos comportamientos y hace hincapié en los cuestionamientos referentes a las aspiraciones establecidas, así como las dificultades que atravesaban. La escritura de mujeres en este momento de la historia permite y abre un espacio para el Otro,

²⁰ El lector ha de notar el hincapié a lo relacionado con Argentina, esto se debe a que el presente trabajo tiene como eje una novela cuya autora es argentina que se encuentra situada en el mismo país. Por lo tanto, resulta posible que a lo largo de este apartado se perciba una inclinación por mencionar datos y hechos que permitan entender y visualizar de forma más clara el avance respecto al contexto particular que rodea a Argentina.

²¹ Acoto aquí la importancia de no ignorar los contextos que rodeaban a determinadas escritoras como lo son las hermanas Ocampo o Lange. No demerito el trabajo de ninguna, simplemente reconozco que se encontraban rodeadas de un privilegio, contaron con un soporte masculino, ya fuera su esposo o su padre, que de algún modo les permitía la libertad de manejarse y a su escritura bajo otros criterios y estándares que Storni, por ejemplo, no tenía. Sin embargo, por fortuna, en las vanguardias las mujeres experimentarían una mayor libertad para poder desarrollar mejor su escritura.

²² Martínez, *op.cit.*, p. 7.

ése al que la literatura masculina silencia o aparta, por no permitirse aceptar siquiera la existencia de ese Otro; mientras menos cuenta dé de él, mejor.

De acuerdo con el trabajo de Guardia, este periodo pertenece a mujeres que utilizan una voz lírica con una intensidad expresiva, crean su propio texto literario y plasman el dolor en su obra. Los personajes femeninos son dotados de complejidad y enfrentan una lucha desde la soledad y la desventaja frente a la sociedad patriarcal. Aquí menciona a Blanca Varela y María Emilia Cornejo, Alejandra Pizarnik y Clarice Lispector.

Los movimientos sociales trajeron como consecuencia la creación de personajes que denotan los cambios en la vida femenina. Se observa una urgencia sobre las mujeres participando activamente del campo laboral y ejerciendo una militancia política. De esta manera, se percibiría que la escritura de mujeres producida en este periodo fue sobre una búsqueda profunda de la identidad femenina.

Lo que se asigna a la escritura de mujeres resulta directamente ligado a un proceso de concientización en el que la creación se ve nutrida de experiencias, vivencias o expresiones. Por lo que se tienen escritos que hablaban del voto, del papel social y político, de la locura, de libertad, entre muchos otros; el proceso de concienciación propuesto implica la problematización del despertar de la niña, que más tarde será el de la mujer y posteriormente cuestionará el rol de la madre. De tal modo que las escritoras han de otorgar a los personajes femeninos posturas del tipo “mujer niña”, caracterizada por conservar un dejo de inocencia y despreocupación, como lo hizo Norah Lange o de “mujer sabia”, que toma el rol de mujer activa, valiente, que defiende su libertad, como lo hizo Victoria Ocampo; o se trataban temas de la infancia, como Silvina Ocampo que escribía sobre niños que quemaban a sus madres. Es decir, las imágenes de lo vulnerable eran colocadas bajo otra mirada, una menos idílica y simplista que considerarles como solamente víctimas buenas e inocentes.

Hubo también escritoras como Marta Brunet que combinaría las posturas de Lange y Ocampo, permitiéndole a sus personajes atravesar una evolución. Les brinda la posibilidad de pasar de ser la mujer frágil y sumisa que termina por convertirse en aquella que tiene una personalidad fuerte y determinada. O como María Luisa Bombal, que decide que sus personajes femeninos aclamen su derecho de sentir placer durante el sexo, poniendo a discusión la necesidad de que la mujer pueda tener la libertad de expresarse sexualmente

dentro del ámbito literario con la misma naturalidad con la que se le ha permitido a los escritores masculinos. Esto evidencia la liberación sexual de la mujer.

En este sentido la escritura de mujeres cumple con papeles sociales que no han de ser insignificantes frente a sus contextos, funge como una nueva mirada que no se había explorado con anterioridad. Así, para Martínez, tanto la escritura de mujeres como “la literatura feminista, en cuanto está[n] comprometida[s] a reformar las estructuras del poder político, desempeña[n] una función crítica en la sociedad”,²³ con especial importancia en Hispanoamérica.

Ya para los años ochenta la escritura de mujeres se consolida y lo privado subvierte lo público. Las escritoras comienzan a formar y tomar parte de temas que hasta entonces se consideraban como masculinos y se alejan de la temática romántica y testimonial, lo que les permite explorar nuevas formas de expresión.²⁴ Menciona a Cristina Peri Rossi para destacar la incorporación del tema de la violencia y el exilio, a Luisa Valenzuela que utiliza la curiosidad femenina como un eficaz instrumento para acceder al conocimiento, sobre Pilar Dughi reconoce que su creación literaria se dio desde la dicotomía de lo privado y lo público, y de Reina Roffé destaca que la voz se esfuerza por afirmarse y ser propia.

En este periodo Guardia prioriza a Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Martha Lynch. Les otorga relevancia en tanto fueron controvertidas críticas de la realidad argentina en un momento en el que su política fue demasiado violenta y a día de hoy se le recuerda de forma desgarradora. Como resultado, los problemas sociales se convierten en el tema central de su escritura.

Finalmente ubica el sexto apartado en los años noventa donde reconoce que Latinoamérica atravesó un cambio importante en su forma de concebir sus espacios tanto sociales como culturales, además de consolidar organizaciones feministas e incorporar a la mujer en el área laboral, lo que implicaba una modificación a la institución familiar y al imaginario colectivo. Con la creación y apertura de nuevos espacios culturales se presentaba un desafío a las convenciones socioculturales. En consecuencia, dado que no hay otro canon

²³ Martínez, *op. cit.*, p. 8.

²⁴ No porque las mujeres de Vanguardia no hubieran consolidado sus acciones, pero la realidad es que el territorio conquistado por mujeres es una cuestión de lucha y defensa, se trata de espacios que se encuentran en constante riesgo.

que no sea el masculino, las escritoras han de contraargumentarlo para modificar los valores y el discurso encargados de mantener a la mujer silenciada y oprimida.

Al consolidarse la escritura de mujeres Willy Óscar Muñoz Cadima afirma que las escritoras se han visto en la necesidad de alterar la política del lenguaje, derribar la autoridad falogocéntrica, así como reestructurar un canon que se construyó para entronar la escritura masculina como primera medida. Una vez conquistado esto se podrían permitir la codificación de un mensaje distinto que pudiera reflejar armoniosamente su realidad. Esto sólo sería posible rescatándose a sí mismas y a sus corporalidades de las limitantes que el patriarcado les inculcó antes de escribir.²⁵ Es decir, el canon masculino estuvo y está, pero la escritura de mujeres siempre ha funcionado como contrapunto crítico. No resulta impactante considerando que las escritoras se enfrentaban a un sistema que no fue diseñado para ellas —y que en la misma medida no guardaban (ni guardan ahora) ningún interés en encajar dentro de él—, ahí radica la importancia de las palabras de Muñoz citadas previamente.

Durante el mismo periodo, las escritoras afirman que se escribe desde el cuerpo y la memoria, en palabras de Carmen Boullosa: “Soy mujer, escribo desde mi cuerpo y desde mi memoria. Pero procuro pulir mi ‘feminidad’ asalvajándola”.²⁶ A la narrativa que siguió esta línea Sonia Mattalia la denominó como “relatos contra el olvido”.²⁷

Hasta este momento el trabajo de Guardia junto a los aportes dados por el trabajo de Villalba concluyen su recorrido en los años noventa. Pero hay más que decir. Guardia advierte que en la primera década del siglo XXI hay una mayor intolerancia hacia las diferencias culturales, religiosas, y étnicas, en éstas tanto exclusión como marginalidad abarcan áreas sociales amplias. En consecuencia, Martínez expresa que para definir a la literatura femenina latinoamericana —que yo interpreto como escritura de mujeres y delimito un tanto en Hispanoamérica— radica en la diversidad y multidimensionalidad de la cultura que se reparte en los 19 países que constituyen Latinoamérica por diferenciarse entre ellos

²⁵ Willy Óscar Muñoz Cadima, *El personaje femenino en la narrativa de escritoras hispanoamericanas*, Madrid, Pliegos, 1992.

²⁶ Erna Pfeiffer, *Exiliadas, emigrantes, viajeras. Encuentro con diez escritoras latinoamericanas*, Verveurt, Frankfurt am Main, 1995.

²⁷ Sonia Mattalia, “Un invisible collage: la narrativa de mujeres en América Latina”, en Trinidad Barrera y Fernando Aínsa (coords.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo III. Siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2008, p.161.

por su constitución racial, por el desarrollo histórico que les acompaña y las estructuras biopolíticas particulares de cada uno.²⁸

Así, en el siglo XXI la escritura de mujeres alcanza un nivel de validez y veracidad tanto en la academia, en el mercado, en el circuito nacional y en el transnacional. Gracias a autoras como Sylvia Molloy, Luisa Valenzuela, Claudia Piñeiro, María Moreno. Razón por la que en los últimos lustros se ha visto una mayor eclosión y desarrollo en obras de Jimena Néspolo, Gabriela Bejerman, Selva Almada, Mariana Enriquez y otras.

La escritura de estas autoras enmarca una *nueva* novela argentina que se ha convertido en un referente muy notorio en la cultura latinoamericana —hispanoamericana—, retoman temas como el trauma de un pasado dictatorial, la creación de una falsa memoria, las desapariciones, la violencia, el diálogo con los medios, la preocupación por el lenguaje y el cuerpo. Por lo tanto, “los textos escritos por mujeres plantean demandas específicas”.²⁹ Éstas no se limitan al género, sino que también se involucran en el proceso de construcción que tiene la nación. Lo hacen en la periferia, pero con un posicionamiento liberal. Francine Masiello afirma que la literatura argentina escrita por mujeres permite la posibilidad de replantear toda una serie de dispositivos políticos e ideológicos, éstos cuestionan el discurso, las dicotomías.³⁰ Razón por la que la escritura de mujeres se lee como un discurso de resistencia que pone de manifiesto el cuestionamiento al discurso oficial y propone una nueva forma de mirar la realidad.

Teniendo en cuenta a Luiza Lobo, la escritura de mujeres no se puede limitar a la creación artística, requiere y hace más que eso. Se trata de las escritoras reclamando un espacio en el cual representarse ellas mismas.³¹ Es decir, las mujeres *necesitan* dentro de su escritura crear de forma política un espacio propio en el que su sensibilidad pueda ser expresada desde su mirada, su punto de vista y como sujetas de representación pues son ellas

²⁸ Martínez, *op. cit.*, p. 2.

²⁹ María Gabriela Boldini, “Escritura de mujeres en la literatura argentina del siglo XIX. La construcción de la subjetividad femenina en la obra de Mariquita Sánchez de Thompson”, en *RECIAL. Revista del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Área Letras*, vol. 8, núm. 11 (2017). Consultado en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6070557>>.

³⁰ Francine Masiello, *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.

³¹ Y, si bien Lobo alude a Latinoamérica y no se trata de nuestra Hispanoamérica, la declaración funciona también en lo que a la escritura de mujeres respecta.

quienes constituyen una perspectiva distinta.³² De ahí que la escritura de mujeres represente una transgresión en sí misma y, sobre todo, crítica. No sólo se trata de la rareza o singularidad, sino de la calidad dentro de éstas. La sociedad patriarcal en la que las escritoras se desenvuelven hace que su escritura tenga que sortear barreras y obstáculos que los escritores no enfrentan. De modo que se disputan la legitimidad con la palabra masculina, es decir, reclaman un espacio que no está diseñado para ellas, no por incapacidad, sino porque fue priorizado y creado para otro sector.

La falta de eco que tuvieron las académicas y los académicos respecto al extraordinario calibre de la nueva escritura argentina femenina, se ve contrapuesta con la difusión de la obra de los escritores masculinos; sin embargo, en la última década, los estudios de caso y textos analizados por la crítica argentina han sido en gran medida aportados por mujeres.³³ Afortunadamente, ahora mismo se encuentra en el *top* de la crítica. Esto implica el aumento de una perspectiva feminista, de género de horror y fantástico, de la violencia y del cuerpo. De esta manera se puede afirmar que el avance se ha dado al momento de entender y admitir que no hay lecturas neutrales. En consecuencia, ojos y oídos de la sociedad son instados a poner especial atención a lo que dicen y hacen las mujeres, de modo que de frente se observa un terreno fértil para formular programas, cuestionamientos y presentar demandas.

La escritura femenina latino hispanoamericana además se puede tomar como una respuesta a la premisa expuesta por Octavio Paz en la que exhortaba al “tercer mundo” a enfrentarse a su realidad y recobrar su propio ser. Es decir, criticarse de forma despiadada y rigurosa. Paz decía que más que políticos se *necesitaban* críticos como lo fueron Swift, Voltaire, Zmiatine y Orwell.³⁴ A lo que Adelaida Martínez concluye: “Los Swift, los Voltaire, los Orwell y los Rabelais del siglo XXI serán latinoamericanos, escribirán en español

³² Luiza Lobo, *A literatura de autoria feminina na América Latina*, Río de Janeiro, UFJR, 2000.

³³ Esto trae a discusión el cuestionamiento necesario de plantear qué tanto se debe al balance conseguido por la calidad del material de las escritoras y su valoración y qué tanto se ha dado como consecuencia de una “cuota de género”. Con lo anterior opto por inclinarme hacia la idea de que se debe a que ahora hay una visibilidad que refiere la calidad escritural de las autoras y se destacan como merecedoras de un espacio por el que lucharon más allá de cumplir con una cuota.

³⁴ Octavio Paz, “La revuelta”, en *Corriente alterna*, Ciudad de México, Siglo Veintiuno, 1982, p. 216.

vernáculo y tendrán nombre de mujer”.³⁵ Así, me permito añadir que entonces la historia femenina y feminista no refiere textos sino a *políticas textuales* —especialmente en Latinoamérica, entonces en Hispanoamérica.

1.2 La escritura de Dolores Reyes

En la actualidad se detecta un *boom* en la narrativa argentina —enfático la argentina porque la obra que trabajo es producto de ella—, las mujeres escriben cada vez más y son leídas también con mucha más frecuencia. La escritura por parte de Mariana Enriquez, de Samantha Schweblin, de Selva Almada, de Victoria Schcolnik y de muchas otras permite y abre un espacio para otras tantas escritoras. Gracias a ellas Dolores Reyes propone *Cometierra* y gracias a ellas yo obtengo la libertad de hablar y de escribir también.

La escritura de estas mujeres funciona como una crítica social y política por tratar temas desde una mirada de sometimiento, no de poder. Es un papel importante el de permitirle a las mujeres contar su experiencia en una sociedad que el imaginario masculino desconoce. De modo que la narrativa de mujeres, de acuerdo con Isabel Magalhães, refiere aspectos como la percepción de la realidad, la particular relación con el tiempo, con la racionalidad, la forma autorreferencial y el propio tratamiento de las relaciones intersubjetivas que las rodean.³⁶

En Argentina, desde la década de los ochenta, la mujer comienza a ser vista como agente de cambio. Por lo tanto, con el paso del tiempo se visibilizan mucho más a las autoras y así, escritoras argentinas como Hebe Uhart, Luisa Valenzuela y Angélica Gorodischer reclaman un espacio con su escritura. Ellas decidieron ir por una narrativa reclamada como masculina; se atrevieron a armar un discurso otro con capacidad de exponer la versión oficial de la Historia y brindar un espacio para las oprimidas y excluidas dentro de esa versión. Escribieron en sus poéticas la deslegitimación de los grandes relatos argentinos y vindicaron

³⁵ Martínez, *op. cit.*, p. 8.

³⁶ Isabel Allegro de Magalhães, *O sexo dos textos*, Lisboa, Caminho, 1995, p. 31.

a la mujer marginada que escapa a los roles impuestos, todo desde un discurso otro y una nueva estética, una *diferente*.

Gracias a estos horizontes y posibilidades, la escritura argentina de mujeres —así como la hispanoamericana para el caso— ha destruido los estereotipos y el cliché de lo que *deberían ser*. Para lograrlo utiliza dos mecanismos: el uso de recursos propios de la escritura masculina como el humor negro y la violencia, y deconstruyendo y reconstruyendo los procesos de la subjetivación que viven las mujeres. No es relevante contar lo que dicen las mujeres, sino lo que no están diciendo. Esto con el propósito no sólo de tener acceso a la palabra, sino de quitar la ideología extendida sobre las corporalidades femeninas y las supuestas únicas funciones posibles por el discurso masculino patriarcal hegemónico, ya sea como madre, amante o víctima de la violencia. Por dicha razón las propuestas narrativas de escritoras como Almada, Enriquez y Schweblin están basadas en un feminismo hegemónico que busca cuestionar y criticar tanto la ideología patriarcal como la literatura femenina —además de otras propuestas.

Este cuestionamiento da lugar a que las instituciones del matrimonio, la familia, los roles de esposa y madre, y hasta la identidad misma de la mujer —mundialmente, no específicamente hispanoamericana, pero sí con un enfoque y énfasis especial a ésta— se vean tambaleando entre seguir siendo autoridad o volverse obsoletas porque se cuestiona el cliché de que las mujeres sólo escriben sobre eso.

La narrativa argentina actual se ha convertido en uno de los centros mundiales de producción literaria feminista cuya naturaleza radica en el cuestionamiento sobre la maternidad,³⁷ el amor romántico y el feminicidio, sobre todo, la resignificación adquiere más protagonismo. Las propuestas que tienen, los temas que abordan, el cuestionamiento que hacen sobre los mismos, el tratamiento que se le da y la crítica política-social ofrecen la posibilidad de lectura desde una visión distinta que también es importante que se visibilice.

Así, la escritura de mujeres de Argentina retrata la violencia que las escritoras conocen y que consideran necesario se observe. Lo que buscan al tocar los temas violentos es que la atención se dirija a ellos, aquello a lo que no se le presta atención, no se puede

³⁷ Es decir, considerando el ejercicio de la maternidad como la culminación y logro fundamental del rol femenino.

considerar como existente; por lo tanto, las escritoras contemporáneas que tienen un auge en su literatura no hacen más que seguir aportando al largo camino que han ido construyendo tantas otras antes de ellas.

Este ha sido el trayecto que permitió el paso a *Cometierra* de Dolores Reyes, escritora argentina contemporánea. Dolores Reyes es oriunda de Buenos Aires. Nació en 1978. Actualmente es escritora, docente, feminista, activista de izquierda y madre de siete hijos. Estudió Griego y Culturas Clásicas en la Universidad de Buenos Aires. *Cometierra* es su primera novela publicada. Su escritura comienza desde una posición de denuncia frente a la violencia feminicida, machista y misógina que se vive en Argentina.

Los alrededores de Buenos Aires toman el protagonismo en la novela. Pero la necesidad de alzar la voz provoca el surgimiento de *Cometierra*, novela que llega a formar parte de la nueva narrativa argentina, se vuelve parte de la literatura de la violencia y de la denuncia que busca, por un lado, en la persecución de la verdad, el descubrimiento del amor y el cuidado entre hermanos, que *Cometierra* busque su propio camino; y por el otro, que el lector observe desde su conciencia la problemática social que la obra muestra.

La obra gira en torno a la discusión de traer de vuelta a las víctimas de feminicidio, o desapariciones, de dar cuenta de lo que les pasó y la forma, no sorprende entonces que dedicara su novela a dos víctimas de feminicidio. Llena de formas de violencia, de maneras de resistir y de sobrevivir en un mundo en el que “parece que no alcanza con asesinar a una mujer, hay que destruirla, hacerla desaparecer, borrar su cuerpo”.³⁸ Toda esta situación lleva a Dolores Reyes a buscar una forma de exponer lo que sucede. Pretende, a partir de la denuncia de la violencia, mostrar que en consecuencia les individuos se ven obligados a resistir en aras de obtener un cambio, la comodidad dentro de un sistema violento no es opción. La resistencia como un acto voluntario y consciente porque el silencio no sirve de nada.

Su obra surge como producto de un taller literario, la autora concibe la obra gracias al material compartido en dicho taller, por un compañero imagina a *Cometierra*; trabaja cinco

³⁸ Hugo Alfredo Hinojosa, “Dolores Reyes: literatura para no olvidar a nuestras muertas”, en *El Universal*, México, 26 de diciembre del 2020. Disponible en: <<https://confabulario.eluniversal.com.mx/dolores-reyes-cometierra/>>.

años en ella y, finalmente, en el 2019, su trabajo se publica con la Editorial Sigilo. Reyes comenta que la Editorial Sigilo tomó un gran riesgo, que fue, afortunadamente, exitoso una vez publicada la novela. *Cometierra* parte de una narradora protagonista la encargada de contar su propia historia, acompañada de las historias de otras víctimas, por ende se entiende que la focalización del relato es una fija. Cometierra comienza la novela en un *in media res*. La novela se conforma de una introducción y otras tres partes en las que Cometierra evoluciona junto a su don y sus relaciones sociales y afectivas. Lo que conforma un total de 53 capítulos.

El primer suceso que presenta es el funeral de su madre y la renuencia de asistir al mismo. Obligada por su tía —hermana de su padre—, a diferencia de su hermano, asiste al funeral y frente al ataúd en el momento en que están por sepultar a su mamá es la primera vez que Cometierra expone su don:³⁹ mientras intentan cerrar el agujero en el que sepultan a su mamá, ella insiste en comer tierra para saber qué le pasó a su madre.

Después del funeral de su madre se abre paso a la primera parte de la novela —capítulo 1 al 10—. Pareciera que ya ha transcurrido un tiempo entre el entierro de su mamá y esta línea temporal, aunque no queda claro qué tanto. En estos capítulos se aborda el abandono de su papá —de quien su tía se rehúsa a hablar—, también refiere que Cometierra no había hecho uso de su don durante este tiempo, hasta que su profesora, la seño Ana, desaparece y entonces recurre a la tierra para saber qué le pasó. A sabiendas de que su sobrina volvió a usar su don, su tía también los abandona.

Posteriormente, se trata el abandono de los estudios tanto de ella como de su hermano. Lo que evidencia la violencia sistemática. Y ahí llega la primera persona a solicitar la ayuda de Cometierra. En este momento ni Cometierra ni nadie más entiende cómo denominar su don o lo que hace porque no lo considera una adivinación. Así es como llega la mamá de Ian, preguntando si ella adivina, y constituye para Cometierra su primera *cliente*. Resuelve el caso de Ian y su barrio se entera de su don, por lo que como final de la primera parte el capítulo

³⁹ El don de Cometierra es que al momento en el que ella ingiere la tierra en donde un cierto individuo estuvo o se enterra alguna pertenencia de él junto a la tierra, le resulta posible visualizar a dicha persona en las condiciones en las que desapareció y saber cómo sucedieron los hechos. Todo esto en una relación consensuada entre ella misma y la tierra, ya que la tierra actúa activamente en el intercambio y ella le permite a Cometierra saber lo sucedido, aunque no siempre acceda.

diez narra que comenzó a recibir llamadas amenazándola por haber tenido algo que ver con el encierro del padre de Ian, en consecuencia se expone, la violencia llega hasta la puerta de su casa cuando el señor se presenta apuntándole con una pistola, disparando, pero fallando el tiro y dándose a la fuga.

Esta segunda parte —capítulo 11 al 47— constituye el desarrollo del don de Cometierra, su propio crecimiento, el desarrollo de su pensamiento y cuestionamiento mismo. Llegan más personas a pedirle ayuda. Desde la madre de una antigua compañera hasta personas de otros pueblos comienzan a dejarle botellas con la tierra de las personas desaparecidas. Durante este periodo también se percibe la humanización de un oficial llamado Ezequiel, con quien llega a desarrollar una relación sexoafectiva, lo que se interpreta como la reconciliación entre el margen y el sistema fallido bajo el que se desenvuelve.

Finalmente, la tercera parte —capítulo 48 al 53— muestra la búsqueda de Cometierra como individuo en busca de una identidad propia en lugar del medio para la búsqueda y localización de las víctimas de su entorno. Se da un cierre entre la Cometierra de las dos primeras partes de la novela para permitirse descubrir qué será de ella sin las etiquetas previas.

Así, la novela de Reyes hace uso de un discurso en el que la literatura sólo es el medio que le permite hacer la denuncia, le permite la sensibilización respecto a la situación tan violenta suscitada dentro de la novela. Especialmente cuando se toma en consideración el contexto sociocultural bajo el cual se encuentra la mirada de Reyes se puede vislumbrar por qué su escritura resulta denunciante respecto al problema que constituyen las cifras, cada vez más preocupantes, de feminicidio y de víctimas de la violencia.

En Argentina, hasta 1983, con la restauración de una democracia, la mujer se ve rodeada de un ambiente conservadorista socialmente que, además, se ve sumamente influido por las visiones católicas. Sin embargo, en *Cometierra*, Reyes consigue reivindicar a la mujer y despojarla del papel pasivo y receptor. Dota a la protagonista, también llamada Cometierra, de un carácter activo y transgresor dentro de la comunidad en la que se desenvuelve. De forma notoria muestra la capacidad de resiliencia que pueden tener los infantes.

Además, Reyes demuestra dentro de la novela la constante que representa para la mujer el juicio social al que es sometida por sus capacidades, en este caso, el don de

Cometierra que, incluso cuando asusta a aquellos que lo conocen, no les impide acudir a ella en busca de ayuda para localizar a algún desaparecido o a alguna víctima de feminicidio. Así, denota que sigue vigente y presente la discusión sobre la violencia, el abuso hacia la mujer, la necesidad de resistencia, la frustración frente a los crímenes cometidos contra las mujeres, pero sin perder de vista que, incluso en un contexto violento, la mujer, como ser carnal que sigue siendo, todavía puede encontrar momentos para el goce y disfrute personal.

Cometierra está escrita de una manera cruda y es el reflejo del dolor, es la denuncia del dolor ignorado por el poder, por el Estado. Representa un dolor marginal que se encuentra limitado al anonimato, Cometierra constituye el único medio para encontrar a los desaparecidos porque aquellos que tienen la obligación de buscarlos no muestran ningún interés por hacerlo. En este contexto a ninguna autoridad le interesa buscar al marginado ni a la mujer desaparecida que vive en la periferia o a la maestra de una pequeña escuela en una provincia de Buenos Aires.

La primera recepción que recibió —compuesta más que nada de reseñas— le valió para hacerse de cierto renombre hasta en el ámbito internacional. Cada uno de estos espacios le ofrecieron a la autora la posibilidad de hablar sobre su texto de una manera cálida respecto de ella y su trabajo. Roberto Salazar en su reseña da detalles de la obra tales como la editorial, la autora y la fecha de publicación; le brinda al lector una perspectiva general sobre el contexto de la autora, de la obra y también resalta las condiciones sociales y políticas que caracterizan a el espacio en el que se desarrolla la obra.⁴⁰ En lo internacional, la crítica literaria Ariane Singer, del periódico *France Le Monde*, comenta: “Escrita por una militante feminista, madre de siete hijos y profesora veterana, su primera novela, un *best-seller* sorpresivo en su país, aborda con una mirada particular la cuestión del feminicidio, un fenómeno omnipresente en la Argentina”.⁴¹

Cristián Vázquez ahonda en el hecho de que quienes buscan a Cometierra son familiares de gente desaparecida y lo destaca como una clave de éxito: el hecho de que se

⁴⁰ Roberto Salazar, “Cometierra: reseña literaria”, en *Revista Cuerpo y Territorio*, (2021). Consultado en <<https://www.revistacuerpoyterritorio.com/2021/04/30/cometierra-resena-literaria/>>.

⁴¹ Ariane Singer, “Cometierra”, de Dolores Reyes: el fluir de una tierra argentina”, en *Le Monde*, París, 3 de septiembre de 2020. Consultado en <https://www.lemonde.fr/critique-litteraire/article/2020/09/03/mangeterre-de-dolores-reyes-le-flux-de-la-terre-argentine_6050878_5473203.html>.

coloque la atención en una llaga que se mantiene latente como lo son los feminicidios.⁴² Mar Centenera retoma opiniones de la autora que destacan la denuncia social, dado que menciona que en Argentina —pero atañe a toda Latinoamérica, por lo tanto, Hispanoamérica— tanto la justicia como la investigación no existen para las víctimas.⁴³

Hugo Alfredo Hinojosa elige hablar de la novela como un “viaje fantástico a través del ethos profundo de Argentina y sus costumbres ancestrales”,⁴⁴ en la cual refleja que, si bien la novela y la aproximación del público en general hablan de las condiciones socioculturales y las problemáticas que las mujeres enfrentan en la actualidad, aún se puede ver que sigue habiendo periodistas que no dejan de lado tampoco la belleza de la obra misma.

Ahora, sin embargo, la popularidad de la obra ha ido cada vez más en aumento —lo que ha permitido la ampliación de su estudio académico—. En especial con la atención brindada por parte del gobierno de Argentina que catalogó y colocó a la obra en el centro de una polémica que desató la respuesta de escritoras, docentes e incluso alumnado que se rehúsan a dejar de leer *Cometierra* y sensibilizarse frente a la escritura de Reyes, todo en una postura clara de negarse a ser censurados ni limitados en sus lecturas. Gran parte de la escritura de mujeres, como de la literatura misma se trata de resistir leyendo.

En esta ampliación entran los trabajos de Rocío Cabral en el que estudia desde las corporalidades, el simbolismo de la tierra, la particularidad del don de Cometierra como una bruja que “se convierte en defensora o dadora de un bien”,⁴⁵ así como rescata el impacto de las dictaduras y el totalitarismo en la figura del desaparecido; la novela de Reyes. Su estudio utiliza conceptos tales como el *haunting*, la necropolítica usada como contraste de la biopolítica, y la espectrología.

Frida Hessel, presentó a su vez un estudio sobre la plurivocidad que detectaba en las líneas de la obra de Reyes. Postuló que *Cometierra* permitía la resignificación de las voces en la periferia —entendida ésta tanto desde una dimensión social como territorial—. Hessel

⁴² Cristián Vázquez, “Dolores Reyes y el saber de la tierra”, en *Letras Libres*, (2020). Consultado en <<https://letraslibres.com/literatura/dolores-reyes-y-el-saber-de-la-tierra/>>.

⁴³ Mar Centenera, “‘Cometierra’, la vidente que busca mujeres desaparecidas”, en *El País*, 8 de julio de 2019. Disponible en <https://elpais.com/cultura/2019/07/09/actualidad/1562634960_276296.html>.

⁴⁴ Hinojosa, *op. cit.*

⁴⁵ Rocío Cabral, “Susurros subterráneos, necropolítica y espectrología en *Cometierra* de Dolores Reyes”, *Saga. Revista De Letras*, vol. 8, núm. 16 (2022), p. 79.

concluyó este estudio haciendo mención al diálogo entre la historia de Argentina y su actualidad. Y destaca la importancia de *Cometierra*: “el hecho de que la protagonista narradora es una mujer joven y pobre, habitante de la periferia, significa darle voz a un sector social que generalmente no tiene el poder o posibilidad de contar su propia historia”.⁴⁶

Sin embargo, la mayoría del estudio en torno a la obra ronda los artículos de investigación como el de Laura Valerio Sena, quien escribió partiendo de una visión estética y política junto al concepto de la melancolía. Pero como el resto de trabajos mantiene constante el foco en la violencia, la memoria y los cuerpos. Otro artículo es el de Marcela Gándara Rodríguez quien visualizó la obra de Reyes como una crítica al capitalismo y un aporte literario en tanto entiende la figura de la bruja como un proyecto político.

A su vez Laura Ventura aporta a la discusión analizando y posicionando a *Cometierra* en la literatura del crimen: el policial, junto a lo fantástico de la literatura de América Latina. Leonardo Graná por su parte realiza una aproximación a la obra de Reyes desde el análisis del rol que juega la tierra tanto en *Cometierra* como en *Miseria* —secuela de *Cometierra*.

⁴⁶ Frida Hessel, *Voces de la periferia: un estudio sobre la plurivocidad de la narrativa en la novela Cometierra de Dolores Reyes* (tesis de licenciatura), Suecia, Universidad de Karlstads, 2022, p. 29.

CAPÍTULO II

Coordenadas de la violencia

2.1 Violencia como método de sometimiento

Rita Segato en su obra *Estructuras elementales de la violencia* conceptualiza la violencia como un fenómeno omnipresente y fundamental para la perpetuación de un esquema social establecido y vigente; es decir: el patriarcado,⁴⁷ y en consecuencia toda su ejecución, ya que “el patriarcado, o relación de género basada en la desigualdad, es la estructura más arcaica y permanente de la humanidad. Esta estructura moldea la relación entre posiciones en toda configuración diferencial de prestigio y de poder”.⁴⁸

El trabajo de Segato permite establecer que el patriarcado se plantea una *necesidad* de dominio frente a las mujeres y lo femenino para apropiarse de un sentido de orden social que no puede funcionar sin ella. Así, mientras las mujeres buscan avanzar y hacerse de una libertad, los hombres se volverán extremos en violencia para poder dominar a las mujeres libres. Concluye que gracias al estatus establecido por el patriarcado sólo el hombre sería capaz de ejercer su dominio y al hacerlo establece la posibilidad de participar en la competencia entre iguales dada en la configuración de la masculinidad.⁴⁹ Sin embargo, esto se ve comprometido en el momento en el que la mujer se sale del rol establecido y se adentra en la ambigüedad: actúa como se espera que lo haga y al mismo tiempo como ese sujeto autónomo que ella quiere ser; lo que trae como consecuencia que el sistema busque con mayor ahínco someter, reducir y aprisionar a las mujeres —y a lo feminizado— en una posición de subordinación utilizando todas las herramientas a su alcance, de modo que recurre a la violencia en su amplia variedad.⁵⁰

Aunque, si bien el patriarcado es inaprensible, el elemento de él que sí es visible es la violencia. Entonces prácticamente todas y cada una de las formas de violencia giran en torno

⁴⁷ Ha de entenderse al patriarcado como la estructura inconsciente que conduce los afectos y distribuye valores entre los personajes del escenario social. Lo que implica que el patriarcado es norma y proyecto de autorreproducción y, como tal, su plan se ejerce de un escrutinio, una escucha que es sensible a las relaciones de poder y su sutil expresión discursiva.

⁴⁸ Rita Laura Segato, *La guerra contra las mujeres*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2021, p. 17.

⁴⁹ Segato, *La guerra...*, p. 143.

⁵⁰ *Idem.*

y de acuerdo con las dinámicas que el patriarcado ha establecido para la conservación del poder. Sin embargo, la violencia no puede aprehenderse tampoco porque no se limita a ser una sola, sino que se subdivide en muchas otras formas que permiten su ejercicio y, además, “tiene que ver con situaciones de humillación, de abuso físico y psicológico”.⁵¹ Asimismo, representa un factor clave en la estructura dada de lo social, político, económico y hasta cultural del país.⁵²

La violencia física resulta un punto de partida en la novela de Reyes: el asesinato de la madre es el primer contacto de Cometierra con ésta. Su madre fue asesinada a golpes por su papá, además, no se limita únicamente al hecho de su capacidad de golpearla, sino de la furia con la que lo hace, la saña hacia la mujer, el odio experimentado hacia ella, el coraje y la frustración desquitados en una corporalidad mucho más vulnerable que el agresor:

La tierra la envuelve como los golpes del viejo [...]

La sacudieron. Veo los golpes [...] La furia de los puños hundiéndose como pozos en la carne. Veo a papá, manos iguales a mis manos, brazos fuertes para el puño, que se enganchó en tu corazón y en tu carne como un anzuelo.⁵³

Cabría aquí mencionar la violencia estructural y sistemática visible dentro de la novela de Reyes. Ningún ejercicio violento es inocente ni insignificante; la violencia estructural permitirá a su vez que el patriarcado y una esfera específica de la sociedad se beneficie de las dinámicas sociales, sin embargo, aquellos que residen en el margen no son tomados en cuenta, y, lastimosamente, su realidad se ha normalizado: “[Walter] Estaba preocupado porque había dejado la escuela, pero más que preocuparse no podía hacer. La mitad de los chicos del barrio la habían dejado” (p. 24).

Aunque la violencia física o explícita es observable, no constituye el mecanismo que sostiene el patriarcado como sí lo hace la violencia psicológica —moral— que se encuentra legitimada por costumbre y así como la física cuenta con sus propias jerarquías.⁵⁴ Este tipo

⁵¹ Ana Lucía Fernández Fernández, “Discurso, poder y sometimiento en los cuerpos racionalizados, sexualizados y feminizados en América Latina durante la Conquista”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, p. 152.

⁵² Rueda, *op. cit.*, p. 345.

⁵³ Dolores Reyes, *Cometierra*, Madrid, Sigilo, 2019, pp. 12, 14. Todas las referencias aluden a esta misma edición, por lo cual, de ahora en más, colocaré el número de página dentro del cuerpo del texto.

⁵⁴ Rita Laura Segato, *Las estructuras...*, pp. 105-106.

de violencia puede llegar a pasar desapercibida y debido a esta falta de visibilidad representa el mecanismo más efectivo y perdurable para mantener un control social y reproducir las desigualdades que acompañan dicho control.⁵⁵

Así como Segato refiere la violencia moral, también propone un concepto que permite entender la violencia a la que más se enfrentan las mujeres —y lo feminizado acoto yo—: la violencia expresiva.⁵⁶ Ésta se constituye a partir de las relaciones entre los cuerpos, así como de las personas como consecuencia de la tensión entre las fuerzas sociales que surgen a partir de un territorio. Su ejercicio no tiene un fin específico otro que no sea manifestar que la voluntad del otro no le pertenece sino a quien agrede, produce reglas en las que circulan las consignas del poder que son más efectivas que si fueran mandatos legales o evidentes. Su intención expresiva permite explicar la crueldad de los actos violentos contra la corporalidad tanto de las mujeres como de los cuerpos feminizados o los grupos vulnerables.

Para Cometierra esta violencia expresiva también se ejerce desde un lugar femenino que asume una posición de poder que se interpretaría como masculina, la vive desde su cotidianidad cuando su tía asume el rol de cuidadora principal y su voluntad es no querer asistir al funeral de su madre; a continuación lo que la tía hace es manipular su voluntad: “¿Vos querés que te llevemos a la rastra? No seas pendeja. Tendrías que tener vergüenza de hacer caprichos hoy” (p. 12).

El contacto con la violencia causa estragos, no se limita a la manipulación de la voluntad ajena, sino también de las consecuencias y la carga que acarrea quien sufre el ejercicio de ella: “Empezaba a ver que los que buscan a una persona tienen algo, una marca cerca de los ojos, de la boca, la mezcla de dolor, de bronca, de fuerza, de espera, hecha cuerpo. Algo roto, en donde vive el que no vuelve” (p. 28). Así, pues la estructura social del entorno de Cometierra pareciera asemejarse a las ejecuciones públicas que Michael Foucault explica en *Vigilar y Castigar*: refleja una ausencia de sensibilidad compasiva. Ante la ausencia de compasión, el cuerpo feminizado se convierte en un espacio donde se exclama

⁵⁵ *Ibid.*, p. 112.

⁵⁶ Segato, *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2013.

la soberanía masculina que pretende establecer y consolidar un sistema de impunidad que castiga a la mujer o a los grupos vulnerables por el hecho de serlo.

Por lo tanto, gracias a la violencia expresiva el poder se expresa, concibe y consolida ante la mirada pública que lo atestigua. Como consecuencia el poder se encuentra ligado a la violencia debido a que se debe a ella y el rol femenino juega un papel importante en esta estructura, ya que asume una posición de subordinación y obediencia con respecto al poder, ejercido por el rol masculino, que la vence, domina y disciplina.

Sin embargo, no se trata únicamente de vencer, dominar y disciplinar; sino de la posibilidad de ejercer poder y saberse soberano de la condición corporal y moral de la persona con la que se interactúa: “Sucia. Te veo tragando tierra otra vez y te quemo la lengua con el encendedor” (p. 20), lo que trajo como consecuencia que Cometierra cumpliera con la instrucción de no comer tierra con base en el miedo causado y en consecuencia se inflige dolor a sí misma en aras de evitar el cumplimiento de la amenaza. Es irónico sin embargo que su tía la amenaza con quemarle la lengua, pero es ella quien se quema: “Si me daban ganas de comer tierra, me mandaba la comida bien caliente, así como la tía la sacaba del fuego. No esperaba. Me llenaba la boca y sentía la piel del paladar hacerse ampollas” (*id.*).

La dominación tiene como efecto que las mujeres, así como las corporalidades feminizadas o grupos vulnerables, en este rol asignado de subordinación y obediencia, se consideren inadecuadas para expresar su historia, ideología, percepción y cosmovisión con la misma apertura que un hombre en el entorno de los espacios públicos, autoconfinándose a un espacio privado caracterizado por el silencio, la invisibilidad y el miedo al poder, al castigo ejercido por éste. Con esto no se pretende castigar a los hombres, sino a la masculinidad dictaminada mediante un sistema patriarcal. Es decir, no se insinúa que los hombres sean enemigos naturales de las mujeres, sino que son participantes activos del ejercicio de la violencia contra las mujeres y todo aquello femenino y feminizado, tanto en espacios privados como públicos, ya sea su intención o no.

La violencia expresiva simplemente constituye el exacerbamiento de una violencia instrumental, y produce como consecuencia que la sociedad que la atestigua normalice su ejercicio. El poder entonces no necesita reinventar la violencia, le basta con seguir reproduciéndola y gracias a la repetición de ese comportamiento la normalización hecha por

les individuos disminuye la empatía para con las víctimas, esto resulta indispensable para los victimarios que otorgan su *permiso* para continuar dicha dinámica.

A través de este *permiso* se puede, nuevamente, explicar cómo funciona la masculinidad estipulada sistemáticamente. El pacto que le concierne y el mandato que ejerce, aunque no legitime sí resguarda y oculta las formas de dominación y abuso que ésta se dedica a crear y en consecuencia les permite su reproducción e incremento.⁵⁷ Lo que implica que el Estado, dominado mayormente por la masculinidad, “ofrece como un amparo contra la violencia, y a la vez legitima la violencia ejercida en nombre de ella”.⁵⁸

La premisa fundamental cuando se trata de la corporalidad femenina es que hablando del cuerpo de una mujer, se habla de peligro de muerte. Todo a partir de la necesidad del poder de ser soberano de un algo, en este caso, del cuerpo de las mujeres o los cuerpos feminizados, pero no se limita a su corporalidad, necesita también tener poder sobre su voluntad. Teniendo en cuenta a Segato: “No existe poder soberano que sea solamente físico. Sin la subordinación psicológica y moral del otro lo único que existe es poder de muerte, y el poder de muerte, por sí solo, no es soberanía”.⁵⁹

2.1.1 *Las víctimas: un recorrido de la violencia*

Hay tres tipos de entornos en los que puede visualizarse la violencia sin que esto signifique que no se puede dar en más entornos y de otras diversas maneras; es decir, la violencia física, sexual y psicológica ejercida en el entorno familiar, la violencia física, sexual y psicológica ejercida en el entorno social genérico y la violencia física, sexual y psicológica ejercida en el entorno político, el ejercido y tolerado por el Estado.⁶⁰

El primero —el entorno familiar—, es muy claro en la novela de Reyes y representa una constante durante la infancia de Cometierra. La sufre por parte de su tía quien la violenta directamente, como se puede apreciar en el momento en el que tienen que ir a enterrar a su

⁵⁷ Segato, *La guerra...*, p. 20.

⁵⁸ Rueda, *op. cit.*, p. 347.

⁵⁹ Segato, *La guerra...*, p. 41.

⁶⁰ Asamblea General de las Naciones Unidas, Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer, 20 de diciembre de 1993.

madre y su tía la insulta y la amenaza con arrastrarla para que asista, cuando Cometierra les informa que su padre está vivo: “¿Qué carajo hiciste, pendeja?” (p. 19), y posterior a limpiarse la amenaza con ejercer violencia física sobre ella, lo que corresponde a una violencia psicológica; también atestigua la violencia física al darse cuenta de que su madre fallece a manos de su padre.

El segundo —social—, se observa con la aparición de las víctimas, y el hecho de que Cometierra queda expuesta en su entorno como aquélla con el don de poder encontrar a quienes han desaparecido y el impacto de quienes les buscan. Es decir, para ella resulta un desgaste y una constante muestra violenta, un recordatorio, la aparición de una nueva botella en su jardín que evidencian y la exponen: “no podía dejarla ahí para que la vieran los pocos vecinos que todavía no sabían de mí o se imaginaran, como yo, la mano colándose por la reja, la cara de desesperación que me la había traído” (p. 59).

También se detecta en las llamadas que recibía en su casa: “La semana siguiente a recibir el paquete el teléfono había sonado varias veces y, cuando alguno de nosotros atendía, contestaban: / —Vas a cagar, pendeja” (p. 47); además de la sensación de soledad y abandono que acompaña el don que tiene Cometierra, producto de este tipo de violencia psicológica: “Aunque no hablamos, me pareció que tenía razón, que la culpa de que nos quedáramos solos venía con el problema de ver” (p. 50).

Y, el tercero —político, tolerado y ejercido por el Estado—, se puede visualizar a lo largo de toda la obra. La violencia del Estado constituye la ineficacia de su ejercicio por parte del sistema de justicia: “La policía ya no lo busca” (p. 37), “Dijo que los policías y el comisario se habían quedado quietos, que no la buscaban” (p. 65), “Terminé dándome cuenta de que en esta estaba solo” (p. 66), “Me imaginé a los otros policías diciéndole: «Ya va a volver, seguro se fue con el novio», y me dio bronca de él y de todos” (*id.*), “La mujer dijo que su pibe faltaba hacía doce días. La policía no le había dado bola” (p. 124); la necesidad de abandonar los estudios, o la indiferencia al hecho de hacerlo; la desaparición de las víctimas y la impunidad de los perpetradores —hasta antes de que Cometierra entre a escena.⁶¹

⁶¹ Tomar como ejemplo de esta misma impunidad el fallo sistemático que se ejemplificó a partir de las citas colocadas previamente en la falta de toma de acción por parte del Estado.

En el desarrollo y ejercicio de la violencia se tiende a la confusión y creencia de que sucede de forma abrupta, lo que promueve y fomenta la revictimización, humillación y el juicio imputado hacia la víctima. La novela de Reyes menciona siete víctimas de la violencia. Cada una en su propio ámbito, con sus propios matices y simbolismos en los que profundizaré más adelante. La primera víctima sería su madre y en esta categoría también me permito incluir a la señora Ana debido al rol que le atribuyo en la vida de Cometierra, ambas como sus madres representan a la madre violentada.

La segunda es Ian, a quien le otorgo la característica de conformar la feminización del cuerpo y por ello es asesinado a manos de su padre pues es la única forma de obtener una sensación de retomar el control. La tercera es Florencia, amiga y compañera de Cometierra que, además, encaja en el estereotipo de belleza y, sin embargo, la considero la norma pues será una más de las víctimas que no regresa a casa.

La cuarta es María, representa a la única víctima dentro de toda la obra que consigue regresar —aunque no regresa ilesa— y sin proclamarse necesariamente como el estándar de belleza. La quinta es la chica que se ahoga en el río de la cual no se da el nombre, a ella la considero como “la perdida” pues las autoridades tardan demasiado y por ello muere. Lo que implica la falla del sistema —nuevamente— al momento de auxiliar a los grupos que requieren su apoyo.

La sexta es Dypi, él no desaparece ni lo asesina una persona. Lo considero una víctima por el simbolismo que tiene la forma en la que muere —debido a la patada de un caballo—, me refiero a él como “el indefenso” porque forma parte de un grupo demográfico que es sumamente vulnerable, más que los adultos: las infancias, pues no pueden defenderse por sí mismas sino que requieren activamente que alguien más advoque por ellos.

Todas con un trasfondo que me resulta importante retomar, símbolos que acompañan el desarrollo de la novela y la evolución de la protagonista a partir del avance en cada uno de los casos en los que ofreció su ayuda; esto se evidenciará con más profundidad a lo largo de los siguientes apartados.

2.1.1.1 La madre

La primera víctima en ser *el despertar* del don de Cometierra es su madre. Si bien como personaje no tiene un rol actante, los recuerdos de Cometierra develan la relación que mantuvieron durante su niñez. Y lo importante que resulta para las infancias la presencia de una figura materna dentro de sus cotidianidades y rutinas, así como para su desarrollo mismo. Lo que me lleva a considerar el rol que tiene la maternidad en primera instancia.

La maternidad es una construcción cultural que ha sido definida, organizada y multideterminada según normas que emanan de las necesidades de un grupo social específico que se ven acompañadas de una época definida en su historia, no resulta sorprendente que el concepto indique que las mujeres se ven subordinadas a un arquetipo establecido por el discurso predominante: el del patriarcado. Así, cuando la escritura se aproximaba al rol materno se le otorgaba una posición idealista, se creaba una visión arquetípica de las madres, lo que las encasillaba en dos posturas: la de madres buenísimas o madres demoníacas; obviando el proceso de gestación y del parto. Sin embargo, escritoras como Castellanos, Navarro, Harwicz, Yuszczuk, entre otras, le dan un tinte distinto al de la visión masculina.

En ocasiones la escritura sobre la maternidad podía tratarse como un tema al que se le temía y en consecuencia se hablaba de ello con un tinte de terror. Más adelante la escritura lo refirió desde el peso abrumador de la responsabilidad asumida, además de ver al embarazo y la condición de la maternidad como un detonante de enfermedades mentales y crisis nerviosas. De modo que la maternidad en la literatura es tratada como una experiencia que lleva a las mujeres —o personas gestantes— a un límite en el que se producen en ellas sentimientos muy violentos e intensos.

Al respecto este discurso funciona como un destabilizador del sistema patriarcal y la situación política. Las escritoras se rebelan contra aquello considerado como *don* de las maternidades y lo plasman como una maldición, producto y motivo de frustraciones y desesperación. Hay que mencionar lo que se entiende como arquetipo de la madre: éste le corresponde en primera instancia a la madre biológica, pero puede ser activado por cualquier otra mujer que esté de forma constante en el desarrollo del infante —en el caso de Cometierra

sería la figura de la seño Ana⁶² (al menos de forma parcial hasta su desaparición, aunque se mantiene presente en sus sueños)—.

Los rasgos de este arquetipo se encuentran relacionados con lo materno, la autoridad mágica de lo femenino, la sabiduría y la altura espiritual que está más allá del entendimiento, lo suave, cálido, amoroso, amable, sensible, receptivo, nutridor y sustentador. Todas características observables de las maternidades mencionadas en la novela de Reyes. Es decir, la madre biológica de Cometierra era la cuidadora cariñosa a la que ella acudía de forma constante, la entiende como parte excluyente de ella y viceversa: “Mamá es mía. Mamá se queda” (p. 11). O cuando se percata de lo que su muerte implica y observa detenidamente el espacio del que asumía su madre iba a continuar formando parte: “Miro la pieza, las paredes de madera que mamá quería ir forrando desde adentro con ladrillos. [...] El suelo, mi cama y el lado de la pieza donde ella se tiraba a dormir si el viejo andaba pesado” (*id.*); el afecto que le otorgaba sólo ella: “«No va a haber nadie de ese lado», pienso, y me tapo la cabeza con la almohada. Mamá me peinaba, mamá me cortaba el pelo” (*id.*).

La madre de Ian también es la cuidadora afectiva hacia él, aunque no sea tan explícito como el caso de Cometierra, ella es la que lo busca, quien está pendiente de él hasta cuando tiene que ir al baño. Luego está Marta, la madre de Florencia, quien guardaba especial estima a su hija por considerarla mejor que el resto:⁶³ “Se creía la más de todas porque en el barrio los únicos rubios eran el pelo de la Florencia y en el templo, de yeso, el Jesús bebé” (p. 55), y al desaparecer se sentía muy afectada, la violencia se refleja en la corporalidad: “le había visto los ojos. La Marta había llorado, andaba puras ojeras” (p. 54).

La seño Ana también tenía su propia maternidad. Ella se consideraba madre de las infancias que tenía a su cargo, por lo tanto, era cariñosa y se mantenía receptiva de ellos—incluso estando muerta—: “Me preguntaba desde arriba por las otras pibas de mi grado.

⁶² Resulta importante destacar el simbolismo del nombre “Ana”. Éste se remonta a dos personajes bíblicos importantes. El primero es Ana —esposa de Elcaná, madre de Samuel—, del libro 1 de Samuel del Antiguo Testamento. El segundo es santa Ana —considerada madre de María, abuela de Jesús—, del proto-evangelio de Santiago del Nuevo Testamento, quien comparte similitudes con la madre de Samuel y de quien no se tiene mucha mención en los evangelios fuera de dicho evangelio apócrifo.

⁶³ Interesante forma de destacar que Marta era racista y clasista también. Se trata del ejercicio de una violencia racial el separarse y a su hija de los demás por el color de cabello, por ende, la tez de su piel probablemente.

[...] Comíamos girasol tostado y la seño me iba preguntando una a una por todas, menos por la Florencia. Ella sabía” (p. 57).

Después se encuentra la maternidad de la madre de María, con las características arquetípicas que mencioné, atenta a su hija y los detalles particulares que la destacan del resto: “la mujer me comentó que a su hija le gustaba tomar mate afuera, mientras leía las fotocopias de la escuela de enfermeras. [...] / —Vení que te muestro” (p. 72). La sensibilidad del arquetipo también ejerciendo una cierta violencia emocional incluso, su prioridad es su hija: “Y ahí estaba ella ahora, la madre, buscando acercarse. Yo sabía que quería decirme algo [...] / —Hija —dijo, como para empezar a pedir algo, más con los ojos que con la boca—. Hija...” (p. 84).

La última maternidad es la de Eloísa, la madre de Dypi. Su madre hace un esfuerzo sobrehumano queriendo anteponerse hasta al clima por querer encontrar a su hijo. Para ello se envuelve en bolsas de plástico, su corporalidad causa que su entorno comente tanto sobre su físico hasta de su sanidad mental, se le critica incluso el que pase *demasiado* tiempo en la calle: “Vive en la calle buscando a su pibe. [...] La Eloísa se está volviendo loca” (p. 124).

Me permito también destacar el complejo materno⁶⁴ cuyo efecto en una hija va desde la estimulación del instinto femenino hasta la inhibición del mismo. Lo cual dependerá de la experiencia del infante con la madre —sea la personal u otra mujer— y la relación construida entre ambas. Lo anterior en la novela de Reyes se aprecia a partir de los fragmentos en los que Cometierra da cuenta de su madre.

Su relación con su madre —a partir de lo que Cometierra menciona— pareciera haber formado un buen complejo materno. Podría incluso deducirse que al momento en el que su madre fallece su instinto femenino se ve inhibido en cierta medida, no hay quien la escuche como su mamá lo hacía, y esa inhibición se ve reforzada por la actitud con la que su tía —quien es la segunda mujer con la que interactúa a nivel personal después del fallecimiento— se conduce al momento de ejercer su autoridad, e intento de crianza: “Me paro de una [...] / Me pongo el pantalón, me acomodo la musculosa adentro. Prendo el botón, subo el cierre mientras le clavo los ojos a mi tía. A ver si por un rato me deja de joder”

⁶⁴ Éste es un componente activo, formado en primer lugar por la experiencia de la madre personal y luego por los contactos significativos con otras mujeres.

(p. 12). La inhibición de lo que se consideraría femenino también reflejado en la supresión de sus emociones, su decisión de negarse a ser vulnerable incluso en un momento tan difícil: “Y guardo las lágrimas para mí y para que quede, sola, una furia que parece acalambarme. [...] / Y los ojos, ardidados como si me hubiesen echado ácido, luchando por no llorar” (pp. 12-13). Sin embargo, conforme avanza la novela se vuelve más evidente que Cometierra inhibe lo *femenino*, deja de cortarse el cabello porque quien lo hacía era su madre: “«Si el pelo me sigue creciendo —pensé—, voy a ser yo también planta salvaje de pierna fuerte, hija del laurel”⁶⁵ (p. 53).

Además, la novela de Reyes evidencia la existencia de varios tipos de maternidades, precisamente en el entendido de que muchas veces el arquetipo materno se ve ejercido por otra figura femenina que no *tiene* que ser la madre biológica del infante. En el caso de las maestras, para las infancias, son una prolongación de la figura materna y ejercen la maternalización dentro de sus espacios. Así, el complejo materno de Cometierra fue co-construido tanto por su madre como por la seño Ana. Cuando Ana desaparece, Cometierra encuentra una razón *justificada* para volver a hacer uso de su don, aun con la amenaza de su tía: “[...] pasaba las manos por la tierra pensando en que ella no aparecía. No quería perderla. Pensaba en la seño Ana viva. En la seño Ana riéndose” (p. 21). Si ya perdió a su madre, no quiere perder a la seño Ana.

La propia Cometierra ejerce una maternidad respecto a las botellas que le dejan en su patio. Las personifica y les otorga un sentido de existencia porque son la representación de una persona: “Al principio las contaba, las acomodaba con cariño, a veces acariciaba alguna hasta que me decidía a probar de su tierra” (p. 61). Sin embargo, también llega a despreciarlas: “Casi siempre era así, pero ese día las odiaba. Me pesaban más que nunca. Todas juntas me cansaban. Sentía todas las botellas apilándose en mí” (*id.*).

⁶⁵ Nótese la mención puntual y específica de considerarse hija del laurel y la carga simbólica que este árbol posee. El laurel se encuentra consagrado a Apolo y ligado directamente a la victoria, se trata del reconocimiento de que las actividades realizadas por ella presuponen una serie de victorias interiores sobre las fuerzas negativas. El laurel implica que hay una identificación progresiva del luchador, en este caso luchadora, con los motivos y finalidades de su victoria, además de que habla de una fecundidad en la vegetación. Es decir, que también es una planta esperanzadora, como Cometierra misma lo es. (Juan Eduardo-Cirlot, *Diccionario de Símbolos*, Barcelona, Labor, 1992, p. 268).

Dentro del arquetipo se percibe la romantización de los momentos que compartió con su madre. En ellos la recuerda cariñosa y le provocan una sonrisa como cuando se sube por primera vez al auto de Ezequiel, y entonces relata su memoria con un tinte de añoranza y admiración exenta de la violencia ejercida por su padre: “[...] hasta que apareció un tema de Gilda. A mi mamá le gustaba Gilda. Siempre me contaba que había sido maestra jardinera. Cerré los ojos y vi a mi vieja tarareando por la casa. Las únicas tardes que la veía contenta había música y mi viejo no estaba” (p. 70). Otro recuerdo que permite observar el arquetipo materno en el que la madre se preocupa por el cuidado de su hija es aquél en el que Cometierra tiene que hacer un viaje para investigar el caso de Dypi: “A mi vieja no le gustaba que anduviéramos tan temprano. Decía que había tipos que todavía estaban de gira de la noche anterior y que esos eran los peores” (p. 119). Con los recuerdos de su madre también se puede ver cómo Cometierra tiene un sentimiento firme respecto a ella, cuando la recuerda no lo hace nunca con un tono crítico o de reproche, sus recuerdos —incluso cuando están tintados de violencia— tienden a ser gratos.

La maternidad en torno a Cometierra se desarrolla fundamentalmente a partir de tres mujeres: su madre biológica, la señora Ana y, aunque en mucho menor medida, la mae Sandra. Cada una la guía y apoya en la construcción de su propia persona en diferentes situaciones acude a alguna de ellas. Cuando se decide a responder algunas dudas acude a la mae, en otros momentos recurre a los recuerdos con su madre y de forma más constante están los sueños con Ana. Las tres expresan un cuidado hacia ella. Pero la maternidad también refiere la identificación de la madre como una autoridad. Sobre la autoridad de las figuras maternas que rodean a Cometierra, la señora Ana se ubica en primera posición para la más *exigente* respecto a Cometierra y sus acciones, ella intenta *obedecer* a la señora Ana, incluso se abstiene de *discutir* con ella: “Una vez me dijo: / —Yo sé que tiraste al río y estaba prohibido. / Parecía enojada. Esperaba que yo dijera algo y, como no supe qué contestarle, me quedé callada mirando al suelo” (p. 117).

Dentro de la maternidad de la señora Ana se encuentra la particularidad de tener una perspectiva distinta. Ella entiende más de Cometierra y se encuentra en constante contacto, además de ser la única de las tres que sufre violencia sexual, por lo que su motivación es distinta a la de las otras dos madres encargadas de Cometierra. Segato postula que existen

tres motivos detrás de la violencia sexual: 1) por un castigo o venganza *contra* una mujer genérica que rechaza la posición subordinada a la que se le sujetó y está visiblemente tutelada en un sistema de estatus, lo cual la coloca en una nueva posición autónoma,⁶⁶ 2) debido a la agresión o confrontación contra otro hombre genérico a su vez cuyo poder lo ve desafiado y ve usurpado su patrimonio mediante la apropiación del cuerpo femenino o en un movimiento de un poder perdido para el violador,⁶⁷ y 3) con el propósito de actuar como demostración de fuerza o virilidad frente a una comunidad de pares, su objetivo será el de preservar o garantizar un lugar entre ellos con la premisa de que uno tiene competencia sexual y fuerza física.⁶⁸

Debido a la disposición sistémica y estructural frente a la que la sociedad se desarrolla, la sexualidad y el uso de la misma desempeña un papel fundamental cuando se trata de la dominación física y moral; además de ir ligada a un abuso psicológico al momento de privar al otro de su voluntad y capacidad de manejar y consentir una interacción sexual. Por lo tanto, la violencia expresiva se relaciona también con la sexualidad, el género y hasta el lenguaje. Pero no resulta relevante para el caso saber qué motivo al grupo a abusar de la señora Ana. Esto es claro al momento en el que se menciona de forma general la manera en la que la señora Ana es asesinada. Privada de su voluntad y capacidad de manejar y consentir su interacción sexual por un grupo de hombres: “vi a un tipo arrastrando a Ana de los pelos mientras se oían unas risas insoportables. [...] El blanco de su cuerpo parecía brillar en una noche oscura y entre las manos oscuras que la arrastraban y le sacaban la ropa” (pp. 128-129).⁶⁹

La señora Ana, al ejercer su autoridad, reprende y expone las expectativas que rodean a Cometierra —tanto de su parte como de las demás botellas que representan desaparecidas en su patio—, de modo que existen discusiones de dinámica tipo madre-hija. Esto resulta

⁶⁶ Segato, *Las estructuras...*, p. 31.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 32.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 33.

⁶⁹ Asimismo se puntualiza que lo sucedido con la señora Ana entra en la categoría de *femigenocidio* planteado por Segato, descrito como una agresión cuyo objetivo e intención es la letalidad —evidente en el asesinato de la señora Ana— y evidencia un deterioro físico debido a un colectivo organizado, es decir, los opresores y agresores pertenecen a un colectivo y actúan grupalmente (Segato, *La guerra...*, p. 91).

evidente cuando la seño Ana le exige que continúe siendo la vocal de les desaparecidos cuando Cometierra decide irse de su casa y de su localidad.

Las madres de las víctimas también constituyen un arquetipo al que vale la pena otorgarles un espacio para observar cómo ejercían sus maternidades. Como mencioné, el arquetipo de la madre tiene dos vertientes: la madre buenísima —de la que se puede percibir en los ejemplos anteriores—, y la madre demoniaca. No considero que ninguna de las maternidades de la novela de Reyes entren en el arquetipo de la madre demoniaca, sin embargo, lo retomo para destacar la premisa de que existe cierta violencia, furia e ímpetu dentro del actuar de las madres mismas.

En el caso de la madre de Ian se trata de su rol actante en la búsqueda de su hijo, consecuencia de la violencia estructural que no busca más. Entonces decide recurrir a Cometierra para que ella la ayude: “Decía que necesitaba que la ayudáramos, que había escuchado que vivía acá, en la casa, alguien que podía ver, que ella tenía plata y estaba dispuesta a pagar bien” (p. 27). Del mismo modo está la presión ejercida sobre Cometierra para salvaguardar sus propios intereses, lo que hace que ejerza una violencia emocional sobre ella, alude a hacerla sentir comprometida y culpable si se niega: “Nena, si te tragás tanta porquería porque sí, ¿no comerías tierra porque alguien necesita?” (*id.*).

Sobre el rol materno y las expectativas colocadas sobre las madres, por ende sobre las mujeres, destaco la puntualización de marcar la diferencia entre el ejercicio y desempeño de las maternidades y las paternidades, del mismo modo que de los sentires de cada uno. En el caso de la madre de Ian detecto la violencia en el desentendimiento por parte de su esposo —padre de Ian—, es decir, la responsabilidad de salvaguardar completamente desde el nacimiento hasta la muerte del individuo recae en las mujeres. Con su desaparición, además, es ella la que le busca, que no el padre (p. 28).

La madre de María puede considerarse un poco pasiva a comparación de las otras. La diferencia con las otras madres es que ella tiene por lo menos a su sobrino dentro de la policía, es decir, dentro del sistema cuenta con un *aliado*, así que pretende tener mejores resultados. Ezequiel es quien reconoce que no podrá hacerlo al amparo del sistema porque el sistema mismo no funciona. En consecuencia, reconoce su incapacidad y busca ayuda.

Eloísa, sin embargo, sí actúa en la búsqueda de Dypi. El ímpetu y la furia de ella hacen posible que haga caso omiso a los comentarios en torno a ella. Además, es la única madre que no puede *culpar* de la desaparición de su hijo a ninguna persona pues fue el caballo. Aun así, le resguarda, *protege* al animal y sustituye *su* verdad por una versión *oficial* en la que plantea que Dypi fue robado, en consecuencia, otro podía ser robado también.

La interacción dada con cada una de las maternidades que se cruzan con Cometierra pareciera afectar su perspectiva sobre la maternidad, concluye entonces no tenerla: “Nunca sería una madre. No quería” (p. 40), “Yo ni loca. Desaparecen” (p. 58). Resulta preferible reconocer y negarse a la posibilidad de maternar antes que atravesar el dolor de perder a algo tan cercano como su bebé. Porque ella sabía, veía lo que el dolor les causaba, pareciese que el dolor no sólo permanecía en su emocionalidad, sino que se evidencia.

Las madres así como mujeres también son personas que abarcan una complejidad de matices. Como individuos están dispuestas a ejercer violencia, pero no se equipara en absoluto con aquella que sufren. La violencia estructural las atraviesa a todas. La violencia emocional también se presenta como una constante. No hay momento en que no se sufra la pérdida, como Marta. Asimismo se observa dicha violencia en la imposibilidad de cumplir con sus planes de vida, como le sucedió a la señora Ana:⁷⁰ “Yo quería también quedar embarazada alguna vez. Tener una nena. Una piba así, como ustedes” (p. 58).

La maternidad de la señora Ana con Cometierra también llega a ser violenta, pareciera que la reprende después de haberse aventado al río y le planta una amenaza en la que le *muestra* la posibilidad de perder a Walter para poder evitar que vaya al Corralón Panda: “Parecía enojada. [...] Ella se me vino encima, me agarró de la mano y me llevó tironeando por un lugar nuevo. [...] / Ana parecía poseída. Le supliqué que me soltara [...] / Me puse a llorar. Quería suplicarle a Ana que parara todo pero no pude hablar” (pp. 117-118). Otro momento en el que Ana ejerce violencia expresiva sobre Cometierra se da cuando le cuenta con más detalles cómo la asesinaron:

⁷⁰ Debido al simbolismo que carga su nombre no ha de pasarse por alto el hecho de que era evidente que ella no podría ejercer su maternidad. Ana está ligado a la esterilidad, aunque su nombre se pueda interpretar como la que “tiene la gracia de Dios” o “la benéfica”, y quizá en ese entendido es que la señora Ana funge como madre de todas sus alumnas: ellas representarían el milagro de ser madre sin serlo biológicamente, su beneficencia se da cuando ayuda a Cometierra al intervenir en sus sueños.

—No fue uno solo. Uno me arrastró. Otro me ató. Varios me arrancaron la ropa. Yo no quería escucharla. Me tapé los oídos y me dije que solo era un sueño, un sueño, mientras el dolor me taladraba la cabeza. Ella seguía y yo no podía siquiera contar a los tipos que iba nombrando (p. 139).

El acto de violación que sufre Ana, el más violento de todas las víctimas dentro de la novela, refiere al aniquilamiento de la voluntad de Ana misma, la humillación como acto central del comportamiento de aquel que violenta porque puede. Y, si bien Ana sufre el epítome del acto violento, la pedagogía de la crueldad que el patriarcado ha procurado enseñar a sus masculinidades y perpetuado en sistemas diseñados para protegerse entre sí y fallarle a las víctimas y grupos vulnerables se mantiene vigente.

2.1.1.2 La feminización del cuerpo

Como segunda víctima a mencionar se encuentra Ian. Previo al momento de su mención, Cometierra otorga un contexto de la situación violenta en la que se encuentra. Al momento, Cometierra ya no se encuentra frente a una violencia física ni intrafamiliar como la que había experimentado, sino una en la que a su hermano se le exige la maduración de su persona, ambos abandonaron sus estudios y Walter se convirtió en proveedor y cuidador de su hermana.

Posterior a la mención de esta realidad la madre de Ian realiza su primera aparición. Recurre a Cometierra como consecuencia de una recomendación a voces —o eso se puede deducir—, es la última esperanza que tiene para poder localizar a su hijo. Sin previo aviso se presentó en su casa. Debido a la desconfianza tanto de Walter como de Cometierra en su entorno salen ambos y sólo entonces ella vocaliza con claridad que va a pedir. Dado que es la primera vez que alguien recurre a Cometierra ni ella ni Walter saben cómo manejar la situación y el rol de actante de Cometierra comienza a visualizarse en ella, por ende, toma las riendas y decide abrirle en primer lugar —ella se asume como la que manda y Walter quien obedece, esto representa una de las transgresiones que hace a los roles tradicionales.

Como si fuera una situación tabú, la madre de Ian no entendía bien qué ayuda iba a ofrecerle Cometierra, pero sabía que la necesitaba y dentro de su ignorancia hace la pregunta que le permita hallar un sentido, alude a la búsqueda de una *verdad*: “¿Adivinás vos? / Lo

dijo bajito, como si fuese un secreto” (p. 26). La impresión de Cometierra radica en el hecho de que hasta el momento parecía ser ajena al mundo y ahí entra el cuestionamiento de sí. Pero Cometierra desconfía de cualquiera que no sea Walter, renuente a ayudar y con esa incertidumbre la madre de Ian apela al sentido de humanidad de Cometierra, así como a su compasión y ejerce una violencia emocional/expresiva para conseguir que Cometierra actúe del modo en el que ella quiere al recalcarle la desaparición de Ian y su necesidad.

El caso de Ian es el primero en el que se detecta la insistencia por parte de la madre y se ahonda en ello. Una vez más se puede contrastar la personalidad de Cometierra con el estereotipo de que las mujeres tienen una tendencia a lo servicial por naturaleza, el diálogo interno demuestra lo contrario —aunque se mantiene reservada y no se atreve a vocalizarlo—, lo que implica una resistencia por parte del personaje: “Me dieron ganas de cagarla a patadas, pero no me moví” (p. 27).

Del mismo modo, esta interacción inicial con la madre de Ian, es la primera ocasión en la que se mantiene muy consciente de la vergüenza en torno a su don. Experimenta intranquilidad al ser diferente.⁷¹ No se menciona cuánto tiempo después de su primera visita regresa la mujer, se podría asumir que fue al siguiente día y entonces la violencia y el sigilo se hacen presentes. En primera instancia porque pareciese que la mujer detectó que quizá era mejor abordar a Cometierra estando sola y ella detecta que quienes buscan a las desaparecidas se comportan de forma particular: sigilosos, callados, cuidadosos y siempre procurando un intercambio más bien individual.

Así, a pesar de la incomodidad que le pudiera provocar a Cometierra, se da el primer indicio de la *necesidad* que tiene de ser de ayuda y, si bien no se expresa de forma explícita, se puede inferir que siente compasión, de alguna forma se ve en ella, y le permite pasar: “Yo la entendía, buscaba a alguien. [...] / Le abrí a la tipa, la hice pasar” (p. 28). Hasta ahora ninguna sabe cómo debería suceder dicha interacción y es la primera vez que alguien le lleva tierra a Cometierra. La mujer genera movimiento al contextualizar a Cometierra y, de nuevo, a pesar de la incomodidad que pueda sentir Cometierra, no evita la interacción. La deja hablar

⁷¹ En este momento, Cometierra y Hernán se encuentran en la construcción de una relación que será relevante para su desarrollo. Así, la visita de la madre de Ian en presencia de Hernán constituye la demostración evidente de cómo la visualiza el Otro; en consecuencia, sólo recupera su *tranquilidad* una vez que la madre de Ian se va, pues dejará de sentirse expuesta.

y entonces se puede tener un panorama un tanto más amplio sobre Ian —quien, expresa, a los dos años aún no caminaba—. ⁷² Aunque no resulta agradable oírlo, la desesperación de la madre de Ian continúa con un tinte violento.

Después de insistir en el dolor que siente, menciona el nombre de su hijo: Ian ⁷³ —aunque ya se había dado el nombre previamente, la madre lo menciona por primera vez hasta este momento—. Menciona que es incapaz de hacerle daño a nadie —esto no se trata de su opinión individual, sino que se puede considerar verosímil por la deducción hecha previamente—, alude a una cuestión de capacidad. En un afán por evitar que la mujer siguiera hablando, Cometierra pregunta qué es lo que contiene la lata que le llevó la mujer, la respuesta es simple: tierra.

Cometierra procede a ayudar a la mujer mientras se come la tierra de Ian para poder visualizar qué le pasó al chico. Entonces refiere su miedo frente a lo que ve, aunque no desiste: “Cuando estaba a punto de parar, de abandonar por el miedo y abrir los ojos, empezó a irse la oscuridad, como si alguien estuviera prendiendo velas, una atrás de la otra, y los ojos se acostumbraron a ver” (p. 29). Lo que Cometierra denomina como alguien prendiendo velas alude a la voz de la madre de Ian. Se trata de la esperanza, la vela comúnmente se asocia con la luz cuya capacidad brinda equilibrio y calor al alma, es decir, la voz de quienes buscan a les desaparecidos constituye una luz dentro de la profunda oscuridad en la que se encuentran, se puede oír: “Veía poco pero escuchaba fuerte y era la voz de ella. De la tipa. Decía, gritaba: *Ian*. Y después de gritar varias veces ese nombre apareció en la parte más clara, en el centro de la luz, un pibito de unos ocho años” (*id.*).

No obstante, Cometierra no parece expresar alivio al visualizarlo. La descripción sólo añade más información sobre la condición de Ian —enfermo, incapaz de actuar como

⁷² Los niños tienden a empezar a caminar entre los 12 y los 15 meses a más tardar, desde este momento se destaca que Ian padece de alguna condición que, para el padre, lo imposibilita a considerarlo como *hombre* o hijo digno suyo.

⁷³ Con el nombre viene una carga simbólica que considero importante retomar. Ian es la variante escocesa del nombre “Juan”, proveniente del hebreo Yohanan, cuyo significado puede interpretarse como “Dios es misericordioso”, “Dios perdona”, “aquél dado por el señor” o “fiel seguidor de Dios”. Se le asocia con un símbolo de perdón, misericordia y gracia divina. A propósito del presente análisis, voy a considerar como el significado más acorde al contexto de Ian ése que dice: “Dios perdona”.

hombre—: “No era un cachorro pillo.⁷⁴ Era un chico raro, que parecía perdido, y la luz que salía de su cuerpo era pobre, triste, enferma” (*id.*). La imagen que Cometierra presencia de Ian a los ocho años sólo aporta que su representación sea la de un hombre que, al no tener todas sus capacidades, no puede considerarse hombre. Lo que hace que su cuerpo no se encuentre alineado a los signos que deberían. Esto ejerce una violencia y “toda violencia tiene una dimensión instrumental y otra expresiva”.⁷⁵

Como violencia expresiva se destaca la condición de Ian, ahora unos cuantos años más grande, ya tiene once, y con la confirmación de que no puede asumir el rol de *hombre* que le corresponde. A Ian hay que estarlo cuidando todo el tiempo, se pierde y no encaja en ningún rol: no pertenece al colectivo de las mujeres —por eso no puede entrar ya a sus espacios—, pero tampoco encarna lo masculino porque ni siquiera es capaz de valerse por sí mismo ni su padre ve en él un igual.

Vale aquí aludir al rechazo que se observa por parte del padre de Ian, la frustración que mantiene con el hecho de que Ian esté enfermo. Según Ronald Preston Rohner, el rechazo se puede expresar de tres maneras: 1) hostilidad y agresión, que puede ser física o verbal; 2) indiferencia y negligencia, donde no se atienden las necesidades del infante —tanto emocionales como físicas—, y 3) rechazo indiferenciado, donde el cuidador ignora por completo al infante y no mantiene un papel activo en su desarrollo.⁷⁶ Y el padre de Ian lo rechaza de las tres formas.

Y aunque Cometierra no le aclara dónde está Ian a su madre, ella insiste a pesar de la tristeza, demuestra una resistencia y coraje para enfrentar la decepción y el dolor de que su hijo continúe desaparecido. Asimismo, cree que la solución radica en el capital, en una motivación monetaria —lo cual es un reflejo de la violencia social en la que se cree que se puede *comprar* la ayuda o que es requisito para poder recibir ayuda (tanto del colectivo como del sistema)—: “Después abrió la cartera y yo pensé que iba a buscar algo para secarse, pero

⁷⁴ Si bien los cachorros se encuentran asociados a una imagen de energía, emoción y vitalidad, Ian es otro tipo de cachorro. Uno que, aunque inocente, está dañado.

⁷⁵ Segato, *La guerra...*, p. 80.

⁷⁶ Ronald Preston Rohner, *Handbook for the study of Parental Acceptance and Rejection*, Connecticut, Universidad de Connecticut, 1984.

sacó un fajo de billetes [...], que eran un montón, y los empujó hacia mí. [...] / —No funciona así, doña. / [...] ¿Y cómo lo hacemos funcionar?” (p. 31).

Como ejemplificación de la violencia emocional sufrida recupero el testimonio de una madre que enunció: “[...] a uno lo dejan con el corazón destrozado, anda muerto en vida. Aquí me dejaron, pero a nosotros nos llevan con ellos. Es un sufrimiento, una agonía lenta”.⁷⁷ El impacto emocional sufrido se vuelve comprobable en la medida en la que se refleja en la corporalidad de los familiares: “Ahora sí la miré. Tenía unas ojeras terribles, el cuello y la papada flojos, que ya empezaban a arrugarse” (p. 37). El comportamiento evidencia y constata que en Hispanoamérica no son las autoridades quienes buscan a los desaparecidos, sino los civiles, los familiares resisten a través de su actuar porque son ellos los interesados en su regreso: “Sabía que esa mujer no iba a dejar hasta que lo encontrara” (*id.*).

Segato establece que la masculinidad se encuentra más disponible para la crueldad de lo que la feminidad lo hace. Esto en el entendido de que el individuo que carga con la masculinidad se encuentra obligado a desarrollar una inclinación importante a asociar sus masculinidades con sustantivos como lo son guerra, crueldad, distanciamiento y una baja empatía hacia los individuos que no entran en lo que consideran masculino.⁷⁸ De acuerdo con Johan Galtung la violencia directa en más del 90 % de los casos se ejerce por los hombres. Proponía que la desmitificación de los propios mitos masculinos resultaba urgente. La realización masculina se ha ideado para producirse a través de la violencia como producto del machismo. Por lo tanto, consideraba que se necesitaba realizar un desafío a la dicotomía héroe-guerra a las que las masculinidades se ven ligadas.⁷⁹ Lo que implica que las mujeres —así como lo femenino y lo feminizado— se asocian a un rol de objetos, disponibles y desechables en consecuencia.

Una vez considerando esto puntualizo lo poco sorprendente que resulta que sea el propio padre de Ian quien lo asesina: “El hombre lo empujó” (p. 38). Recopilando el hecho de que carga un resentimiento hacia Ian desde el momento en el que él demuestra no formar parte

⁷⁷ Jessica Zarkin, José Merino, Eduardo Fierro, “Desaparecidos”, en *Nexos: Sociedad, Ciencia, Literatura*, vol. 37, núm. 445 (2015), pp. 11-17. Consultado en <<https://www.nexos.com.mx/?p=23811>>.

⁷⁸ Segato, *Contra-pedagogías de la crueldad*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2018, p. 9.

⁷⁹ Johan Galtung, *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Gernika Gogoratuz, 1998, p. 74.

de sus pares, el rechazo en consecuencia y la suma de lo que el padre podría considerar una amenaza a su propia masculinidad se obtiene como resultado el ejercicio de crueldad y violencia a la que él sí está en una cómoda afinidad. Para el padre de Ian su condición representa una *amenaza*, y “en situaciones de “amenaza” al orden establecido, el poder criminaliza y elimina a los sujetos rebeldes que se oponen al sometimiento”.⁸⁰ Cabría aquí puntualizar el hecho de que no se trata de una realidad fáctica, sino de una percepción particular del que ostenta el poder sobre otro.

Además se podría sopesar la posibilidad de que la corporalidad de Ian se vea cosificada. Martha Nussbaum refiere a la cosificación partiendo de las relaciones sexuales, sin embargo, puede ser de utilidad para otros contextos. La cosificación puede tener distintas nociones.⁸¹ En ese entendido hay que mencionar que puede haber varios tipos de cosificación, las que considero aluden al caso de Ian serían la denegación de autonomía: “el chico daba la impresión de haberse ido gastando. Parecía drogado” (*id.*), “Ian casi no se sostenía. Se le cerraban los ojos y la cabeza se le iba para los costados. Se sacudió, tratando de abrir los ojos de nuevo y de hacer pie. Parecía que el aire se le hubiese convertido en algo extraño” (*id.*); la inercia: “Pero no sirven. Sus años no sirven” (p. 30), “Miraba al mocosito como si lo estuviese midiendo” (p. 38), y la denegación de subjetividad: “El hombre se sentó al lado pero dándole la espalda” (*id.*), “Antes lo miraba fijo, pero ahora [...] hacía como si no estuviera” (*id.*).

En consecuencia como no puede soportar la condición de Ian, acata los preceptos de un orden patriarcal; que, de acuerdo con Segato, serían: el mandato masculino, la baja empatía, la crueldad, la insensibilidad, el distanciamiento, el desarraigo, la desensibilización, entre otros.⁸² Lo que acaba en el asesinato de Ian, pero, lo más relevante es el hecho de que, producto de los preceptos patriarcales, el padre de Ian no siente remordimiento: “Ese hombre era su padre. [...] Miró el cigarrillo y después fijó la vista adelante, más allá del humo [...]. Fumó un rato, tranquilo” (*id.*).

⁸⁰ Alicia Castellanos Guerrero, “Violencia, racismo y rebeldías en México: continuidades y rupturas”, en Jacinto (*op. cit.*), p. 115.

⁸¹ Martha Nussbaum, “Objectification”, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 24, núm. 4 (1995), pp. 249-291.

⁸² Segato, *Contra-pedagogías...*, p. 11.

Y pese a que a él no le duele, a Cometierra sí: “Abrí los ojos. Todavía ese olor me lastimaba. Era como el de los perros atropellados⁸³ al costado de la ruta” (p. 39), y sabe que a la madre de Ian también lo hará: “Miré a la mujer, sus brazos fuertes aferrando su cartera. / Estaba esperando que hablara. [...] No sabía si a ella iba a gustarle lo que tenía que decir” (*id.*). Como cierre del caso de Ian recibe el agradecimiento de la madre a través del pago económico por el trabajo que realizó —porque sí, lo que Cometierra hizo fue brindar un servicio, realizar un trabajo— y la noticia:

Abrí el sobre, que tenía un diario adentro. Lo revisé hasta dar con una página que decía «GRACIAS» escrito en fibrón rojo y, señalada con el mismo color, una noticia: «El veterinario⁸⁴ prófugo es el único imputado por la muerte del joven especial». [...] Adentro del diario había un montón de billetes (pp. 45-46).

Pero el caso de Ian mantiene la incógnita del nombre de su padre. Cometierra se salvaguarda al no querer conocer su nombre pues con el asesinato de Ian ya conoce demasiado de él. La relevancia que otorgo a no conocer el nombre del asesino de Ian, pero sí el nombre de Ian es porque quien merece recibir atención es la víctima, quien merece hacerse responsable es el victimario. Resulta imprescindible aprender las violencias que nos rodean y reconocerlas si se pretende conseguir un cambio. Éstas son prácticas utilizadas para la gestión y el control social, prácticas aprendidas que pueden ser modificadas.

2.1.1.3 *La norma*

Establecer de forma puntual las cifras de desapariciones resulta deshumanizante para las víctimas porque la vida es única. Sin embargo, no se pueden pasar por alto, conocerlas es imperioso. Éstas constituyen la representación social de un crimen y establecen la relevancia

⁸³ La importancia que mantiene la asociación de Ian con un perro atropellado es porque ya previamente se le había denominado como un cachorro. Sin embargo, al ahora ser un perro, dejó de ser una cría. Además el hecho de que sea un perro que se queda al costado de la ruta también alude a las víctimas que son ignoradas por el resto mientras permanecen cerca.

⁸⁴ Destaco el vínculo existente entre identificar a Ian como un animal —cachorro o perro— y que su padre sea precisamente un veterinario, cuya labor es la de salvaguardar la integridad de los animales y, también, salvaguardar la integridad de su hijo al cumplir su rol como padre de Ian.

política que tienen.⁸⁵⁸⁶ De hacer caso omiso a la importancia de *saber* y *admitir* las cifras, se estaría negando su existencia en primer lugar, lo que implicaría volver a desaparecer a las víctimas.

En el presente apartado referiré a dos víctimas que representan lo que considero *la norma*: Florencia, compañera de clase de Cometierra —y *amiga*—, y la chica del río, cuyo nombre se desconoce. Ambas víctimas que no regresaron a casa, aunque las razones sean distintas. Ambas representan la constante de un sistema que les falla —o quizá que funciona exactamente como se pretende que lo haga.

Florencia es la tercera víctima de la que Cometierra tiene consciencia y desde que la menciona se sabe que Florencia está muerta pues de inmediato alude a su cuerpo volviéndose sólo huesos. Momentos después reconoce a la mujer que acude a su casa, de quien se desconoce su identidad en primera instancia. Más adelante se hace la aclaración de que quien se acercó a su reja es la madre de Florencia: Marta. La elección del nombre no es gratuita, la interpretación del nombre sería “la señora” o “la dama”. Por la forma en que se comportaba frente a Cometierra y las actitudes con las que se intuye educaba a Florencia, la manera en la que Marta se conducía buscaba proyectar la imagen justamente de una señora o dama, algo que la diferenciara del entorno marginal en el que se encontraba.

Se deduce lo anterior a partir de lo relatado por Cometierra: “«Tenés barro entre los dedos y los dientes», me había dicho la madre de la Florencia, mi compañera de escuela, cuando no la dejó que nos juntáramos más [...] ella, que se la daba de gran cosa porque iba al templo los domingos” (p. 54). Sin embargo, dichas actitudes pasan a segundo plano cuando la necesidad de Marta por saber de Florencia la superan. Esto sigue siendo algo nuevo para Cometierra, pero no implica que por ello su móvil sea algo más que el deseo de ayudar —como lo hizo con Ian— y se nota cuando Marta se ofrece a pagarle *la consulta* —lo cual implica también una forma de resistencia—: “Nada, Marta. ¿Cómo te voy a cobrar?” (*id.*).

⁸⁵ Sandrine Revet y Rogelio Altez, “Contar los muertos para contar la muerte: Discusión en torno al número de fallecidos en la tragedia de 1999 en el estado Vargas-Venezuela”, en *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 46, (2005), pp. 21-43. Consultado en <<https://www.redalyc.org/pdf/3477/347730361003.pdf>>.

⁸⁶ Helen Verran, “Number as an Inventive Frontier in Knowing and Working Australia’s Water Resources”, en *Anthropological Theory*, vol. 10, núm. 1-2 (2010), pp. 171-178. Consultado en <<https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/1463499610365383>>.

Floresia representaba para Cometierra una amistad, su propio círculo social, aunque se le fue arrebatado por Marta, se observa en la nostalgia que la abarca: “Mientras entrábamos en casa, no le dije lo que la había extrañado a su hija cuando ella [...] no la dejó venir más” (*id.*). Y, aún con la nostalgia y quizá un poco la reticencia a convivir con ella, la recibe y ayuda, ya que la forma de ser de Cometierra se percibe considerada, cuidadosa a comparación de quienes la rodean.

La cuestión con Marta —aparte de la violencia racista y clasista que le demostraba a Cometierra— era la necesidad de hacer las cosas a su tiempo y forma: “[...] que me dijera ella, siempre metida, siempre apurada” (*id.*), mientras intenta mantener el control de la situación dando órdenes, Cometierra piensa en Floresia y reconoce la molestia para con Marta y la superioridad con la que se dirigía a ella.

Frente a lo anterior cabe destacar la violencia expresa que ya sufrió Floresia: “pensé en la ropa de la Floresia menos rota que su piel, en la Floresia abajo, como estaban las raíces de las plantas de mi terreno y las hormigas tercas recorriendo sus túneles” (*id.*), lo que indica que las condiciones del cuerpo de Floresia son graves: “Yo veía a la Floresia agusanada como un corazón enfermo, el pelo, una tela de araña vieja desprendiéndose del cráneo” (*id.*). Aunque no se dice de forma explícita qué le sucedió a Floresia, se puede inferir que sufrió abuso, probablemente del tipo sexual. Podría cuestionar el propósito detrás de la acción, pero no existe una racionalidad al respecto. Lo anterior refuerza lo propuesto por Segato cuando dice que como sociedad pensamos y creemos que la búsqueda tiene que responder a un para qué, el cuestionamiento bajo esta racionalidad es automático, se cree que tiene que ver con la instrumentalidad cuando en realidad debería localizarse de forma puntual la dimensión expresiva de estos sucesos.⁸⁷

Además, la violencia racial es evidente cuando enaltece a Floresia por el mero hecho de ser rubia, pero no se reduce únicamente a su cabello, sino que refiere su corporalidad en general: “la Floresia rubia y prometedora como una avispa colorada” (p. 54). Catalogarla como tal alude a que Floresia encaja en una convención de belleza, pero esto no la exime

⁸⁷ Segato, *La guerra...*, p. 85.

de ser violentada, al contrario, representa un riesgo, un factor que la convierte en un blanco más vulnerable.

Cometierra, sin embargo, toma la decisión de no decirle la condición de Florencia a Marta, así que le miente. Para Marta Florencia *está bien* y se alcanza un cierto alivio con eso, se trata de la creación de una verdad *oficial*: “Marta volvió a respirar, tanto que pareció que el pecho se le hacía más grande” (p. 55). Lastimosamente, la mentira provee un alivio temporal que prontamente se cuestiona: “Pero, nena, abrí los ojos. ¿Por qué llorás? —dijo mientras me agarraba fuerte las dos manos” (*id.*). Y frente a la desesperación y el deseo de *saber* Marta se olvida de sus juicios: “La madre de la Florencia no me soltaba. Esa vez la tierra no le dio asco. La mugre en mis uñas ni la vio” (*id.*). No obstante, termina por creer la versión de Cometierra, o decide conservar la versión de Cometierra, y el consuelo que le ofrece, para conciliar: “—Nena, seguro cuando vuelva ella te viene a ver. / —Andá tranquila, Marta. Ya ni que cuidarla tenés. La Florencia siempre fue hermosa” (*id.*).

Hasta aquí concluye lo sucedido a Florencia, que si bien para Marta es motivo de alivio, para Cometierra representa una más de las víctimas que no pudieron regresar a casa y cuya ausencia no resultó relevante para el sistema —la demora en la toma de acción fue tan evidente en el caso de Florencia que, para cuando Cometierra la visualiza, su cuerpo ya está en descomposición—⁸⁸ del modo en que les es relevante a quienes conocían a las víctimas, y Cometierra comparte dicho interés, pero no puede ayudar a cada botella que termina en su jardín: “Algunas estaban hacía mucho [...] y el tiempo que dañaban letras, nombres, números de teléfono, que borran todo menos el dolor del que las había traído hasta ahí y sus ganas —todas idas menos una— de saber dónde está” (p. 56).

A continuación retomo el caso de la segunda víctima que forma parte de la norma: la chica del río. A diferencia del caso de Florencia, la existencia de esta chica se conoce gracias a una botella. Desde el momento en que la ubica se comienzan a hacer presentes ciertos

⁸⁸ Con esto, Florencia —y la chica del río— forman parte de las 252 víctimas de feminicidio en Argentina en el año de 2019 —coloco como referencia dicho año debido a que es el año en el que se publicó la novela, por lo que sitúo la obra en ese momento temporal—.

símbolos: “Aunque era de día y pegaba mucho el sol, cuando la levanté y la leí pensé en una noche larga” (p. 99).⁸⁹

Asimismo, Cometierra funge como una suerte de creadora cuando construye una realidad en torno a las botellas, ostenta cierto poder sobre las mismas —tanto física como simbólicamente—: las agita, las mezcla y espera a que el contenido de ellas se asiente al fondo mientras las contempla. Es una imagen en la que se coloca en una posición de poder frente aquello que *sufre* las consecuencias del ejercicio de éste. Las dota de identidad debido a que representan a una persona y, en el proceso, se vuelve a hacer presente la violencia que las acompaña —pues las botellas no llegarían a ella de no haber personas desaparecidas—: “la tarjeta tenía el nombre de una chica, y sabía bien que ese nombre venía con una historia, y que esa historia ya no iba a gustarme tanto. [...] Estaba el nombre de la chica. El que le había elegido alguien, y ese nombre no me lo olvidaba” (*id.*).

Se detecta una referencia sutil al desenlace que tendrá la chica: “[...] había poca tierra y estaba en el fondo [como la chica] y lo demás era agua” (*id.*). Cometierra toma la decisión de ingerir la tierra de la chica, en busca de obtener claridad, aunque el don se incline más por mostrarle oscuridad —así visualiza a la chica y de nuevo detecta la similitud entre la noche, la oscuridad y el agua—. El hecho de que Cometierra decida ingerir la tierra de alguien acarrea como consecuencia directa el seguimiento de la víctima. Cometierra se comunica con el contacto que le dejan, en este caso no es un familiar, sino la pareja de la chica, solo. Y de primera instancia no se da un careo, sino que Cometierra se anticipa a obtener información para después decidir, incluso se detecta una sorpresa por parte del novio —quizá porque Cometierra ya era su última opción para localizar a su novia.

La interacción dada en la llamada es de cierta forma hostil —de nuevo se detecta una transgresión al estereotipo que une en una dupla inseparable a la mujer con la amabilidad—, Cometierra es directa, e incluso con la cortesía que la pareja de la chica le ofrece ella marca un límite y tajantemente redirecciona la conversación a lo que considera prioritario: saber

⁸⁹ Los símbolos aquí tratados resultan relevantes. El día, por un lado, se asocia con la luz, claridad, verdad, vida y el renacimiento—debido a que el sol le acompaña y éste resurge una y otra vez después del silencio y la incertidumbre de la noche—. La noche, por otro lado, se asocia con el caos, la muerte, el sueño, el silencio, la eternidad, así como lo determinado.

dónde está la chica. A pesar de la forma contundente de Cometierra —que evidencia que quien tiene el control es ella y la desconfianza al otro: “Además yo de mi casa no me muevo” (p. 101)—, el chico no se coloca en una posición defensiva, al contrario, parece entender el contexto y la situación lo lleva a adaptarse a los requisitos de Cometierra para poder conservar una esperanza, llega rápidamente a casa de Cometierra y le cuenta lo sucedido.

Él anticipa que ya han buscado a su novia en el río⁹⁰ tanto los pocos vecinos de la zona como los policías y hasta buzos tácticos, pero no han conseguido ningún resultado. He aquí una diferencia importante entre Florencia y ella: a la chica del río sí la han estado buscando. Porque hay víctimas que reciben más atención que otras. La manera en la que se hace la búsqueda provoca en Cometierra una sensación de dolor —ya sea por su don o por la empatía generada el momento de proyectarse como la chica misma—: “Me dio tristeza pensar en las manos de un cuerpo vivo estirándose para tocar algo de la chica que yo había visto sonreír y saltar” (pp. 101-102).

Cometierra, incluso con la sensación de tristeza o incomodidad, accede a ofrecer su ayuda con la posibilidad de que la víctima pueda regresar con sus afectos. Sin embargo, no es ingenua ni otorga confianza ciega —especialmente cuando de hombres se trata—. Por eso cuando el novio le dice que deberá depender de alguien más ella *retrocede*: “Me acomodé en la silla, con el cuerpo tirado hacia atrás, y lo miré callada. Me estaba arrepintiéndome de haberle dicho que sí tan rápido” (p. 102). El lenguaje corporal denota desconfianza, mantener el contacto visual, pero alejar el torso lo indica; sin embargo, no es una señal de rechazo completa se trata más bien de una postura de negociación y el chico lo sabe, por eso decide ofrecer solución en búsqueda de una respuesta favorable: “Él, como si lo adivinara, dijo: —Está la lancha colectiva, lleva un montón de gente, no tenés que ir sola. / El flaco se habrá quedado una hora más contándome cosas y tratando de convencerme” (*id.*).

⁹⁰ El simbolismo que acompaña al río es ambivalente, mantiene como una de sus principales características el hecho de que se conforma de una dualidad, por un lado, representa la vitalidad, fertilidad y fuerza creadora de la naturaleza; por otro lado, refiere al transcurso irreversible del tiempo, el abandono y el olvido. Su avance es tanto vida como muerte. En este caso particular, se podría interpretar como un río *místico* debido a que debajo de su superficie se oculta algo —o alguien—. La tierra misma es la que mantiene sus *tesoros* ocultos; sin embargo, la tierra del río —por la dualidad del mismo— resulta más impredecible, así como podría *renunciar* a sus tesoros, así mismo podría no querer *soltarlos* nunca.

El caso de la chica ahogada es el único en el que Cometierra obtiene respuestas no sólo de la tierra, sino también de la red de apoyo que ha mantenido: Walter, las maes, así como Ezequiel. Con la búsqueda de la chica interpretaría que una vez se ejecuta la violencia no se desvanece ni se puede pasar por alto: “Todos me habían hablado de la belleza de esas islas, de la vegetación, de lo inmenso del río. Pero a mí el lugar me olía a encierro. A agua estancada. / El río, empacado, no la quería devolver. La escondía como la noche a los bichos” (p. 113). El novio no los acompaña en primer lugar, llega después, les indica dónde se perdió la chica y tan pronto lo dice se va. Esto implica el impacto y dolor que puede producirse a los familiares frente a la frustración de no tener noticias, ésa es la razón —interpreto— de que el novio no siga de manera presente en la búsqueda, no cuando ya la han buscado todos y no han tenido éxito.

Al momento del traslado por lo menos Cometierra ya tiene una cierta idea de qué hacer, pues la mae Sandra ya se lo había dicho: el río —como si tuviese voluntad— *quería hacer* un intercambio: un cuerpo por otro, y conforme analiza la zona en la que la chica se perdió mantiene presente a la mae. Sin embargo, cuando de retribuir a la violencia se trata, no se puede ofrecer otra cosa que no sea algo de la misma fuerza: “ese río de mierda no quería flores, ni sangre, ni velas encendidas” (*id.*). Como plantea Daniela Lara Espinoza: “Toda clase de violencia, sin importar su tipo, existe una fundamental carga negativa que no es posible cambiar por una positiva”.⁹¹ Aun así, Cometierra se arriesga a sufrir lo mismo que la chica y se arroja al río. Y éste *acepta* el intercambio.

Esto ejemplifica que la fuerza del río responde a un símbolo violento, finalmente, “la violencia no siempre adopta la forma de un golpe”.⁹² Pero el don de Cometierra le permite sobreponerse a esto, y, en un giro de eventos, parte del sistema le ayuda a conseguirlo: Ezequiel, y aunque ella vive, la chica no: su cuerpo aparece, pero ella se ahogó.

⁹¹ Daniela Lara Espinoza, “Violencia masculina en los fundamentos de la violencia contra las mujeres en Chile (2010-2014): La importancia de su visibilización y de generar un cambio sociocultural”, en Jacinto (*op. cit.*), p. 424.

⁹² Judith Butler, *Sin miedo. Formas de resistencia a la violencia de hoy*, Barcelona, Penguin Random House, 2020, p. 48.

Hay que considerar que “la verdad y el castigo son dos extremos de una misma práctica”.⁹³ Es decir, queda el alivio de saber qué y cómo está la chica del río, pero la decepción de saber que no es con vida. Cometierra toma esto como si fuera responsabilidad suya garantizar que todas las víctimas puedan ser encontradas con vida. Lo considera una pérdida muy personal, para ella las víctimas no le son indiferentes: “«Ahogada», dijo, y volvió el frío. / Ya no traté de hablar. Me aflojé, dejé caer la cabeza en la almohada. Cerré los ojos. Ahogada. Era todo cierto. Me pareció poco. Me dio bronca. Ahogada” (*id.*).

Aunque la chica del río no haya sido asesinada, no significa que su muerte no haya sido violenta. La cuestión es que en la amplia variedad de violencias, la violencia estructural cuenta con sus propios altos y bajos, abarca el fracaso de las autoridades e instituciones para actuar en una línea temporal que permita el regreso de las víctimas, así Cometierra asume una responsabilidad que le queda demasiado grande porque le corresponde al Estado.

2.1.1.4 La excepción

Frente a los casos de desaparición y feminicidios que en su mayoría —tanto en Argentina como caso específico, como en Hispanoamérica en general— no obtienen una resolución satisfactoria, resulta aún más imperativo destacar las ocasiones en las que las víctimas regresan y los familiares se permiten un descanso real después del calvario emocional que atraviesan durante su desaparición en aras de mantener una esperanza a la posibilidad de cambio.

Éste resulta ser el caso de María, la prima de Ezequiel, la única de las víctimas a las que Cometierra consigue encontrar con vida, razón por la que la denomino como *la excepción*. Considero relevante destacar el hecho de que la única víctima que se salva se llama María. La elección no puede obviarse. El nombre propio constituye un objeto cultural poderoso, forma parte de una tradición que va desde el ámbito histórico, religioso y hasta político que representa una marca definitiva. Por lo tanto, creo, aporta un valor agregado al

⁹³ Rafael Muñíz Pérez y Rebeca Vilchis Díaz, “La tortura como práctica social en México: Un dispositivo biopolítico”, en Jacinto (*op. cit.*), p. 375.

hecho de que sea la única a la que Cometierra consigue ayudar antes de que sea muy tarde. Sus características físicas, la empatía que Cometierra siente hacia ella, además de que, incluso siendo la excepción, pertenece a la mayoría de la población, la culminación de su búsqueda e incluso la elección profesional —María es estudiante de enfermería— también se suman a dicha marca definitiva.

El caso de María se separa del resto para empezar porque es el único en el que un hombre acude directamente a Cometierra —más adelante lo hará el novio de la chica ahogada, aunque no directamente, sino a través de una botella (tal como el resto con su información de contacto añadida)—. El nombre del desconocido que acude a Cometierra es Ezequiel,⁹⁴ quien forma parte del sistema. Y, contrario a la imagen que pretende proyectar el departamento policíaco, no inspira seguridad; de hecho para el resto, o el margen, saber que el sistema está involucrado, lejos de dar tranquilidad y confianza, provoca miedo y recelo: “Dijo «comisaría» y me ahogué con el mate. ¿En dónde me estaba metiendo? Cuando me preguntó si estaba bien, lo esquivé” (p. 65).

La historia de María refiere una temporalidad en la que la falta de acción por parte del departamento policíaco es evidente, y también muestra la desesperación de los familiares de las víctimas, así como el avance temporal en los casos —cuestión que no es menor al considerar el tiempo como un factor de suma importancia para el éxito de los casos—: María llevaba seis días desaparecida, lo que ha de evidenciar a su vez la impotencia y las acusaciones respecto al sistema: “Después dijo que su tía empezó a acusar a los compañeros de trabajo de él. Dijo que los policías y el comisario se habían quedado quietos, que no la buscaban” (*id.*).

Hay que destacar que Ezequiel forma parte del sistema de justicia que debería tomar acción para proteger a la población, en este sentido, a Cometierra le indigna la motivación que mueve a Ezequiel: “Yo lo escuchaba hablar y no podía contestarle nada. Me daba bronca

⁹⁴ Bajo la premisa de que los nombres importan destaco que Ezequiel podría hacer referencia al mencionado en el Antiguo Testamento. Resultaría adecuado considerarlo así pues el Ezequiel del Antiguo Testamento tenía como misión combatir la corrupción, las malas costumbres y las ideas erróneas, lo cual coincidiría con el hecho de que sea parte del departamento de policía.

que fuera su sangre la que lo moviera a buscar y no la chica. Cualquier chica. Era un yuta, su trabajo era ese” (p. 66). En la última oración se observa la violencia estructural ejercida a las víctimas de desaparición, así como la sufren todos los grupos vulnerables al negarles necesidades humanas básicas como la supervivencia, la identidad misma, la libertad o el bienestar que se supone deben salvaguardar. Hacer caso omiso de la falta de acción por parte de cada institución y del Estado constituye la confirmación de que “la indiferencia ha sido la gran cómplice de los crímenes cometidos”.⁹⁵

Ezequiel se enfrenta con la realidad de que la obstaculización del sistema es el sistema mismo: “—Pensé que siendo policía iba a ser fácil —dijo—, pero pasaron muchas cosas. [...] —Terminé dándome cuenta de que en esta estaba solo” (*id.*). Para Ezequiel se trataba de una novedad, para Cometierra no: “Me dio lástima, pero era así, todos buscaban solos” (*id.*). Debido a la ineficacia y la certeza de que no se puede confiar plenamente en el sistema los grupos vulnerables deciden tomar acción ellos mismos.⁹⁶ Y Cometierra contempla la posibilidad de beneficiarse a partir del trabajo que está realizando: “Mientras lo veía manosear la foto, pensé en cobrarle un montón de plata para sacármelo de encima, pero después me acordé de la piba” (*id.*). Y, aunque no le cobra para *sacárselo de encima*, sí lo hace por la ayuda: “Si a la policía le pagaban por buscar y no hacer nada, ¿por qué no iban a pagarme a mí?” (*id.*).

Cometierra afianza su sentido de deber, después de que Ezequiel intenta mostrarle una foto de María, piensa que tal vez con ayuda de Ezequiel podría obtener un resultado distinto. Quizá con el sistema apoyándola de algún modo podría hacer las cosas de una manera diferente, podría encontrar a María todavía con vida. Una vez acepta ayudar a Ezequiel se reúne con él al día siguiente para que la lleve donde la casa de María.

⁹⁵ Vladimir Jankélévitch, *El espíritu de resistencia. Textos inéditos 1943-1983*, Barcelona, Alpha Decay, 2019, p. 207.

⁹⁶ De ahí la presencia de colectivos buscadores como lo fueron Las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, como lo son las Madres Buscadoras en México, la colectiva Esperanza de Madre de las venezolanas, el Movimiento Migrante Mesoamericano que incluye a las madres de El Salvador, Honduras o Guatemala quienes buscan a sus hijas e hijos, o las Mujeres buscadoras en Colombia —a quienes Yanette Bautista (hermana de Nydia Erika, militante del M19 desaparecida por miembros de la Brigada XX perteneciente al ejército), quien lidera un proyecto de ley, considera como sujetas que deberían ser protegidas de forma especial por la constitución, así como constructoras de paz—, por mencionar algunos.

Durante este proceso se encuentra la interacción con la madre de María. Posterior a este momento Cometierra hace uso de su don y evoca la imagen de María. Aquí destaco la descripción del aspecto de María: “Nada, salvo un brillo que miré con mucha atención hasta que se transformó en dos ojos negros. Y de a poco, como si la hubiera fabricado la noche, vi la cara de María, los hombros, el pelo” (p. 73). Y, una vez concluye la visión lo reafirma: “[...] me busqué en el espejo. Encontré lo que sabía: «Soy como ella —me dije—. [...] Yo me parezco a María. En los labios, en el pelo, en el color de mi piel está la tierra y está ella” (p. 75). Por ende, debido a la descripción, se puede inferir que María, así como Cometierra, *no pertenecen* al canon de belleza, no como la Florencia, por ejemplo.

Sin embargo, hay que mencionar que, aunque para Cometierra también resulta incómodo su don por el dolor físico que le provoca la ingesta de tierra en su estómago, o la empatía que experimenta y evidencia cuando su corporalidad pareciera no responderle a ella sino al dolor que comparte con las víctimas y que incluso le impide respirar con normalidad; no pretende ignorar el sufrimiento que presencia por su comodidad, de modo que se queda y obvia o reprime el dolor que siente.

Conforme más se involucra se vuelve evidente la decisión de Cometierra a encontrarla, a evitar que María sea igual que el resto.⁹⁷ En adelante al momento en el que se reconoce similar a María se evidencia su determinación, como si en realidad dependiera exclusivamente de ella asegurar que María regrese. Se convierte en una proyección de resistencia frente a una realidad violenta que en realidad sale de su control, pero adquiere un tinte personal. Así, considero es de importancia significativa señalar que no se refiere únicamente al físico, sino también a su condición como mujeres, ya que la norma dicta que los casos de mujeres asesinadas y desaparecidas terminen precisamente así: vivas y abandonadas entre sombras. De ahí que se empeñe y esfuerce en conseguir obtener un resultado distinto.

En sus sueños, por su don, mantiene contacto con la señora Ana y aun ahí mantiene presente la imagen de María. La señora Ana la motiva y se comporta comprensiva al respecto

⁹⁷ La cuestión en el caso de María implica que, a diferencia del resto de las víctimas, al estar viva, puede comunicar su sentir a Cometierra a través de sus expresiones. Cometierra detecta las emociones a partir de su respiración y de sus gestos. La mirada y el lenguaje corporal juegan un rol importante.

pues ella entiende a Cometierra y confía en su capacidad. En consecuencia, prioriza la búsqueda de María por encima de su sentimiento de soledad y la injusticia que sigue presente por lo que le pasó a ella. Así, insta a Cometierra a irse para que María no sea una más.

A continuación, el día siguiente en lugar de que Ezequiel fuera quien espera a Cometierra, ella ya aguardaba por él. La resistencia de Cometierra visibiliza la priorización de la otra por encima de su prejuicio sobre Ezequiel. Y junto a él, en el proceso, les acompañaba también la madre de María; sin embargo, Cometierra no le atribuye demasiado protagonismo porque no le interesa la madre de María, la importante no es ella, sino María: “No sabía su nombre. Para mí era solo la madre de María, la tía de Ezequiel” (p. 84).

Existe un momento en el que la madre de María intenta comunicarle algo a Cometierra —énfasis en el intenta—, lo que se podría interpretar como un tipo de violencia emocional debido a la carga simbólica para ambas y sobre todo por el apelativo con el que se dirige a Cometierra —“nunca, la palabra «hija» para mí de la boca de una mujer” (p. 85)—. Si bien Cometierra observa sus intenciones marca un límite y la detiene, y ella, en consecuencia, lo respeta. Una vez comunicado el límite, Cometierra se aleja y una vez más es testigo de la violencia que rodea a María, frente a ella se queda expectante, observadora firme para poder ofrecer ayuda, para ubicar dónde está María y hacer algo al respecto. La escena es contemplativa, Cometierra no se aproxima a la tierra de las víctimas de manera vana, lo hace con respeto y distancia en la medida en que la tierra forma parte de las víctimas:

Acaricié la tierra, cerré el puño y levanté en mi mano la llave que abría la puerta por la que se habían ido María y tantas chicas,⁹⁸ ellas sí hijas queridas de la carne de otra mujer. Levanté la tierra, tragué, tragué más, tragué mucho para que nacieran los ojos nuevos y pudiera ver. Era ella. El moretón en el ojo de María era fuego y furia en mi corazón. [...] Ahí estaba María, que, como si me hubiera presentado, se desesperó. Yo traté de calmarla.

[...]

Se abrió la puerta que había al lado de la cama y el ruido que hizo fue terror para nosotras. Solo sus ojos enormes no estaban atados y les contaban, a los míos, el miedo, los golpes y las ganas de escapar (pp. 85-86).

⁹⁸ Interpreto, a partir de dicha puntualización, que el agresor de María puede fungir como agresor de más víctimas. Como la puntualización se hizo previamente: los casos no son ajenos ni son eventos esporádicos, mucho menos únicos una vez el agresor identifica que es capaz de cometer los actos de violencia sin la repercusión de un sistema, ya que el mismo ejerce violencia al ignorar estos actos.

Como médium sensible a factores externos, Cometierra tiene la capacidad de percibir determinadas cosas. En consecuencia, posterior a hacer uso del dinero que recibe como pago por su ayuda a la familia de Ezequiel, expresa que, incluso con la cabeza baja, algo le llama la atención: “apenas, y leí «herrero», y después un nombre, «Francisco»,⁹⁹ [...]. El corazón me pegó una piña desde adentro. Sentí como si una mano invisible, de hombre fuerte, apretara mi cuello para asfixiarme” (p. 89). La fachada resulta la respuesta a la búsqueda de la ubicación de María: “CARGA TU CRUZ¹⁰⁰ QUE YO CARGARÉ LA MÍA” (*id.*), corporalmente hablando se impresiona tanto que su capacidad del habla parece nula. Remarco la elección de palabras *Carga tu cruz*; éstas pueden hacer alusión a las palabras de Jesucristo al decir “Toma tu cruz y sígueme” en Mateo 16:24 y estarían insinuando una devoción y sumisión absoluta a la fe. Pero se detecta la ironía de que, a pesar de las creencias y referencias religiosas marcadas con tinte de benevolencia, paz y compasión, quien más lo predica está lejos de actuar bajo dichos preceptos.

Y entonces refiere a quien se asume es Francisco, un hombre mayor, promedio. Existe una forma de violencia sutil que abarca las interacciones entre hombres y mujeres: “me miró primero a mí y después a Ezequiel. A él le sonrió” (p. 90). Con la aclaración hecha de que a Ezequiel le sonríe se infiere que el reconocimiento de Francisco a Ezequiel se debe por la condición de que lo considera su igual, mientras que Cometierra recibe escrutinio, apenas la mira, y esa interacción basta para reconocer el peligro: “Pensar en verlo de nuevo me dio pánico” (*id.*).

En este momento cumple el cometido: encontrar a María y así lo hace saber. Ahí Ezequiel asume el rol de policía frente a Cometierra y le recuerda que más que margen forma parte del sistema, lo que la hace sentir insegura y utilizada a la vez: “No imaginé que estuviera

⁹⁹ Respecto del nombre del secuestrador de María, la carga simbólica que acompaña la elección del nombre es una ironía. El nombre “Francisco” remonta sus orígenes a la tribu germana franken que lo denomina como “hombres libres”; sin embargo, también deriva del latín “Franciscum” que se interpreta como “Aquél que ama la libertad” y otra vertiente es aquella que alude a san Francisco de Asís. Así aunque Francisco se asocia con la palabra *libertad*, el personaje se dedica a privar a las muchachas de la misma.

¹⁰⁰ Valdría aquí distinguir que la cruz —así como los nombres— también cuenta con una carga simbólica importante. En el caso particular de la cruz no fue hasta el siglo V que se difundió como símbolo del cristianismo —por lo tanto, se entiende como la promesa de una recompensa a los sufrimientos que en la época se vivían; tales como las guerras y carestías—, ya que previamente se le asociaba con un símbolo de tortura.

armado. [...] Sin darme cuenta había estado días dando vueltas en auto con un tipo y su fierro [...]. Él no me miraba, como si ahora que le había dado lo que había estado buscando ya no existiera para él” (p. 91). Frente a la impresión de los eventos se activa un mecanismo de protección de huida. Cometierra comienza a caminar sin prestar atención a Ezequiel y llega con la mamá de María, ahí se vuelve a encerrar en sí, incapaz de hablar, pero ya no hace falta hacerlo. El sonido de las sirenas basta para indicarle que ha sucedido algo relacionado con su hija y no le toma más de unos segundos reaccionar.

Producto del rescate de María, Cometierra afianza su vínculo con Ezequiel. Se vuelve aún más consciente de sus corporalidades, observa detenidamente los detalles: el paso de las horas, la sangre seca de Ezequiel, el silencio y sus propias sensaciones. Hasta que Ezequiel actúa y se expresa agradecido a través del contacto físico, evidencia un aprecio a Cometierra a través del abrazo —que toma por sorpresa a Cometierra.

Pasados diez días, la madre de María va a visitarla, para darle las gracias e intentar incrementar el pago por su ayuda. En esa visita Cometierra se percata —de nuevo, con especial énfasis, en los detalles de la corporalidad de ella—: “De tan tranquila parecía otra persona. Algo en sus ojos me decía que había vuelto a dormir” (p. 97).¹⁰¹ No omito la importancia de los pagos ofrecidos a Cometierra. Aunque no tenga una solvencia económica que le permita prescindir del ingreso de recursos, tampoco toma ventaja. Por lo tanto, rechaza el fajo de billetes, y, sin palabras de por medio, sólo se dedica a ser espectadora del mundo que la rodea y cae en cuenta de la realidad en la que vive:

Me dio pena. No sé si por ella, o por lo que le habían hecho a María, o por mi mamá, o por la Florencia, o por la novia del Walter, o por mí. Lástima de todas juntas. Una tristeza enorme. La acompañé hasta la reja. Le di un beso como pude y ella se alejó por la vereda de mi casa, como tantos otros, para no volver nunca más (*id.*).

Y aunque no pretenda volver a ver a la mamá de María, sí conserva la relación con Ezequiel. La consolidación de su vínculo se da de forma casual, así las dicotomías se reconcilian: sistema y margen, *opresor* y oprimida, hombre y mujer. Se permiten el nacimiento de una

¹⁰¹ Cabe mencionar aquí que el cierre de la búsqueda de María se refleja en los detalles que Cometierra percibió y que no han sido mencionados con anterioridad a lo largo del proceso. Su maternidad y las minucias que antes no tenían razón para ser aludidas surgen y Cometierra las enuncia como las fotos distribuidas en la mesa del comedor como centro de reunión para hablar de ella, de resto parecía que todo seguía igual.

alianza que beneficia a ambas partes. Con el tiempo confía lo suficiente como para recurrir a él por ayuda y ahí surge la mancuerna entre lo que consideró al principio: quizá con ayuda de Ezequiel las cosas podrían ser diferentes. Sólo se necesita un poco de voluntad para la conformación de un cambio, se requiere de disposición.

2.1.1.5 *El indefenso*¹⁰²

La muerte de Dypi corresponde a una muerte simbólica: asesinado por un caballo. La violencia que sufrió Dypi no fue instrumental, pero sí estructural. Dypi representa la vulnerabilidad frente a un símbolo inclemente como lo es el Estado, representado a través del caballo, al patriarcado mismo pues, finalmente, el patriarcado y su mantenimiento se encuentra ligado al Estado, así como la preservación de la letalidad de los hombres y el aseguramiento de que la violencia se conserve impune también dependen del Estado.¹⁰³

El Estado asume como legítima su capacidad para ejercer violencia, para ello con el uso de agentes estatales y aquellos que forman parte de la seguridad pública.¹⁰⁴ Lo que Segato evidencia al establecer que gran parte de las herramientas así como de sus fuerzas y el uso de la violencia que legitima está enfocada a la protección de aquello que considera su propiedad —lo que interpreto como cualquier cosa o persona que considere como inferior—.¹⁰⁵ Se considera de esta forma porque “the images that we carry about any given topic shape our approach to that topic”,¹⁰⁶ no se le puede percibir de otra forma ya que no se le conoce de otra forma.

¹⁰² Los factores que se encuentran dentro de este apartado rondan más en lo simbólico que en lo instrumental, a diferencia de los otros apartados. Por lo mismo es que le doy especial atención a los animales y los simbolismos que se presentan.

¹⁰³ Segato, *La guerra...*, p. 147.

¹⁰⁴ En lo que respecta al Estado argentino, durante el siglo XX atravesó cinco procesos dictatoriales en los que se hizo uso de una violencia paraestatal. En lo que concierne a este apartado, sobre el hecho de que la víctima es una infancia, valdría la pena recordar incluso que el Estado ejerció violencia incluso en sus generaciones más jóvenes. Existieron muchas infancias secuestradas o nacidas en cautiverio alejadas de sus familias biológicas y se les robó su identidad entregados a otras familias. Producto de la indignación de esta organización tan violenta se forma la Asociación Madres de Plaza de Mayo, quienes se dedicaron a buscar a las víctimas y exigir respuestas, así como las maternidades de la novela de Reyes lo hacen.

¹⁰⁵ Segato, *La guerra...*, p. 80.

¹⁰⁶ Carolyn Nordstrom, *Shadows of War: Violence, Power, and International profiteering in the Twenty First Century*, Berkeley, University of California Press, 2004, p. 58.

El caballo responsable de la muerte de Dypi con los valores atribuidos a él como animal —fortaleza, fuerza bruta, poder, coraje, resistencia y determinación— permiten identificarlo como símbolo representante del Estado. En el caso de Dypi, Cometierra da una respuesta bastante pronta. Un día recibe la botella con la foto de él y al día siguiente ya está haciendo el recorrido para ir donde la dirección que le habían dejado. Acude con la esperanza de que pueda ser una segunda excepción, lo deduce de la sonrisa que observa en Dypi.

El recorrido a la casa de Dypi también ofrece información sobre su contexto. Parte de quién es Cometierra se encuentra determinado por la cultura con la que creció y el entorno que la rodeó. Si bien no resulta increíble que Cometierra sea médium —teniendo en cuenta que Latinoamérica (por ende Hispanoamérica) en conjunto tiene una gran tradición cuando se trata de esoterismo, magia y brujería—, ésta es la primera ocasión en la que en la novela se observa un atisbo de lo que Cometierra veía durante su infancia:

Podría haber tomado la paralela [habla del recorrido que ha hecho para llegar a la estación de tren que la llevará a la casa de Dypi] [...], pero no me gustaba: en esa calle tiraban gallos muertos.

A esos gallos¹⁰⁷ los tenía grabados. Al principio los ponían en la esquina, con velas rojas,¹⁰⁸ maíz¹⁰⁹ y todo un *show*, pero después habían empezado a revolverlos en bolsas negras que no llegaban a taparlos y obligaban a ver: las patas secas o alguna cresta que se asomaba (pp. 119-120).

La mención implica lo normalizada que está la práctica para Cometierra y lo común que le resulta verlos en su cotidianidad, reconoce los cambios en la acción, pero simplemente la considera un factor más de su propio entorno. Una vez llega donde el tren, se observa otro simbolismo: el perro. Cometierra divisa del otro lado de las vías a un muchacho con su perro —asociado con la lealtad, la búsqueda y fidelidad, pero también se les considera

¹⁰⁷ En este caso la figura del gallo funciona también como símbolo del patriarcado, así como del Estado. Se le atribuyen características de vigilancia, orgullo, virilidad o ser virtuoso. Sin embargo, también se le atribuyen denominaciones negativas como lo son la agresividad, la lujuria, la cólera y la codicia, reflejo del discurso violento que evocan.

¹⁰⁸ Las velas, así como el gallo, refieren a la vitalidad, la fuerza y la pasión. El color rojo se considera un color ligado a la vida. Existen dos rojos: diurno y nocturno. Éste habla del rojo diurno, asociado con el color del alma, del esoterismo, la ciencia secreta. (Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos* (trad. Manuel Silvar y Arturo Rodríguez), Barcelona, Heder, 2000, p. 1371).

¹⁰⁹ El maíz también tiene una connotación positiva, tiende a ser con el propósito de dar buena fortuna. Se interpreta como benefactor y prosperidad. (Chevalier y Gheerbrant, *op. cit.*, p. 1043).

acompañantes de los muertos, como símbolo de resurrección, guardián y guía—. ¹¹⁰ E incluso con estas cualidades el animal toma la decisión de cometer suicidio —aunque la ciencia no ha determinado de manera certera que los animales tengan la consciencia suficiente para acabar con su propia vida—:

El animal se había adelantado y amagaba con mandarse por abajo del tren, y el flaco, a los gritos, trataba de hacerlo volver, pero el perro no le daba ni cinco. [...]

Esperaba el momento justo.

[...] Pero no bien pasó otro [vagón] más, el animal vio que había un espacio grande y se mandó. [...] El perro tardó solo un grito en morir (pp. 120-121).

La concepción del suicidio se interpreta como una salida frente a un mundo y una sociedad en la que parece no encontrarse una solución otra que no sea quitarse la vida. Se interpreta como posible sinónimo de libertad frente a los conceptos y normas sociales, si bien no sería el caso del perro en sí mismo, sí lo sería cuando se entiende que el perro representa algo más que a su misma existencia: representa al ser humano. Más adelante se detecta otro simbolismo: un loro encerrado. El loro podría asociarse a un estado de alerta, atención y comunicación, en consecuencia, si está encerrado, implica que se está interfiriendo con las tres características atribuidas al animal. Además del factor de que como ave y su capacidad para volar se le está privando de su libertad. Así, tanto el loro como el perro representan a las personas bajo el cargo del Estado mismo.

Después de reconocer la existencia del loro, se percata del caballo, aunque en el momento no habla más de él. En ese momento llegan dos mujeres lo que revela que Eloísa cuenta con una red de apoyo en la cual confiar, que la ayuda a buscar a su hijo, y desde la primera interacción se le expresa a Cometierra la condición de Eloísa y el comportamiento actante de los familiares de las víctimas reflejado en su resistencia frente a sus desaparecidos. Y, más que solicitar, exigen a Cometierra que tenga éxito en la búsqueda de Dypi: “Tenés que agarrar al que se llevó al pibe” (p. 124). Lo que me lleva a destacar el peso colocado sobre los hombros de Cometierra atribuyéndole la responsabilidad de hacer el trabajo que correspondería a la policía —cosa que implica una violencia al exigirle resultados a alguien que no está en la obligación de darlos—.

¹¹⁰ Cirlot, *op. cit.*, p. 359.

Del mismo modo resulta importante no pasar por alto el hecho de que hasta el momento nadie ha nombrado a Dypi, cuando se refieren a él es diciendo *el pibe*. Al ser seres que utilizamos el lenguaje para comunicar, evitar nombrar algo es negarle la existencia y restarle importancia. También implica la negación de la identidad de las víctimas y su derecho a reconocerles con ella, se les deshumaniza y entonces el entorno se enajena, evita nombrar aquello que representa una incomodidad. Aquello que no se nombra, no existe y sobre lo que no existe no se puede actuar: se olvida porque no resulta *importante* —no para aquellos ajenos a las víctimas al menos. Sin embargo, el comportamiento proactivo de los allegados a las víctimas no es una situación particular, sino una constante compartida —así como el hecho de que la policía haga caso omiso—. Cada una de las personas que realizan su propia búsqueda lo hacen a su forma: en el caso de Eloísa era cargando bolsas que dentro contenían fotocopias de Dypi para pegar en el barrio.

Cuando Cometierra visualiza lo sucedido a Dypi, se observan los simbolismos otorgados: el Dypi como el indefenso y el caballo como la fuerza del Estado. Su visión explica que Dypi no estaba haciendo nada distinto a lo usual, incluso se podría decir que confía en el caballo, se preocupa por él: “El recreo quiso compartirlo con el caballo, lo desenganchó del carro, le dio primero unas palmaditas en el cuello, después lo acarició con ganas” (*id.*), aunque el caballo no tenga la misma consideración para con él pues lo ignora: “El animal se le adelantó hacia el pasto. [...] el animal no le respondía” (p. 125). Posteriormente, Cometierra visualiza el momento en el que la fuerza del caballo impacta contra Dypi —dícese de la fuerza del Estado contra el individuo—: “[...] empezó a dar patadas hacia atrás y le dio en la cabeza” (*id.*). Es decir, que si bien la violencia y el Estado tienden a estar acompañados y mantener una relación estrecha cuando del ejercicio del poder y la legitimización de la violencia se trata, no necesariamente implica que en cada ocasión el Estado actúa con el propósito de ser violento, pero sí continúa siéndolo incluso cuando no es su intención.

Frente a las consecuencias de lo que implicaría asumir que la violencia es adrede se hace el análisis de que resulta más conveniente mentir para no provocar más violencia —o al menos, eso considero—, ésa es la razón de que Eloísa tome la decisión de no decir que el responsable de la desaparición de Dypi fue el caballo y procede a dar una versión distinta, la

versión que representaría el ocultamiento de las verdades —así como el Estado—, no significa que sea menos doloroso para ella: “—Le voy a decir a las otras mujeres que no dejen ir a los pibes solos. Se los pueden robar. / Mientras hablaba, a la madre del Dypi se le caían las lágrimas” (*id.*).

2.2 El cuerpo como territorio en disputa

Los feminicidios fungen como medio para comunicar un mensaje y el sistema utiliza como método de dominación y conquista la violencia dirigida hacia los grupos vulnerables o quienes no se ajustan a lo estipulado por el sistema y el Estado. Por lo tanto, la violencia ejercida no se dirige hacia un enemigo en igualdad de condiciones, sino en contra de una población que se encuentra con una desventaja notoria frente al otro. Rita Laura Segato plantea que la violencia ejercida a las *minorías* son simplemente el disciplinamiento del sistema patriarcal impuesto sobre nosotros. La cataloga como crímenes del patriarcado colonial moderno contra todo aquello que pretenda desestabilizar, conspirar y desafiar el control que posee sobre los individuos. Por lo tanto, atenta contra quienes disponen de estrategias y tácticas diversas que, ya sea intencionada o inadvertidamente, nos deslizamos y escabullimos de su vigilancia para después desobedecerla.¹¹¹

Lo anterior no aplica, sin embargo, para aquellos cuerpos que encajan sin conflicto alguno en el sistema. Así, la corporalidad masculina no se enfrenta a un atentado en su contra como sí lo hace el cuerpo femenino o feminizado —al menos no del mismo modo—, porque, de acuerdo con Segato, la crueldad sólo se especializa como un mensaje cuando la corporalidad es de una mujer.¹¹² Sin embargo, también se relaciona con el sentido de territorialidad asignado a los cuerpos. Entonces el cuerpo femenino pasa a considerarse y tratarse como un territorio que ha de caer bajo dominio.¹¹³ Por eso las víctimas dentro de la novela de Reyes que reflejan haber experimentado más violencia corporal son las mujeres: la madre de Cometierra fue asesinada a golpes, la señora Ana fue violentada por un grupo,

¹¹¹ Segato, *La guerra...*, p. 105.

¹¹² *Ibid.*, p. 21.

¹¹³ *Ibid.*, p. 51.

Floresnia experimentó violencia física también, a María la secuestraron, ataron y golpearon. Todas víctimas de las masculinidades y la violencia machista producto de su contexto. El ejercicio de la violencia hacia ellas se da como resultado de la *capacidad* que tienen los agresores de ejercerla.

Así la relación entre el poder y la corporalidad resulta de suma importancia dentro de la novela de Reyes. Asumiendo que los agresores se consideran superiores a las víctimas, no se violentará a las mujeres siempre y cuando ellas sirvan al rol que ellos consideran útil, especialmente los cuerpos femeninos rodeados de relaciones de poder y dominación bajo el mandato de las masculinidades, se les conservará en la medida en que les resulten productivos y permanezcan sometidos. Por lo que el control ejercido sobre el individuo no se realiza únicamente a través de la consciencia o de la ideología, sino a través de su corporalidad y con ella. Mediante la conquista corporal se puede determinar tanto formas como límites y espacios a utilizar. Entonces, la misoginia, el machismo y la violencia patriarcal actúan como un refuerzo para ejercer violencia en la corporalidad de las víctimas.

En consecuencia el mandato que el padre de Cometierra tiene determina que la forma de comunicar su poder es mediante la violencia física sobre el cuerpo de su madre, dentro del espacio doméstico y sólo por no saber comunicar sus límites de otra forma porque otra forma resulta inconcebible. La señora Ana y Floresnia sufren abusos sin haber estado expuestas dentro de un espacio específico, Ian simplemente estaba enfermo y eso representó incapacidad de utilidad corporal, María sólo estaba haciendo su vida de manera cotidiana cuando la secuestraron. De modo que tanto la corporalidad femenina como la feminizada junto con el género se cimientan como elementos relevantes en la construcción de los imaginarios sociales que nos rodean de simbolismos y con la muestra de poder y significados que dividen y diferencian cada esfera y espacio abarcado por uno u otro género. Esto permite considerar que las formas de desenvolverse en determinados entornos dependen de las relaciones existentes en los mismos.

Así, la corporalidad del individuo se liga con su personalidad y la decisión del cómo decide ejercerla y expresarse junto a ella por la relación tan cercana existente entre corporalidad e identidad. La corporalidad se ve nutrida constantemente de experiencias y se complementa de las interacciones resultadas de las mismas, convirtiéndose así en un territorio

con la capacidad de conquistar y ser conquistado. Pero para considerarlo territorio hay que plasmarlo y entenderlo desde tres conceptos: la corporalidad en una individualidad, la corporalidad desde las relaciones sociales y la corporalidad desde la experiencia que la conforma, es decir, la memoria que se alberga dentro de ella. A partir de ahí he de explorar cómo Cometierra vive su trayecto a partir de la expresión corporal.

La primera vez que mencionan su cuerpo se le asocia con algo ajeno a lo humano, se la deshumaniza por ser diferente: “Parecés un bicho.¹¹⁴ Ni siquiera te acomodaste el pelo” (p. 11). En su individualidad, la relación con su corporalidad, a pesar de la agresión por parte de su tía, es bastante positiva: “Yo me miré al espejo y sonreí” (p. 19). No existe vergüenza ni arrepentimiento, infiero que se debe al hecho de que lo usó para poder localizar a su papá, es decir, como infancia requiere de la presencia de alguno de sus cuidadores y al parecer no alberga rencor hacia su padre por asesinar a su madre —esto implica una resistencia al rechazar la violencia como método para reconciliar sus dolencias—: “Me llevé lo demás a la boca y comí con todas las ganas que tenía de ver a papá de nuevo” (*id.*).

Conforme avanza la novela, se reconoce a sí misma con una capacidad de ayudar. No por ello le resulta grata la sensación con las visiones que le permite su don: “Se me agitaba la tierra en el estómago. [...] / Tenía que sacármelo” (p. 40). La violencia que rodea a Cometierra también autoinfligida con la intención de obtener su bienestar, por eso se provoca a sí misma el vómito. Y también toma de decisión fundamental, reconoce tanto privilegio como determinación: “Olvidaba porque podía. Nunca sería madre. No quería” (*id.*). Y aunque se reconozca capaz de ser de utilidad para otros, esto también conlleva que experimente un sentido de incomodidad y vergüenza en determinados momentos. Como cuando el padre de Ian atenta contra ella yendo a su casa y soltando un disparo frente al grupo de amigos de Walter, lo que hace que ellos —procurando su propio bienestar— se nieguen a quedarse con ella, así que cuando Walter les pide que alguien se quede no recibe respuesta. Cometierra se percibe entonces rechazada, el acompañamiento que recibe se compró. Esto comunica que

¹¹⁴ Aquí añadido el detalle de no considerar como irrelevante que se le compare con un bicho —lo entenderé también como un gusano—, pues es un animal que alude tanto la vida renacida de la podredumbre, así como la muerte. Se trata de lo previo a la descomposición, es tanto regresión como fase inicial, se trata de transición. (Chevalier y Gheerbrant, *op. cit.*, p. 839).

para estar con ella se necesita de una clase de soborno: “mi hermano sacó una pila de billetes del bolsillo y se la dio y ellos repitieron que se encargarían” (p. 50).

Tiene una noción de su corporalidad y se ve constantemente tratando de entenderla y de desenvolverse a partir de ella. Incluso si esto implica la comparación entre su corporalidad y los estereotipos colocados sobre las mujeres como se puede apreciar en el siguiente fragmento, parte de su resistencia también está precisamente en no formar parte del canon de belleza establecido por la mirada masculina:

Su corpiño, como el de todos los personajes femeninos del *Mortal Kombat*, hacía que casi se le vieran las tetas. En el juego yo había elegido Sub-Zero, que era un varón. Me gustaba no tener que preocuparme por tener un par de tetas enormes aunque fuese en los videojuegos. Yo soy flaquita (pp. 41-42).

Otro momento en el que se evidencia su comparación con otras mujeres se da en su encuentro con la mae Sandra, a quien ella le reconoce características similares a ella, de forma puntual, su cabello y la longitud parecida a la de ella; del mismo modo fija su atención en el entorno que la rodea y se percata de que la corporalidad de las maes y de las mujeres pintadas en las paredes no son iguales, se compara nuevamente, pero no las rechaza.

Como otra muestra de su corporalidad y la forma en la que ella decide ejercerla está la forma en la que no presta especial atención a lucir pulcra. Previamente aludí al hecho de que una vez que pierde a sus figuras maternas, su interés por verse *femenina* o encajar en el molde se ve relegado, parece que Cometierra se identifica como parte de la naturaleza, por lo tanto, con la tierra y su fortaleza. Por eso se permite ser *salvaje* e identificarse con el laurel. Asimismo, se refleja en la forma peculiar que tiene para describir su rutina de aseo. Como parte de su preferencia se hace la acotación de que pareciera que se trata a sí misma como una planta que necesita abundante agua y cuidado ritual. Cometierra procura bastante tanto sus relaciones como su comodidad, por ende su rutina representa una forma de pertenencia, una estabilidad dentro de su vida. Por eso cuando se baña es un espacio en el que se siente plena, esto implica un instante en el que no carga con ningún tipo de expectativa y sólo existe.

En segunda, respecto a sus relaciones sociales, reconoce su corporalidad como parte de la demostración de afecto, interés, autenticidad y medio de comunicación. De no ser por la relación que mantiene con su hermano, su relación —en lo que a la corporalidad refiere— con los hombres habría podido desarrollarse desde la violencia física de la que fue testigo

desde niña. La paciencia que Walter le brinda forma parte de un aprendizaje fundamental que no tuvo por parte de su tía, mucho menos de su papá, su hermano le modela una manera de relacionarse que no parte de la crueldad ni la intolerancia. Se detecta en la ocasión en la que frente a la ausencia de su padre y la búsqueda que ella hace Walter no la repudia ni reprende, simplemente la deja ser mientras le otorga un acompañamiento emocional y la cuida:

Mi hermano volvió a acercarse y me agarró de la mano. Me llevó al baño, me lavó las piernas con una esponja, dejó la canilla abierta. Mientras me limpiaba los brazos y las manos, el Walter me hizo prometerle que nunca más iba a comer tierra.

Cuando prometí, mi hermano me acarició la cabeza. No sabía si él estaba más alto o si era que yo así, con su mano encima, me volvía más chica.

—Ahora lavate los dientes —dijo y me dejó sola en el baño (p. 19).

Según Andreas Esheté, “our affections extend to persons with whom we share a common history and the like in all bonds —private and public— indicates that it is a deep fact about the affinities of human nature”.¹¹⁵ Es decir, la razón de que Walter y Cometierra interactúen del modo en el que lo hacen parte de que el comportamiento de Walter para con Cometierra ha sido una consecuencia de sus afectos y del vínculo que ha *elegido* crear con su hermana.

Después de las amenazas recibidas hacia Cometierra y la frustración que ambos experimentan comparten un momento que refleja tiempo de calidad. Walter hace un acompañamiento corporal, que no verbal. Basta con su presencia para que Cometierra pueda sentir sus emociones con libertad. La seguridad emocional no requiere de un consuelo verbal, por eso no resulta imprescindible que Walter hable mientras Cometierra llora (p. 48). Además, Walter funciona como contención tanto emocional como física. Cuando Cometierra recibe una amenaza directa por parte del padre de Ian que va a la entrada de su casa a apuntarle con una pistola, Walter se interpone —para evitar que Cometierra vea y se exponga— y actúa como autoridad para ella. Sin oportunidad de nada le ordena que regrese adentro (*id.*).

Respecto a su relación y la ausencia de afecto corporal —porque se menciona muy esporádicamente su expresión en la novela— se detecta la importancia de la dinámica que comparten: “Mi hermano me tocó. [...] veíamos poco y yo también necesité abrazarlo”

¹¹⁵ Andreas Esheté, “Fraternity”, en *The Review of Metaphysics*, vol. 1, núm. 35 (1981), p. 37.

(p. 49). Una vez se consuela a la corporalidad ha de consolar emocionalmente, afirmándole su presencia en los momentos de conflicto y peligro hacia ella: “El Walter me decía que ya estaba, que el tipo se había ido, [...] que no saliera, [...] que él se iba a encargarse de todo” (*id.*).

Por último, en el aspecto experiencial, su corporalidad cambia. Evoluciona y acumula sensaciones desde el momento en que le promete ya no comer tierra a Walter. Luego, cuando reconoce que la tierra de Ian se mantiene en ella con el afán de *hablarle*, experimenta dolor por lo que la tierra le muestra y por la mamá de Ian, su caso es el primero al que se aproxima por lo tanto resulta ser una situación que la sobrepasa y que no desea repetir; finalmente se trata de la desaparición de una persona y el desgarrador proceso emocional de su madre: “Pensé en la tía, en que ojalá no volviera” (p. 40). Además, es la primera ocasión en la que la tierra continúa *agitada* dentro de ella. Resulta una sensación prolongada que la lleva a lavarse y *curarse* en el proceso. Así, el aspecto experiencial la acompaña en su propio cuestionamiento: “Si ellos no tenían la culpa, ¿quién? ¿Mi cuerpo? No podía solucionar lo que mi cuerpo veía” (p. 50). Y también en los momentos en que recuerda cuando era niña, como el momento en el que la madre de Florencia pretende hacerla sentir vergüenza por la tierra tanto en sus manos como en sus dientes.

Sin embargo, reconoce que también hay otro lado de su corporalidad que no le desagrada, aunque sí le resulta novedoso, como cuando Ezequiel regresa del rescate de María, es una de las interacciones que mantiene con contacto físico emocional con alguien aparte de Walter —incluso con el poco tiempo que habían compartido juntos—. El contacto físico, es decir, el acompañamiento que vive junto a Ezequiel con su abrazo le muestra una nueva forma de vincularse. Evidencia a su vez la apertura de una grieta en el muro entre ambos.

Más adelante se vislumbra cómo Cometierra no necesita racionalizar sus acciones, sino dejarse llevar por aquello que *siente* en su cuerpo es lo que debe hacer. Lo que implica una confianza en sí misma y el conocimiento de su corporalidad, una conexión que le permite no dudar. Además, las personas que la rodean tampoco necesitan oírla, basta con verla y les resultan evidentes sus intenciones como a Ezequiel cuando la acompañó al río y ella se arrojó, algo en ella provocó que automáticamente él infiriera lo que le correspondía hacer (p. 114).

Aunque, por razones diversas, regresa la incomodidad y el control que toma su cuerpo por encima de su voluntad. Como cuando Cometierra expresa su incapacidad de pronunciar palabra debido al estrés emocional —o incluso la emoción (positivamente hablando)— al que se encuentra sometida en diversas ocasiones, aunque no por ello en todas queda afónica —la naturaleza de Cometierra simplemente no recurre al discurso oral—. Hay momentos puntuales en los que explícitamente hace saber de su incapacidad. Uno de ellos es cuando Ezequiel regresa del rescate de María, ella refiere que no puede ni moverse ni hablar. Otro se da después de lanzarse al río para rescatar a la chica, perder el conocimiento y ser rescatada por Ezequiel para luego despertar en el hospital. La incertidumbre hace que quiera hablar con Ezequiel, pero no lo consigue.

Durante momentos emocionalmente violentos como cuando la señora Ana le insinúa la muerte de Walter también pierde la capacidad del habla. Cuando asesinan a Hernán y detecta la violencia racial por parte de Ezequiel —sorprendida porque lo consideraba como igual y se da cuenta de que la visión de él es diferente: “¿Qué mierda hacés con estos negros? / [...] Todavía tengo grabada en mi cabeza, la cara de orto que puso cuando vio que yo estaba ahí. Nunca lo había escuchado llamarnos «negros»” (p. 137)—, la carga emocional es tan fuerte que simplemente no habla. El encuentro violento que presencié cuando toda su comunidad va a vengar a Hernán, también la impacta en su corporalidad: “Yo no podía ni hablar” (p. 157). Incluso si ella no pretendía incitar la violencia, la cuestión de la dupla victimario-víctima reside en que no puede existirse en el medio. Si no hay victimario la única alternativa posible es la de exponerse a la vulnerabilidad,¹¹⁶ y así sucede con el Ale Skin.

Considerar a la corporalidad como territorio en disputa implica hablar del territorio mismo. La producción que conlleva la práctica o el discurso de éste desemboca en una sensación de posesión y pertenencia. La territorialización también se convierte en una expresión del poder. Es decir, resulta en una construcción social observable desde la organización social, desde lo histórico, así como desde la cultura y los símbolos. Por ejemplo, en su primer encuentro con el Ale Skin, él maneja plena y cómodamente dicha territorialidad porque así es su relación respecto de su propia corporalidad. De ahí que la amenaza no tenga

¹¹⁶ Segato, *La guerra...*, p. 112.

que ser expresada verbalmente, sino que basta con el mensaje corporal que envía (p. 145). Se trata de una comodidad dentro de la corporalidad misma y dentro de la concepción del ejercicio de la violencia, la visualización de ésta como una actividad recreativa para afirmar su masculinidad: “Cuando estaban cerca, el Ale Skin levantó el palo y dijo: / —Quiero jugar. [...] y el Ale Skin agitó el bate en el aire como si me fuera a arrancar la cabeza” (*id.*).

Ese intercambio sucedió cuando Cometierra era aún más pequeña. En el asesinato de Hernán se observa que la actitud y el comportamiento no cambió, ya que se trata de una cuestión aprendida, lo que implica que Ale Skin representa la encarnación de la pedagogía de la crueldad y muestra el resultado de un sistema patriarcal violento que ha normalizado estas conductas. Así se puede concluir que cuando el poder decide ejercer su capacidad opresora sea a través de la violencia —en todas sus presentaciones—. Empero, el énfasis dentro de la novela de Reyes irá a lo sexual —por los feminicidios—, y agrego la expresiva como coprotagonista. La violencia ejercida tiende a ser sexual ya que sólo a través de ella se puede comunicar el control sobre la víctima. Es decir, esta violencia ocupa una posición central por ser utilizada como herramienta de guerra para la crueldad y letalidad que de forma simultánea dañarán a la víctima en lo material y lo moral.¹¹⁷

La cuestión más problemática respecto al ejercicio de la violencia sexual, experimentada de primera mano de la profesora Ana y observada en su vulnerabilidad por Cometierra, quien la dibujó del modo en que falleció —“Yo la había dibujado como la tierra me la mostró: desnuda, con las piernas abiertas y un poco dobladas para los costados, [...] como si fuera una ranita” (p. 23)— y fue capaz de dar con su paradero —“al día siguiente encontraron el cuerpo de la seño Ana en el terreno del Corralón Panda” (*id.*)— es que se tiene la creencia de que la ejecutan individuos desviados, enfermos mentales o anómalos sociales, en lugar de la estructura simbólica que se organiza a partir de actos y fantasías profundas. Pero la violencia sexual en realidad la ejercen individuos cotidianos que comparten un imaginario con sus víctimas, hablan su lenguaje y por ende pueden entenderse.¹¹⁸

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 63.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 40.

Es imperativo reconocer que los agresores no son individuos aislados del resto, sino individuos que conocen el sistema y saben cómo moverse dentro del mismo. Los mismos que —en especial las mujeres y grupos vulnerables, las minorías— tienen la facilidad de identificar, lo que no las masculinidades debido a que los hombres no saben o no son capaces de reconocerse a sí mismos como abusadores. El discurso patriarcal los ha hecho creer que en realidad ellos son diferentes, que la violencia de género, la violencia corporal y cualquier tipo de violencia para el caso es ajena. Sin embargo, el abuso a los cuerpos femeninos, feminizados y grupos vulnerables evidencian la frecuencia de estos actos. Incluso si para el perpetrador es inconsciente, su móvil se remonta a una necesidad masculina de enviar un mensaje y la forma de comunicar el mensaje es a través de la violencia por un medio que pretende mostrarle a la víctima que necesita ser contenida, censurada, disciplinada y reducida,¹¹⁹ y no hay mejor verdugo que el representante masculino de una soberanía que contará con la impunidad que el sistema le brinda.

El uso de la violencia para la comunicación parte de que no conocen otra forma de comunicarse con aquellos grupos vulnerables que se encuentran a su alcance. La importancia de la corporalidad radica en la consciencia de que a través de la corporalidad el sistema se ejerce y se deslinda al mismo tiempo, ésta es la razón de que Cometierra sea quien funge como *policía/detective* para su comunidad y alrededores y no la policía en sí misma.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 42.

CAPÍTULO III

Poética de la resistencia

Para entender un concepto es necesario empezar por definirlo. Por lo tanto, acudo a diversas fuentes para recopilar qué se entiende por *resistencia*. El *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* establece que *resistir* proviene del latín *resistere* y se le considera similar a *restar*, proveniente también del latín —*restare*—, cuyo significado implica “detenerse”, “estar firme”, “*resistir*”.¹²⁰

Por un lado, el *Diccionario de la Lengua Española* (DLE) la define en primer lugar como la “acción o efecto de resistir o resistirse”,¹²¹ y en segundo como la “capacidad de resistir”.¹²² Sin embargo, estas dos definiciones no permiten entender de forma clara a qué responde el término; así que resulta de gran utilidad que el DLE otorgue sinónimos que sí clarifiquen el término, éstos son: oposición, rebeldía, rechazo, contestación, renuencia, intransigencia, obstinación, aguante, vitalidad, fortaleza o vigor —por mencionar varios. Por otro lado, aunado a estas definiciones agrego el aporte de Pérez Bernal: “El vocablo *resistir* proviene del latín *sisto*, detener, permanecer inmóvil. Es un poder que suspende y detiene la potencia en su movimiento hacia el acto, resistir es la impotencia, la potencia-del-no”,¹²³ lo que dota a la palabra de una carga un tanto más significativa —a diferencia de los demás diccionarios.

Según Bobbio, Matteucci y Pasquino, el término se encuentra ligado a las luchas dadas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, pues éstas fungieron como una réplica a la situación, por lo tanto, eran reacción y no acción, se trataba de una defensa frente a la ofensa y más que una revolución se trataba de una oposición.¹²⁴ El término ha atravesado una evolución que lo define a partir de otros tantos conceptos y factores; pasó de ser exclusivo del contexto bélico a expandirse y visualizarse también en discursos y gestos, respondía así

¹²⁰ Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1987, p. 505. Consultado en <<https://desocuparlapieza.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/02/corominas-joan-breve-diccionario-etimologic3b3gico-de-la-lengua-castellana.pdf>>.

¹²¹ “Resistir”, en *Diccionario de la Lengua Española*, s.f. Consultado en <<https://dle.rae.es/resistencia>>.

¹²² *Idem*.

¹²³ Ángeles Ma. Del Rosario Pérez Bernal, *Escritura y resistencia: entre Elena Garro, Hannah Arendt y Gilles Deleuze*, Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de México-Juan Pablos Editor, 2019, p. 45.

¹²⁴ Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 2005.

a un nuevo tipo de *armamento* contra el poder y aquellos mecanismos de dominación que lo ejercen.

Se deduce entonces que —por su mero ejercicio— el poder provoca una contra respuesta entre aquellos a quienes está dirigido. Así, el encuentro dado entre aquellos que ejercen el poder y aquellos que se resisten a él —aunque coexisten aparentemente en el mismo imaginario— terminan en una simbiosis en la que cada uno de los participantes procura su preservación, uno —el poder— a costa del otro y otro —la resistencia— en la búsqueda de condiciones favorables para el colectivo que entienden como un todo.

La resistencia entendida como la acción cuyo ejercicio permite que el colectivo exponga su versión de la verdad, aquella que el discurso oficial censura de forma constante por considerar irrelevante o inexistente. Desde la perspectiva derrideana, la resistencia está del lado de lo femenino, de la verdad como mujer, de la imposibilidad de fijar y estabilizar la verdad: *resirrestancia*. La resistencia con el propósito de salvaguardar un *resto*.¹²⁵ Así, lo hegemónico, masculino, patriarcal, y todo aquel que tenga acceso y permiso para ejercer poder considera a las minorías y a aquéllos que resisten, es decir, el *resto* —así como sus experiencias, discursos, gestos y expresiones— como indignos de un espacio dentro del sistema, pues no cumplen con los requisitos de un canon para que se les considere como una experiencia tal cual.¹²⁶ La cuestión que le brinda una fortaleza a la resistencia que lo oficial, lo mayor, lo predominante no posee no permanece únicamente en la desterritorialización de lo último ni se limita al cuestionamiento de lo establecido y sus estándares, sino que la resistencia, lo menor, no puede estabilizarse en una figura concluida, en un sistema ni identidad. La resistencia, el *resto*, lo menor siempre resulta en un devenir.

Ernesto Sabato expresa al respecto una visión esperanzadora de aquello considerado como resistencia y quienes forman parte de ella: “La historia es el más grande conjunto de aberraciones, guerras, persecuciones, torturas e injusticias, pero, a la vez, tierra sobre la cual millones de hombres y mujeres se sacrifican para cuidar la vida de los demás. Ellos encarnan la resistencia”.¹²⁷

¹²⁵ Pérez Bernal, *op. cit.*, p. 23.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 38.

¹²⁷ Ernesto Sabato, *La resistencia*, Ciudad de México, Austral, 2004, pp. 147-148.

3.1 El sentido de pérdida en Cometierra

La percepción de las pérdidas —ya sea de objetos o personas, así como de espacios o situaciones— tiende a marcar un antes y un después en el desenvolvimiento de las personas. El proceso que le sigue a éstas, conocido como duelo, ha sido objeto de estudio sin importar la edad de las personas que lo viven. El duelo no se limita a la reacción emocional frente a la pérdida, sino que conlleva un proceso filosófico que da paso al cuestionamiento de la existencia misma y la relación que mantenemos con el Otro.

Jean-Luc Nancy considera que el duelo se encuentra relacionado con la verdad, refiere una suerte de meditación que se encuentra entre la pérdida y el sentido. Para Nancy el duelo constituye una forma de resistencia, implica un compromiso ético con la memoria y la identificación del otro como irremplazable. Además, reconoce la importancia de la muerte para afianzarnos a la vida, el hecho de que la muerte resulte ineludible e inminente coloca a la humanidad en la experiencia común, sin ella las singularidades se verían deshechas.¹²⁸

Clínicamente hablando Amalio Ordoñez Gallego y Ma. Antonia Lacasta Reverte mencionan que dentro del duelo infantil, cuando de la pérdida de uno de los progenitores se trata, se encuentran tres temores frecuentes: 1) el cuestionamiento de si ellos son responsables de la muerte, 2) la duda de si eso les sucederá a ellos también, y 3) la preocupación de quién los cuidará a ellos ahora que su progenitor no está.¹²⁹ Resalto la última y constituye para Cometierra una cuestión central: “Mamá, vas al agujero en una tela que es casi un trapo. ¿Quién va a hablarme ahora? Sin vos no soy nada, no quiero ser” (p.14). Si bien no se dice de manera puntual la edad que Cometierra tiene, asumo que es una infanta, su duelo se ve impreso por la consciencia de la radicalidad e irreversibilidad de la muerte, por lo que no alberga posibilidad de reencuentro. Frente a esto la tía de Cometierra intenta explicarle que las personas muertas no han de estar con las vivas; a lo que ella protesta —lo que se considera la primera fase de su duelo—: “No me importa. Mamá se guarda acá, en mi casa” (p. 11).

¹²⁸ Jean-Luc Nancy, *Ser singular plural* [trad. Antonio Tudela Sancho], Madrid, Arena Libros, 2006.

¹²⁹ Amalio Ordoñez Gallego y Ma. Antonia Lacasta Reverte, “El duelo en los niños (la pérdida del padre/madre)”, en Carlos Campo Herrero y Pedro T. Sánchez Hernández (eds.), *Duelo en oncología*, Madrid, Sociedad Española de Oncología Médica, 2007, p. 124.

Guillén *et al.*, en concordancia con Ordoñez y Lacasta, menciona que la respuesta inicial del duelo es la protesta, pero acota que incluso puede detectarse una reacción de ira en el infante,¹³⁰ lo cual resulta evidente en la expresión de Cometierra después de verse presionada por su tía a asistir al funeral de su madre. Cometierra ha de asistir, pero sólo porque concluye que es la única forma de que su tía la deje en paz —Cometierra carga con las expectativas del deber ser por su condición de mujer, ya que Walter no cumple ni se le obliga como a ella—.

A lo que añade que “pueden aparecer esfuerzos desesperados por recuperar a la madre”,¹³¹ y Cometierra manifiesta que hace un intento por conservar lo más posible a su madre, pero se topa de frente con la desesperanza —lo que se considera la segunda fase de su duelo—: “Y yo tratando de frenarla, haciendo fuerza con mis brazos, con este cuerpo que no alcanza siquiera a cubrir el ancho del pozo. Mamá cae igual. / Mi fuerza, poca, no cambia nada” (p. 12). Caer en cuenta de la realidad —dícese del hecho de que no puede evitar que sepulten a su madre— da paso a la tercera fase del duelo: la ruptura del vínculo. En este momento Cometierra renuncia a parte de ella misma —su madre—: “Nunca más mamá y yo. / Entra. La tapan. Oreja en tierra, miro. Todavía puedo respirar. Pensé que no, que las costillas se me hundían arañándose los pulmones. [...] Van a dejarte acá, mamá, todos, aunque no quiera. Aunque mis manos no los dejen, te vas a quedar” (p. 13).

Resulta importante dimensionar y acotar que el duelo vivido por Cometierra se ve impregnado por la consciencia que tiene de que su madre fue asesinada —y sabe a manos de quién—. Me resulta importante destacar que utilizo la palabra *asesinada* y no la sustituyo por *murió* ni *falleció* debido a la relevancia que carga la visibilización de que lo sucedido a la madre de Cometierra no fue un accidente, sino un homicidio, un feminicidio. De no acotarlo de esa manera, considero que se invisibilizaría y negaría la realidad de los hechos y el impacto que esto mismo tuvo en Cometierra quien es consciente de lo sucedido y lo atestigua al momento de ingerir la tierra de su madre el día de su entierro. Nombrar las cosas por su nombre es el primer paso hacia la construcción de una memoria y colocar la

¹³⁰ Elena Guillén Guillén *et al.*, “Crecer con la pérdida: el duelo en la infancia y adolescencia”, en *International Journal of Development and Educational Psychology*, vol. 2, núm. 1 (2013), p. 495.

¹³¹ *Idem.*

responsabilidad sobre los hombros de quien corresponde, el primero hacia la obtención de la justicia. La muerte de su madre no fue consecuencia natural de nada, sino que se provocó. Cometierra observa cómo su padre la asesina a golpes y se siente *robada* —le han arrebatado a su madre—. No sólo observa los golpes sino que también percibe el momento en el que ella va muriendo y reconoce que eso implica el abandono no sólo a ella, pero a Walter también.

Hasta aquí, el único duelo que atraviesa Cometierra va ligado al asesinato de su madre, sin embargo, de manera casi inmediata le sucede otra pérdida: el abandono de su padre. En consecuencia, su núcleo familiar se desintegra y el familiar en el que se apoya es su hermano, sin embargo, no evita que resienta la ausencia del otro progenitor. Pero a su padre se lo *borran*, tanto su tía como su hermano parecieran querer eliminar cualquier rastro de él. Así, su duelo tiene dos vertientes. Su experiencia es diferente según la persona a la que acude. El duelo que comparte con su hermano resulta más flexible. Le permite una relación con tolerancia y la libertad para crear intimidad y afianzar el vínculo entre ellos. Evidente en la interacción que mantienen justo después de enterrar a su madre: “El Walter fue bueno, no como la tía. Se sentaba en mi cama, escuchaba, hablaba poco. No se enojaba si yo a veces agarraba la almohada y dormía en el suelo, abajo de la cama. [...] Estaba ahí, horas conmigo” (p. 17).

Sin embargo, aquel que comparte con su tía, evidencia una respuesta evitativa en la que su relación no permite la creación de una intimidad y empatía. Su tía se mantiene ajena a sus sobrinos debido al motivo detrás del cual se tiene que hacer cargo de ellos y al cambio radical que ello implica en su vida cuando no quiso maternar en primer lugar. Esto refleja a su vez una violencia, esperar que sólo por ser mujer ella se tenía que hacer cargo de sus sobrinos y se agrega la presión, el obstáculo de que sus sobrinos no ven en ella ni una cuidadora ni una figura de autoridad.

Como cuidadora principal se detecta una asignación de roles muy clara: su tía asume el rol instrumental en el que se convierte en *cabeza de familia*: ella se encarga de cubrir las necesidades básicas y ordenar, así como asignar roles; mientras que su hermano asume un rol expresivo, Walter entonces cubre las funciones emocionales, resulta notorio cuando es a

quién recurre por consuelo y a la única persona a la que mantiene presente en cada ocasión sin importar lo que le suceda.

No se especifica cuánto tiempo pasa y entonces experimenta de nueva cuenta el patrón de sus pérdidas: la pérdida de su madre —la señora Ana—, seguida de forma casi inmediata por el abandono de su otra cuidadora —su tía, quien representaría a su padre— por el *descubrimiento* del cuerpo de la primera —en el caso de su padre desaparece una vez encuentran el cuerpo de la madre y en el caso de su tía desaparece cuando encuentran a la señora Ana—: “la tía se fue. Ni el Walter ni yo supimos nunca nada más de ella” (p. 23). Como consecuencia del abandono de su padre primero, luego de su tía y la desaparición de la señora Ana, Walter se convierte en la única figura de autoridad y apoyo para Cometierra. Se convierte en el único soporte que conoce, su única constante, y le muestra una manera distinta de vivir pues no existe violencia dentro de su vínculo. Walter le permite a Cometierra desenvolverse del modo en que le parezca y ella hace lo mismo con él.

Cuando se habla del duelo no se pretende que quien ha vivido la pérdida continúe con su vida como si nada, sino que tendrá que acoplar su vida a la ausencia de la persona que perdió, “we are to treat lovingly those with whom we share a sense of bond”,¹³² eso nos incluye a nosotras mismas. En la consciencia y aceptación se espera que, a pesar de la tristeza, se recuerde a la persona sin angustia ni desesperación. Y, contra todo pronóstico, Cometierra lo consigue. Dentro de la novela se observan varias ocasiones en las que lo anterior se confirma. De primera instancia se da cuando va en el coche con Ezequiel rumbo a casa de María y al encender el radio se reproduce una canción que le gustaba a su madre, lo que hace que la recuerde tanto tarareando como hablando con ella. El cariño que experimenta es evidente. Su memoria no parte desde una mirada de añoranza acompañada de tristeza, sino de una añoranza con gusto. La memoria como sinónimo de confort. Tal es el caso cuando ordena su comida favorita pues ésta es la que su madre le preparaba en su cumpleaños y evoca el recuerdo como algo amoroso y alegre:

La comida que pedí era la que más me gustaba, era la comida de todos mis cumpleaños. Me levantaba de la cama [...] y salía de la pieza buscando a mi vieja. [...]

¹³² Esheté, *op cit.*, p. 40.

A veces el viejo no llegaba para la cena y mamá guardaba su milanesa en un plato entre dos papeles del rollo de cocina. Pero las papas fritas no. «Que se cague», decía ella y el Walter y yo nos moríamos de la risa. Esos eran los mejores cumpleaños del mundo (p. 76).

La presencia de su madre no sólo se presenta en situaciones azarosas, sino también en ocasiones en las que atraviesa su toma de decisiones. Cuando decide ayudar a la búsqueda de Dypi y rumbo a la estación del tren rememora los consejos de su madre quien les instaba a ser cuidadosos con la gente a altas horas tanto de la noche como de la mañana. Cuando se le cae una botella de cerveza mientras limpiaba, situación cotidiana, se permite divertirse. Dicha acción evidencia justamente la expectativa del progreso que se esperaba de ella en su duelo, ya que se observa que ha aprendido a vivir con la ausencia de su madre sin un sentimiento de desesperación en su remembranza: “Aunque contuve la risa, una parte mía se alegró al ver los pedazos de vidrio repartidos por todos lados. [...] me acordé de mi mamá. [...] / Si romper una botella me causaba tanta gracia era porque también soy su hija, pensé” (p. 132).

Además de su madre biológica, también parece haberse reconciliado con el duelo de su otra madre: la señora Ana. Ella representa una constante, constituye una parte fundamental de su formación, la mantiene presente, incluso más que a su madre biológica. A la señora Ana la sueña, continúan conversando, interactúan y crean nuevas memorias, ella sigue educándola, reprendiéndola cuando lo cree conveniente y ejerciendo una maternidad distinta, mientras que a su madre biológica se limita a recordarla, lo que implica que a ella sí la ha dejado en el pasado y la acepta como muerta, reconoce que la ha perdido y que no puede hacer más que recordarla, más no conservarla como a la señora Ana. El duelo con la señora Ana es distinto porque, aunque ya se reconcilió con éste, aún no ha roto el vínculo que las une, como sí lo ha hecho con su madre biológica.

Ejemplos de lo anterior se presentan en el momento en el que, a diferencia de lo que fue con su madre biológica, Cometierra no quiere saber de manera puntual qué le sucedió a la señora Ana prefiere mantener una imagen pulcra de ella, viéndola y soñándola del modo en el que la recuerda, no como la tierra se la mostraría pues, al final, no vería a *su* señora Ana, sino a otra: “Nunca me animé a tragar tierra de abajo de la carne de la señora Ana aunque

supiera el lugar exacto en donde quedó. Prefería recordarla perfecta, limpia como el guardapolvo que se secaba en la sogá de mi casa” (p. 93).

La interpretación que propongo frente a la ausencia de la seño Ana es que, de romper el vínculo con la seño Ana, Cometierra tendría que revivir la pérdida y entonces sí quedaría huérfana, así que en su afán por evitarlo prefiere mantenerlo y se confirma en una de sus interacciones. Cometierra misma expresa que no le pregunta quién *se la llevó* por miedo a que eso implicara que incluso en sus sueños muriera también. Sin embargo, experimenta otra pérdida con Ana: la pérdida de la confianza la una en la otra. La seño Ana desconfía de Cometierra porque la *desobedeció* y Cometierra desconfía por la *reprimenda* que le dio. Dicha pérdida reafirma el afecto que siente por la seño Ana, ya le ha otorgado no sólo un rol materno ni autoritario, sino que también la considera su amiga y esta ruptura le vislumbra otra forma de perderla.

Con todo esto se contempla lo que será la vida de Cometierra —lastimosamente—: un duelo y la sensación de pérdida como una constante con la que deberá acostumbrarse a estar en contacto. La diferencia primordial terminaría siendo que con cada pérdida sabrá enfrentarse con más herramientas y, por ende, continuar, desde una *mejor* perspectiva, con su vida. La resiliencia ha de volverse una cómplice en sus experiencias.

3.2 Cometierra como símbolo de fortaleza

La fortaleza de una persona no se limita a la fuerza física que puede poseer dentro de su corporalidad. El caso que confina a una persona fuerte a su musculatura pasa por alto las diversas fortalezas que se encuentran dentro de seis virtudes: de sabiduría y conocimiento, de coraje, de humanidad, de justicia, de templanza y de trascendencia.¹³³ Todas corresponden de un modo u otro a una fortaleza emocional, psicológica o de carácter. La fortaleza se presenta de distintas maneras y no es sencilla de encasillar.

¹³³ Christopher Peterson y Martin Seligman, *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification*, Washington, Oxford University Press, 2004.

Cometierra apenas siendo una infanta y observando su crecimiento encarna cada una de las virtudes mencionadas. Motivo por el cual durante el presente apartado desglosaré lo que considero constituye el núcleo de quién es Cometierra en tres momentos clave en los que se aprecia de forma significativa con fortalezas a destacar —que se traducen a la selección de los subapartados de éste—: virtud de humanidad, virtud de coraje, y virtud de sabiduría y conocimiento.

La de humanidad que abarca fortalezas como el amor, la bondad y su inteligencia social. Así, al saber que Cometierra se caracteriza por encontrarse inmiscuida en un ambiente violento, desde siempre, por lo cual no resulta sorprendente que la relación con su hermano y la sensación de calma, confianza, amor y seguridad que éste le otorga le permita desenvolverse de forma medianamente cómoda a lo largo de su crecimiento. He aquí uno de sus grandes apoyos y fortalezas, la principal si se considera su hermano como eje de su ser.

La de coraje abarca fortalezas como la valentía, persistencia, integridad y vitalidad; esto también apunta a su propio anhelo por descubrirse. Esta necesidad de saber a dónde pertenece e identificarse es la meta a la que pretende llegar y en el proceso se encuentra con todas las víctimas, ayudando así a que otros se identifiquen a sí mismos y encuentren su lugar de pertenencia. Si bien no las víctimas, sí sus familiares. Para ellos se vuelve lo que su hermano fue para ella: un apoyo.

Y la de la sabiduría y el conocimiento que se caracteriza por las fortalezas de la perspectiva, curiosidad, apertura mental y el deseo por saber. La persecución de la verdad constituye una parte fundamental de quién es Cometierra. Desde que despide a su madre se visualiza que lo que más le importa a Cometierra es saber qué fue lo que sucedió, mismo *leit motiv* que la acompaña con el resto de las víctimas. No aplica para todas las botellas que le dejan en su entrada, sin embargo, cuando toma la decisión de levantar alguna de ellas se esfuerza por descubrir la verdad, incluso tomándolo hasta las últimas consecuencias.

3.2.1 Fraternidad y solidaridad

Las personas nos desenvolvemos en comunidad, somos seres familiares. Mantenemos un vínculo primordial con la madre y le secunda el vínculo con el padre, sin embargo, no

considero menor aquél que se mantiene entre hermanos. Así, las relaciones familiares son significativas en las infancias al responder a las necesidades de una persona inmadura y necesitada tanto de atenciones supervivenciales como de estimulación para evolucionar a lo largo de su desarrollo.

La fraternidad se entiende como una cuestión que alude a una cooperación mutua entre individuos, implica igualdad, amistad y gestiona posibles rivalidades. Sin embargo, Esheté establece que “fraternity is a familial tie”,¹³⁴ no la coloca de forma política, por lo que, al ser un vínculo doméstico, no podría extenderse a las amplias esferas sociales como un modelo cívico social, aunque le resulte llamativo el hecho de que “public life retains the natural traces of domesticity”.¹³⁵ Dicho concepto tiene distintas dimensiones, pero destaco que “the bond constitutive of fraternity must involve a share in features that are intrinsic to the agents themselves”.¹³⁶

Aunque la fraternidad puede ser un vínculo que se dé naturalmente, no está exento de tener requerimientos. De acuerdo con Leroux, la fraternidad contiene tres dimensiones:¹³⁷ 1) la comunitaria, en la cual los individuos tienen un vínculo en común —Walter y Cometierra comparten una ascendencia en común—; 2) la afectiva, en la que los individuos manifiestan un conjunto de actitudes afectivas como lo son la lealtad: “Estamos nosotros dos de nuevo, hermanita. Solos” (p. 50), el amor y afecto: “Mi hermano se acercó y me dio un beso” (p. 36), la confianza: “Mi hermano entró detrás de mí y me miró. [...] me dijo que lo abriera, después cerró la puerta y apoyó el cuerpo para que nadie pudiera meterse” (p. 45), la preocupación por el bienestar del otro —Walter y su preocupación sobre el hecho de que Cometierra dejó la escuela, por el tiempo que pasa sola, por la ingesta de alcohol y lo aislada que la ve—, la amistad: “pensé en mi hermano [...] —Antes comprémosle un regalo al Walter” (p. 34), la empatía —Walter en brindarle apoyo sobre su don a Cometierra y ella en entender el nuevo rol de Walter—, sentimientos subjetivos de pertenencia y simpatía por el otro: “Yo no tenía una familia, lo tenía al Walter” (p. 26), y 3) la práctica, los individuos tienen disposiciones para actuar desinteresadamente en beneficio de los otros. Su relación es

¹³⁴ Esheté, *op. cit.*, p. 33.

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Ibid.*, p. 29.

¹³⁷ Sergio Ortiz Leroux, *Las formas de la fraternidad*, Ciudad de México, UNAM-Coyoacán, 2016, pp. 29-30.

de ayuda mutua y de cooperación voluntaria, como cuando Cometierra cocina para Walter, no se trata de que Walter sea el único interesado en cuidar a su hermana, existe una amistad, un amor y un vínculo que ambos procuran y es recíproco: “El Walter llegó unos minutos más tarde. / [...] Mi hermano estaba contento, contagiaba. No le pregunté por qué. Charlamos de pavadas. Casi todo el tiempo hablaba el Walter, a veces con la boca llena, comiendo como un atolondrado. Yo lo escuchaba y me reía con él” (p. 61).

Desde el punto de vista de Esheté, “where a sense of bond exists the individual sees himself in another self”,¹³⁸ así, Cometierra se considera Walter y Walter se ve a sí mismo en su hermana de ahí el cuidado mutuo. Pocas cosas son tan relevantes para Cometierra como lo es Walter. La posibilidad de perderlo es la razón de que se compadezca de los familiares de las víctimas que acuden a ella. La fraternidad existente entre Walter y Cometierra se encuentra permeada por el amor filial que ambos se tienen. A la declaración hecha por Esheté: “relationships of a common bond are always, to an extent, unions of shared sentiments”,¹³⁹ añadido el aporte de Adrián Scribano quien señala que el amor que se expresa en las relaciones filiales actúa como una modalidad para vincularse, el estado emocional de los involucrados se ve afectado por éste,¹⁴⁰ además de evidenciar que el amor mismo ha de ocupar las grietas posibles del individuo, de modo que la energía de dicha práctica permite saberse acompañado y actuar con más confianza en el mundo.¹⁴¹

A lo anterior aclaro que la fraternidad y el amor que motiva a la acción de parte de Cometierra no se limita a Walter, resalto con todo lo comentado que el vínculo con su hermano es más fuerte, pero no limita su actuar con el resto de las personas. Esto implica una resistencia dentro de un ambiente violento: conservarse empática y consciente de las tragedias ajenas representa una manera de ser la esperanza frente a una sociedad que se empeña en ser indiferente. La fraternidad permite tanto a los hombres y a las mujeres luchar. Es también por lo que hacen las revoluciones.

¹³⁸ Esheté, *op. cit.*, p. 31.

¹³⁹ *Idem.*

¹⁴⁰ Adrián Scribano, “El amor filial como acción colectiva y confianza”, en *Sociologías*, año 21, núm. 52 (2019), p. 111.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 109.

En el vínculo mantenido con Ezequiel, tan significativo como se vuelve, se evidencia precisamente la lucha y el inicio de una revolución dentro del entorno que les rodea. La humanidad de ambos converge y transforma en la procuración de un bienestar mutuo. Ezequiel no la ve sólo como instrumento, sino como individuo que le ofrece la posibilidad de solucionar su conflicto. Aquí comienza la resistencia por parte de ambos, “fraternity represents the diverse ways in which individuals are freely drawn together by their common humanity”.¹⁴²

Esheté afirmó que “a fraternal relationship is not always, from the start, a natural bond of dependency and affection”.¹⁴³ La interacción y evolución del vínculo con Ezequiel es *exemplar* de ello. Cometierra lo percibe como una amenaza, como una incomodidad a sabiendas de por qué la busca. Ezequiel mismo le hace saber que no es la primera vez que él está fuera de su casa esperándola, pero sí la primera en la que se baja del auto. La fraternidad con Ezequiel comienza a construirse desde una perspectiva empática desde la corporalidad: “Se veía muy triste para ser tan joven” (p. 63), “Me seguía pareciendo un hombre cansado, alguien que se gastó antes de tiempo” (p. 64); aunque no comprende la razón de sentir interés por él. Aunque el interés en él no implica como consecuencia directa la construcción de una fraternidad ni una confianza por parte de ella, pero él sí la tiene para con ella —eso es lo que respalda su decisión de ir a buscarla en primer lugar—. Ella se mantiene recelosa al inicio, especialmente después de saber a qué se dedica, ya que representa un sistema que Cometierra sabe tiene muchas falencias y carga con diversas decepciones, asimismo resiente a Ezequiel y su motivación personal porque evidencia un actuar egoísta y privilegiado.

Cometierra comienza la construcción de confianza —y resistencia conjunta— al momento de aceptar ir con Ezequiel —incluso con sus reservas—: “Todo mal, subirse al auto de un cana” (p. 68), tomando el riesgo por un móvil: *saber*. En esta ocasión se trata de María, pero como María muchas, y una vez reconoce que Ezequiel la ve más que como un instrumento, se permite relajarse. Poco a poco, producto del tiempo compartido, Cometierra comienza un proceso de humanización con Ezequiel gracias a la vulnerabilidad mostrada por

¹⁴² Esheté, *op. cit.*, p. 44.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 33.

él.¹⁴⁴ Cuando la recoge después de su primer encuentro lo reconoce como representante de una institución: “Ezequiel había dicho que se llamaba y yo lo miraba manejar y me costaba pensar en su nombre. Para mí era el yuta” (p. 70); para después humanizarlo al hacer una distinción entre él y su profesión, se esfuerza a verlo como un ente separado del sistema, y la humanización que él hace para con ella me parece ser un factor determinante para que ella haga dicho esfuerzo. Creer *en* el otro y creer *con* el otro permite que ambos profundicen su relación. Además, el respeto que Ezequiel muestra frente a los límites de Cometierra le posibilita reconocer que su voz importa: “—Sabés que tenemos que volver, ¿no? [...] / Yo le dije que sí con la cabeza. [...] / —Ahora estoy muy cansada —le dije [...] / —Sí, ya lo sé. Comamos, te llevo a tu casa” (p. 77).

La solidaridad tiene tres componentes: cognitivo, afectivo y conativo. Es decir, los conocimientos que el individuo posee son suficientes para respaldar la actitud que acompaña sus afectos y el comportamiento en el que comparte los intereses y las necesidades de otro. De modo que se convierte en un complemento de la justicia con su actuar positivo.¹⁴⁵ Frente a este último Cometierra ofrece su ayuda ante el interés de encontrar a las víctimas, expresa su fraternidad, su resistencia, reconociendo el dolor que aquellos que buscan comparten. Con Ezequiel esto continúa la diferenciación entre el símbolo y el individuo.

Cuando las certezas con las que contamos aumentan reconocemos lo innecesario de *controlar* nuestro entorno y las circunstancias que en él se desenvuelven. En consecuencia, asumo que existe ya una cierta confianza con Ezequiel cuando Cometierra se desenvuelve con la misma naturalidad que delante de Walter por ello le abre a pesar de aún no estar arreglada, hacerle saber que estaba a punto de bañarse —siendo que el aseo personal representa una actividad íntima— y posteriormente salir inmediatamente —lo que implica que su físico pueda percibirse *expuesto*—. Al momento en el que Cometierra le dice a Ezequiel dónde está María y él la deja para ir a rescatarla, al regresar, Cometierra es solidaria y fraterna respecto a la emoción que él le demuestra corporalmente: “Me abrazó. Sentí el

¹⁴⁴ Esto a su vez como otra resistencia, la muestra de una masculinidad que no es violenta con ella, le tiene paciencia, se expone emocionalmente —igual que el Walter— y es agradecido: “Gracias por venir a hacer esto hasta acá —dijo” (p. 71).

¹⁴⁵ María Rosa Buxarrais, “Educar para la solidaridad”, *ACSUR Las Segovias*, 1998, p. 2. Consultado en <https://www.academia.edu/1532046/Educar_para_la_Solidaridad>.

choque contra su cuerpo. / [...] / Se quedó abrazándome un rato largo. No me podía mover ni decir nada. Tampoco quería. Así todo estaba perfecto. / El abrazo me curaba el cuerpo. [...] No tenía miedo. Nada” (p. 92).

Lo anterior evidencia el altruismo característico de la acción solidaria. Y representa la solidificación de una resistencia. Se trata del símbolo del margen y el sistema viviendo una reconciliación en la que el trabajo conjunto da como resultado una mejora dentro de la relación que comparten y las circunstancias en las que viven, se crea un beneficio mutuo. El margen recupera la confianza en el sistema y el sistema se satisface al ejercer su poder positivamente. Después del rescate de María, Cometierra y Ezequiel se han vuelto un equipo en el que ambos comparten un fin indivisible, de modo que, como lo dijo Esheté, “the triumph or defeat of a cause is a major achievement or failure in the lifes of all who have given themselves fully to the cause”.¹⁴⁶ Así, la causa de su resistencia los une y mantiene centrados. Constituyen la reconciliación de los símbolos.

Aparte de la visible fraternidad hacia lo masculino, Cometierra también muestra pequeños momentos en los que su relación con las mujeres involucradas resulta más que fraterna, sorora. El surgimiento de la sororidad es producto de una perspectiva de contraste. Mientras que la fraternidad abarca a mujeres y hombres por el reconocimiento humano, la sororidad tiene como sentido la alianza profunda y compleja entre las mujeres pues ninguna se encuentra jerarquizada. De modo que constituye un principio de reciprocidad que, además, potencia la diversidad existente.¹⁴⁷

“La cosa no es cómo nos queremos; la clave está en que nos respetemos, algo difícil porque no estamos educadas en el respeto a las mujeres”.¹⁴⁸ Existe una percepción errada del término *sororidad* en la que se ve reducida a la creencia de que se trata de un amor incondicional y una amistad irrompible entre mujeres: no es así.¹⁴⁹ Elena Duque visibiliza

¹⁴⁶ Esheté, *op. cit.*, p. 30.

¹⁴⁷ Marcela Lagarde, “La política feminista de la solidaridad”, en *Mujeres en red. El Periódico Feminista*, España, 11 de junio de 2009. Disponible en <<https://www.mujeresenred.net/spip.php?article1771>>.

¹⁴⁸ *Idem.*

¹⁴⁹ En términos sororos no se trata de la promesa de ignorar y omitir la violencia que también puede ejercer una mujer, sino que, aun reconociendo sus agresiones, yo mujer, no le deseo ni solapo el ejercicio de la misma. Si se tratara de encubrir las actitudes de la otra sólo por ser mujer se caería en una copia del pacto patriarcal que representa un problema significativo a la forma de vida de las mujeres cuando de las agresiones masculinas se trata.

que las mujeres sí tenemos la capacidad de establecer relaciones profundas de amistad con otras mujeres —Cometierra mantiene una amistad con Florencia cuyo distanciamiento sólo es responsabilidad de Marta, producto de la violencia racial y clasista, los prejuicios sobre el margen—, las mujeres nos ayudamos entre nosotras —Cometierra siempre extiende su mano—, realizamos actividades juntas, hablamos y somos confidentes —la relación de Cometierra con la primera novia de Walter, de quien no se sabe más, y con Miseria son prueba de ello—. Pero, también reconoce que la insolidaridad femenina suele imponerse y presentarse como *lo natural*, se nos dice que ésa es nuestra naturaleza: malas, envidiosas, competitivas, insolidarias.¹⁵⁰

Aunque las interacciones violentas que mantiene Cometierra con otras mujeres, en términos de no compartir ningún vínculo afectivo en lo más mínimo, se limitan a su relación con su tía. De ahí en fuera, Cometierra nunca desprecia a las mujeres con las que interactúa por muy fugaz que sea el encuentro, al contrario, busca propiciar relaciones e interacciones sanas con las mujeres, como sucedió con la primera novia de Walter con quien no ahonda sólo por vergüenza. Pero ambas se acompañan de forma amistosa (p. 95). Sus interacciones nunca fueron profundas, mas ella se convirtió en parte de lo que considera su comunidad por lo que sí tenía interés en conocerla y por ello le pregunta por sus intereses; el sentimiento es mutuo, la chica no rechaza a Cometierra: “Me leyó un rato. Leyó un montón de cosas y yo la escuchaba porque me gustaba oírla hablándome” (p. 95). Además Cometierra no percibe en ella una amenaza o competencia ni la envidia tampoco, al contrario reconoce la belleza de la otra sin necesidad de que aquello represente algo negativo: “La chica del Walter tenía ahora un tapado negro tan finito como el otro [...] pero le quedaba hermoso. El pelo largo, con ondas grandes, era la combinación perfecta para la tela oscura y su boca roja [...] un pelo precioso” (pp. 95-96).

En sus interacciones se observa la paulatina construcción de una cierta complicidad. Cometierra presta atención a las necesidades de ella y se interesa lo suficiente como para querer ayudarla —porque la resistencia y su ofrecimiento a ayudar no se reduce a la búsqueda de desaparecidas— en detalles tan simples como percatarse de los nudos que tenía. Aquí

¹⁵⁰ Elena Duque, *Aprendiendo para el amor o para la violencia: las relaciones en las discotecas*, Barcelona, El Roure, 2006.

también destaco la naturalidad de la sexualidad femenina. Cometierra atribuye los nudos de la chica a las relaciones sexuales que mantiene con Walter, no existe vergüenza ni juicio al respecto. Lo entiende como parte del ser humano como seres sexuales que somos. Dicha interacción se da después de la visita de la madre de María a Cometierra, de modo que ésta siente un alivio al sentirse expuesta pero con la tranquilidad de ser sin miedo al juicio. Cosa que no pasó con Hernán, por ejemplo. Pero para Cometierra resulta de suma importancia darse cuenta de que la chica no se fue —no la *abandonó*.

Otro ejemplo de la sororidad compartida de y con Cometierra se da en su encuentro con la mae Sandra. La mae no se considera superior a Cometierra debido a su conocimiento, al contrario, le ayuda y reconforta cuando la conoce, en consecuencia, Cometierra se proyecta en ellas y se siente más cómoda —aunque se compare—: “—Cambiá la cara, nena —[...]—. Vos también sos una bruja. / Y se rió. [...] Parecían diosas y eso me gustó” (p. 103).

En el último caso con Miseria, Cometierra adopta más un rol protector y cuidador. Cabe destacar que a Miseria la acaba de conocer, por lo que no tiene ninguna obligación de ser amable ni preocuparse por ella, sin embargo, lo hace. Esto expone la personalidad de Cometierra: amorosa, sucede con todas las mujeres que conoce más que con los hombres, ya que “el amor se orienta hacia el otro procurando asistirlo en esa cualidad tan humana como es la fragilidad, rasgo que demanda amor como preocupación por el otro e interpela a los otros y al “yo” respecto a esos “otros””.¹⁵¹ La conclusión de la primera victoria de Cometierra y el resultado de sus relaciones fraternas y sororas, además de su relación con Ezequiel, se puede reducir al hecho de que “si la corrupción mata, el amor mueve y la confianza reconstruye lazos, espacios y cuerpos / emociones”.¹⁵²

¹⁵¹ Emmanuel Levinas, *Totality and infinity: an essay on exteriority* [trad. Alphonso Lingis], Pittsburgh, Duquesne University Press, 1969.

¹⁵² Scribano, *op. cit.*, p. 122.

3.2.2 Pertenencia y la búsqueda de identidad

Erik Erikson establece que la identidad alude a una forma de diferencia que es personal e inconfundible, la autodefinición del individuo ante otras personas, la sociedad, realidad y los valores.¹⁵³ A lo anterior agrego una declaración de Rafael Amo que me parece necesaria mantener presente: “El ser humano no es un yo aislado de la sociedad y la cultura, es más, es el que es por esa sociedad y cultura”;¹⁵⁴ por lo que la identidad resulta un constructo inherente al contexto sociohistórico. De modo que la identidad es producto de la cultura y la situación histórica en la que nos encontramos como individuos, por lo tanto, no se mantiene fija ni permanece estática. Así, Tornos Cubillo reconoce que, en cuanto a la identidad personal, la identidad biográfica se compone de tres rasgos: el psicológico, el expresionista y el colectivo.¹⁵⁵

El primero se refiere a la definición que el individuo mismo se otorga, de forma implícita, y se elabora en el curso de la conversión de adulto y se redefine a lo largo de su vida. Dicho componente no se ve en Cometierra —no al principio, al menos—, una vez pierde a su madre, pierde lo que ella considera su propia identidad; asimismo, los demás no la nombran y al no nombrarla niegan su existencia: “No se animó a golpear las manos o a llamar, tuvo miedo hasta de decir mi nombre”¹⁵⁶ (pp. 53-54), “Me di cuenta de que la gente me miraba. ¿Habrás dicho, alguno, «Cometierra»?” (p. 137). Más adelante, conforme evoluciona, ella misma se va otorgando una identidad —la construye—, reconoce que aunque nunca había espacio para ella: “«Algo para mí», pensé. [...] Jamás hubo cosas para mí” (p. 88); sí merece que lo haya. Este sentimiento de merecimiento viene acompañado de la independencia económica, lo cual no es un factor menor pues vuelve a demostrar una transgresión, así es como adquiere por primera vez algo para ella con su propio dinero, se *regala* a sí misma esta felicidad.

¹⁵³ Erik Erikson, *Childhood and society*, Nueva York, W. W. Norton, 1950.

¹⁵⁴ Rafael Amo Usanos, “La identidad: definición, fundamentos y actualidad de la cuestión”, en *Scripta Fulgentina: revista de teología y humanidades*, vol. 32, núm. 63-64 (2022), p. 18.

¹⁵⁵ Andrés Tornos Cubillo, *Inculturación. Teología y método*, Madrid, Descleé de Brouwer, 2001, pp. 31-42.

¹⁵⁶ Aquí se reitera el cuestionamiento de cuál es el nombre de Cometierra, ese otro que no se le asignó a partir de su don y los prejuicios causados en consecuencia del mismo. Sin embargo, no se nombra explícitamente, por lo tanto, se infiere la negación de una identidad que necesita ser buscada.

El segundo rasgo reconoce en cada individuo su propio modo de ser y, por tanto, alude a su originalidad antes de ajustarse al patrón de comportamiento que la sociedad le impele a seguir. Resulta así que Cometierra entienda como natural la ingesta de la tierra y se identifique como la misma. Aunque no cuenta con una identidad estable, sí sabe que la tierra forma parte de ella, de modo que tanto se identifica como se atribuye un sentido de pertenencia: “Descalza, [porque la tierra no le disgusta ni le es ajena tampoco] la acompañé hasta la reja para despedirla, y descalza [nótese el énfasis] me quedé haciendo tiempo [...] La casa no sé. La tierra, debajo de todo eso, era mía” (pp. 55-56).

El tercer rasgo propone que la pertenencia del individuo al formar parte de un grupo le brinda de retazos importantes de identidad a cada miembro y le aporta relatos identitarios. Sus lazos familiares representan su primera colectividad. Sin embargo, al asesinato de su madre le sigue el abandono de su familia paterna, por lo que su colectividad se reduce a Walter —y siempre regresa a él—, y a su casa. Es decir, su pertenencia radica en aquello que considera hogar.

Existe a su vez una distinción entre la identidad de un niño, la de un adolescente y la de un adulto. Inmaculada Suredo García expone que la concreción del autoconcepto y el autorreconocimiento como individuo singular que elabora una identidad personal parte del desarrollo adolescente.¹⁵⁷ Pero se trata de una *tarea* que el adolescente debe realizar como proyecto a largo plazo, incluyendo las vivencias que ha ido acumulando y que vienen gestándose de su infancia, lo cual no implica que se construya un perfil definitivo, pero sí maduro.¹⁵⁸ Mientras que la identidad de una infancia permanece previa a la conciencia sobre conceptos como temporalidad, muerte y las limitaciones personales que le atañen a ésta.¹⁵⁹

Sin embargo, no puede reconocerse la identidad de Cometierra como infante pues desde su primera aparición ya es consciente de la muerte, de sus limitaciones y del impacto temporal en la vida, es decir, las primeras páginas de la novela lo exponen —pp. 11-14—.

¹⁵⁷ Inmaculada Suredo García, “Autoconcepto y adolescencia. Una línea de intervención psicoeducativa”, en *Educació i cultura: Revista interuniversitaria de didáctica*, núm. 16 (1998), p. 160.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 168.

¹⁵⁹ Carmen Álvarez Lobato, “Evocación de la infancia y afirmación de la identidad como defensa ante el vacío. La poesía de Elena Garro”, en Ángeles Ma. Del Rosario Pérez Bernal, *Escritura y resistencia: entre Elena Garro, Hannah Arendt y Gilles Deleuze*, Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de México-Juan Pablos Editor, 2019, p. 59.

Detecto entonces una discordancia entre las actitudes que *debería tener* como infanta y la madurez que su vida le está exigiendo que tenga. La identificación que ella reconoce ya no existe, por lo que está *perdida*. La autoconciencia que ella guarda “la obliga a permanecer siempre despierta, siempre lúcida”,¹⁶⁰ dicha lucidez acarrea la carga de reconocer el uso de su don y mantenerse siempre atenta a lo que la tierra podría comunicarle, sólo bastaría con llevarse un puñado de ella a la boca. Pierde a su madre y traslada su identidad y pertenencia a Walter. Así, se observa que no ha cuestionado su propio ser, hasta la llegada de la madre de Ian, sólo ahí se reconoce como un ser autónomo: “«¡Qué vieja densa!», pensé. No me gustaba, pero su pregunta me obligó a pensarme a mí” (p. 26).

Rafael Amo también expresa que el individuo no tiene sólo una identidad, sino que desarrolla una privada y otra pública que puede darse escindidamente.¹⁶¹ Es decir, Cometierra es una en lo privado y otra en lo público, una con Walter y otra con el resto, una con Hernán y otra con Ezequiel. La forma de expresión que mantiene con Walter sí acepta y se siente cómoda con factores afectivos como lo son el contacto físico, las sonrisas, miradas compartidas y la compañía dada. Mientras que con alguien ajeno se siente incómoda con su presencia, prefiere estar sola o sólo con Walter.

En este sentido sobre la búsqueda de su identidad me permito incluir su reconocimiento como mujer. Es decir, la autonomía que mantiene alrededor de sus relaciones sexoafectivas, primero con Hernán y más adelante con Ezequiel, pues ésta forma parte del descubrimiento de sí misma. Lo anterior sólo refleja que la identidad que poseemos se trata sencillamente de la relación que mantenemos para con nosotros. Por lo tanto, somos una construcción basada en nuestros deseos y las acciones que realizamos, somos lo que queremos y lo que hacemos. Cometierra ha de determinar en consecuencia aquello que considerará importante para sí misma o aquello que considerará menos importante, lo que le atrae profundamente y a lo que decide dar menor significancia.

Retomando la hipótesis de que Cometierra ya no es infanta, sino adolescente, no sorprende que comience a experimentar el deseo de conocer otro tipo de interacción con el sexo opuesto. Al contrario, es lo esperado y normal que tenga dicho deseo. No conoce otra

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 60.

¹⁶¹ Amo Usanos, *op. cit.*, p. 20.

manera de interactuar más que la que tiene con Walter, hasta que todos los fines de semana llegan sus amigos a su casa para jugar a la Play y, ahí hace su primera aparición Hernán. El único otro muchacho aparte de Walter que se interesa en ella: “Hernán era el único de los amigos de mi hermano que me daba bolas” (p. 25).

En el contexto social la identidad nos permite identificarnos con las personas con las que convivimos, mientras nos diferencia de ellos. Por lo tanto, Cometierra se desenvuelve con un poco más de naturalidad cuando se encuentra con Hernán y reconoce que no es como él. Su primera interacción a solas Hernán la saca de su casa, pues, después de lo ocurrido con la seño Ana y el hecho de que ella abandona la escuela, Cometierra ya no sale de su casa y guarda un cierto recelo o siente vergüenza cuando Hernán le cuestiona esto. Durante la salida, sin embargo, el rol de proveer el dinero para gastar, lo asume Cometierra, o al menos es su intención. Su identidad entonces adquiere un carácter actante, contrario a lo que se esperaría bajo los estereotipos femeninos en los que la mujer asume un rol pasivo. Se trata del contraste entre tradición y modernidad, un sentido de resistencia al rol establecido y esperado de ella.

Cometierra cuenta con una independencia económica¹⁶² que evita que se relacione desde la carencia y la necesidad, ella se es suficiente por lo que sus intereses parten de su anhelo por satisfacer su curiosidad, el conocimiento, la interacción y no el recurso. Ella es quien propone gastar *su* dinero permitiendo que Hernán sea el receptor a la actitud proveedora. También detecto que la masculinidad de Hernán sale del molde en tanto no se siente amenazado ni ofendido por la propuesta ni la independencia económica de Cometierra, independencia que ella defiende al momento de establecer que no tiene por qué justificarse ni rendir explicaciones de su dinero. Sin embargo, la acción de pagar no se realiza porque el contexto no lo permite así, así que Hernán paga, pero no la responsabiliza ni espera algún pago por su acción.

Las relaciones suscitadas en los jóvenes —íntimas o amigables— con sus pares les permiten reducir la frecuencia con la que se ven involucradas en conflictos y les enseñan a estrategias que han de utilizar con mayor regularidad en sus interacciones; finalmente, las

¹⁶² Me permito aquí hacer la acotación de que el rol femenino se enfrenta al cuestionamiento de su independencia económica con Walter, quien trata de disuadirla de hacer la labor de ayudar por el dinero, aludiendo así que si lo hace tendría que ser gratis. Cometierra hace caso omiso, merece ser remunerada por el trabajo que hace.

amistades fungen como una manera de reconocer y detallar el autoconcepto con madurez y de forma óptima.¹⁶³ Empero, la intención detrás del acercamiento de Hernán para con Cometierra no es meramente amistosa.

La adolescencia tiene cuatro etapas: la previa —caracterizada por una escasa preocupación física y psíquica de la sexualidad—, la temprana —que refiere a la pubertad, en ella ya se observa la curiosidad por lo sexual, el deseo, la exploración sexual y se detectan los inicios de enamoramiento—, la media —en la cual ya hay una maduración sexual completa, se le da importancia al contacto físico, acercamiento al sexo opuesto—, y la tardía —ya hay una energía sexual alta, se cuenta con la capacidad consciente para la intimidad, la conducta sexual ya no es tan explosiva, más bien expresiva—.¹⁶⁴ Concluyo que ambos se encuentran en la adolescencia, quizá Cometierra saliendo de la adolescencia temprana, entrando en la media —puesto que no considero que Cometierra sea puberta, pero tampoco cuenta con una maduración sexual completa aún— y Hernán en la tardía. Si considero que ambos se encuentran en la adolescencia, resulta natural que en la primera cita entre ambos se dé un acercamiento sexoafectivo. El primer contacto lo hace Hernán al besarla y también es él quien interrumpe la interacción: “—A ver —dijo y se acercó. Me dio un beso largo y sentí una mezcla azucarada de labios, cerveza y su lengua suave que me encantó. Quería seguir, pero Hernán se despegó” (p. 34).

Lo anterior forma parte del proceso de construcción identitaria de Cometierra, ya que su sexualidad corresponde a un área sumamente importante en su personalidad. Resulta en un adecuado desarrollo de ésta la posibilidad de mantenerse equilibrada emocionalmente, así como se le presenta un nuevo rol. En el desarrollo de su propia personalidad les individuos han de interesarse en el rol que ocupan en sus contextos y se preocupará por las apariencias y la percepción de los demás sobre sí mismos. Esto se refleja en el momento en el que Hernán interrumpe el beso con Cometierra por *recordar* que su principal vínculo con ella es la amistad con su hermano. Pero Cometierra, dada la inexperiencia en sus interacciones, no comprende a qué se refiere Hernán, quien ya entiende y concibe su posición y rol social; lo

¹⁶³ Sureda García, *op. cit.*, p. 166.

¹⁶⁴ Robert Kliegman, Bonita Stanton, Joseph Geme, Nina Schor y Richard Behrman, *Tratado de pediatría*, España, Elsevier, 2016.

que sí entiende Cometierra es su derecho a una vida privada y personal que no le compete a nadie más, se reconoce independiente: “Al Walter, ¿qué mierda tenía que importarle?” (*id.*).

De acuerdo con Judith Butler, “la corporalización del deseo es un fenómeno cultural y es en el contexto de la cultura que asumimos el cuerpo”.¹⁶⁵ De modo que, en consecuencia de la convivencia frecuente con Hernán, Cometierra experimenta una comodidad que hasta el momento sólo creía posible con Walter, y se permite expresarse de otra manera —lo que confirma lo planteado por Rafael Amo sobre la identidad privada y la identidad pública.

El contacto físico que había sido exclusivo con Walter se amplía a Hernán, también con el tiempo que comparten jugando. Ambos están construyendo una cierta relación, pero nunca llega a concretarse, sus intercambios se acompañan de una cierta tensión. Hernán no continúa su acercamiento porque percibe a Walter como una autoridad respecto a Cometierra —o una clase de propietario—. Experimenta un deber ser cultural en el que su razonamiento lo hace asociar el interés por Cometierra con una traición a su amistad con Walter. Cometierra no lo concibe de tal modo. En su construcción ella reclama y se asume merecedora de una independencia como individuo —porque lo es—. Es decir, no ve porqué tendría que justificarse con su hermano y poco le importa hacerlo. Cometierra se la pasa tomando decisiones sin consultarlas con Walter. Podría decir que se trata de su propia forma inconsciente de resistir: negarse a rendir cuentas de su vida.

Considero su relación con Hernán su primer enamoramiento, de una manera muy *inocente* y amistosa, alude a la emoción y sentido de pertenencia que ha construido a raíz de la convivencia y los momentos compartidos. Así, ansía y anhela el momento en el que él llegue a su casa, pero lo disimula en aras de protegerse de la percepción de otros. Representa también un integrante de su comunidad; ya no se trata sólo de *un amigo de*, sino que también mantiene un vínculo con ella. No obstante, se enfrenta a su entorno. Las relaciones románticas requieren de ciertas condiciones y requisitos para poder desenvolverse cómodamente; entre ellas está la atracción, el afecto, la intimidad junto a la reciprocidad y la

¹⁶⁵ Judith Butler, *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

compañía,¹⁶⁶ aunque para que ello ocurra también se necesita de privacidad —algo de lo que Cometierra carece.

El adolescente tiende a anticipar las reacciones dadas por parte de los demás, ya sean situaciones sociales auténticas o fantaseadas.¹⁶⁷ Además, la vigilancia característica de Cometierra permite que se percate de los cambios en la interacción entre Walter y Hernán: “Hernán cayó temprano, estaba nervioso, creo que tampoco él se aguantaba a mi hermano y darme cuenta de eso me hacía mal. Yo quería que ellos siguieran siendo amigos” (p. 48).

Debido a la construcción constante de un trabajo identitario, la forma de relacionarse con los demás cambia. Por lo tanto, la relación con Ezequiel resulta diferente a la mantenida con Hernán. Cometierra ya ha vivido nuevas experiencias y crecido, lo que le permite, nuevamente, relacionarse desde otra postura. Desde el inicio ambos atraviesan la desconfianza mutua —Ezequiel desde el escepticismo y la decepción de no encontrar a María como esperaba, y Cometierra por la renuencia con la que se relacionaba y su aprendizaje sobre ayudar a otros con su don en ese momento—, por lo que, a diferencia de Hernán, Ezequiel se enfrenta a la tarea de conocer realmente desde cero a Cometierra —no así con Hernán pues su aproximación se da desde el conocimiento previo de los hermanos.

A pesar de esto, considero que la mirada de Cometierra cambió relativamente rápido respecto a Ezequiel. Incluso en su primer encuentro Cometierra toma en consideración los posibles gustos de él, aunque trate de ignorarlos rápidamente. Era una visión de hombre lo que la atraía —lo que afianza la idea de que Cometierra está lejos de ser una infanta—, ajeno por completo a lo conocido, a su círculo, y los detalles compartidos en sus interacciones juegan un papel fundamental en la construcción de su relación. La atención que él le presta para considerar sus necesidades, su esfuerzo por verlo como individuo y no como símbolo, el olor de él y la sensación de comodidad que ambos experimentan son ejemplo de ello.

Así como sucedía con Hernán, Cometierra se permite la posibilidad de crear expectativas así que imagina en qué más harán juntos —aparte de la búsqueda—. Ezequiel es una ventana a otra forma de relacionarse con los hombres.: “Me preguntaba si [...] íbamos

¹⁶⁶ Wyndol Furman y Valerie Simon, “Cognitive Representations of Adolescence Romantic Relationships”, en Wyndol Furman, Candace Feiring y Benson Bradford Brown (eds.), *The development of romantic relationships in adolescence*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 75-98.

¹⁶⁷ Sureda García, *op. cit.*, p. 167.

a hacer algo él y yo” (p. 79). Para este momento ninguno es indiferente a la presencia del otro: Ezequiel se fija en ella de forma sexual —como cuando recién sale de bañarse—, la mirada de Cometierra ya se fija analítica y otorga a Ezequiel de un rol menos distante, presta atención a su físico y a la atención que él mismo le da, y empatiza cada vez más con él —invierte a su humanización en cada momento compartido—. Rápidamente la atracción se hace espacio y entonces Cometierra permite conocer su interés: “Pensaba en el dulce de leche y se me llenaba la boca de saliva. Con Ezequiel y su perfume pasaba algo parecido. Mientras manejaba, yo respiraba profundo. Me encantaba. Empecé a tratar de no mirarlo” (p. 82).

Conforme recibe los pagos por su ayuda en la búsqueda de María, sin obtener los resultados que ella espera, Ezequiel se convierte en un individuo que desde una nueva manera de relacionarse le muestra un compañerismo. La conforta, se interesa por ella más allá del beneficio que puede obtener de ella y no le reprocha, lo cual se evidencia al ver la reticencia de Cometierra a gastar el dinero, él la alienta a ejercer su independencia: “Ezequiel me miró y dijo: / —Comprate algo. [...] Te los ganaste —insistió—. Comprate algo que hayas querido siempre. Algo para vos” (p. 87). Sin embargo, existe un quiebre en el momento en que la realidad se evidencia y muestra otra faceta de Ezequiel al momento de descubrir dónde se encuentra María, pues pasa de ser individuo para comportarse como el sistema y Cometierra lo observa entonces como símbolo. De modo que parece que sufre una clase de pérdida y además se siente utilizada.

El sentido de pertenencia que experimentamos como personas constituye un factor indispensable en nuestra socialización. Puede que sea una necesidad poco reconocida, pero su importancia es innegable. Jorge Ibarra López observa que este sentido no se limita a otras personas sino también a la naturaleza —seres y representaciones—, los lugares en los que vivimos así como aquellos que se ven involucrados en nuestras rutinas; así es como se da la recuperación y el reconocimiento de esto.¹⁶⁸

Cometierra considera que pertenece a su casa, a la tierra que hay en ella, lo cual resulta la *exempla* de Ibarra: “Tuve la impresión de que nunca había estado tan alejada de la tierra. No me gustó” (p. 32). Así, después de la conmoción que experimenta al ver a Ezequiel en

¹⁶⁸ Jorge Ibarra López, “Identidad y pertenencia: Factores que determinan el presente y el futuro del devenir social, observados desde la complejidad”, en *593 Digital Publishers ceit*, vol. 8, núm. 5 (2023), p. 163.

una actitud que dista de ser la que ella solía ver, lo reitera: “Quería volver a mi casa” (p. 91). Se trata de más que sólo el edificio, su casa es tanto el edificio, como la tierra, como su hermano; por lo que se enajena de su entorno, por eso refiere que, si bien escucha que Ezequiel la está llamando,¹⁶⁹ su instinto es correr. No piensa en otra cosa que no sea regresar a ese lugar al que pertenece y en el que se siente segura.

No obstante, llega la confirmación de que la relación entre ambos ha logrado afianzar sus lazos. Se aprecia cuando Ezequiel regresa del rescate de María, el espacio personal que Cometierra niega tan celosamente da la bienvenida al contacto con Ezequiel, esto también como un acto de resistencia —la preocupación hacia alguien que pertenece al sistema, así como la reconciliación tanto con el Estado como con la masculinidad—. Porque además, aunque quiere huir, no se va, se queda para saber qué sucedió: Ezequiel regresa golpeado, lo que indica que incluso en los momentos de alivio y gozo la violencia hace acto de presencia, actúa como un recordatorio. Pero resulta parte del contexto, así que en su habitualidad *ignora* esto para enfocarse en lo que considera más importante —sobre todo al considerar que sabe que María está viva y bien—: el agradecimiento de Ezequiel y el gesto de interés de su parte al olerle el cabello y no apartarse de su abrazo.

La reconciliación con Ezequiel como individuo representa una reconciliación con el sistema. Se trata a su vez de una forma particular de resistencia por parte de ambos. Por ello es que Cometierra acude a él sin temor cuando decide ayudar al novio de la chica del río. Destaco aquí el orden otorgado a los capítulos, pues sólo después de que se da esta reconciliación entre el margen y el sistema, representado a través de Cometierra y Ezequiel respectivamente, resulta posible el descubrimiento de su identidad y el trabajo de solidificación que éste representa en el momento en el que Cometierra acude a las maes y recibe el reconocimiento de lo que se consideraría como sus pares, acompañado del sentimiento de aceptación propia, el afianzamiento de un sentido de pertenencia a una comunidad ajena a su casa, la tierra y Walter y la seguridad en ella misma.

¹⁶⁹ Cabría cuestionar cómo se refiere Ezequiel a Cometierra, ¿será acaso con su apodo? Me atrevo a asumir que sí es así y no sólo se trata del uso de su apodo, sino también de la carga simbólica que lo acompaña, la posibilidad de que quizá se dedica a observarla como símbolo más que como persona. Cuando se asume como el sistema deja de percibirla como individua, más como un instrumento.

Así, Cometierra finalmente se responde la pregunta sobre *quién* es ella. La visita con las maes también la provee de un referente. Ella se ve reflejada en *una de esas figuras que hay en las santerías*, y no se trata sólo de eso, sino que también se identifica en particular con la mae Sandra. De modo que reconoce la posibilidad de que si ella es una bruja como la mae, en consecuencia ella también posee el poder, la fuerza que acompaña a la mae. Ninguna carece ni requiere de más que no sean ellas mismas. La comprensión que Cometierra necesita no iba a poder ser otorgada por nadie más porque nadie la entendería del modo en el que sí lo hacía la mae. Esta última sabe que Cometierra la necesita, y a diferencia de Cometierra entiende que la buscan producto de necesidad precisamente; a su vez le brinda seguridad: “Fuerzas en contra no quieren recibirte. Te esperan, pero vos tranquila. Lo vas a hacer bien” (p. 105), y ella puede comprender más allá de lo que se le dice.

La cuestión con el sentido de pertenencia que experimentamos con las personas es que cuentan con la capacidad de entender con mayor facilidad al individuo que forma parte de su colectividad. La mae entiende de una forma particular a Cometierra, así como ella puede entender también el significado de sus palabras, gestos e incluso su actitud.

Asimismo, cuenta con la compañía de Ezequiel —ahora de una forma diferente ya que se reconciliaron los símbolos—, y comparten una complicidad en la que ambos se encuentran al pendiente de los pequeños gestos emitidos. Cometierra no necesita vocalizar su nerviosismo para que Ezequiel lo perciba, se nota en la forma en la que para ayudarla a estar más tranquila le permite colocar la música que ella quiera —aunque eso implique que él no disfrute de la canción—. Ezequiel ha aprendido a ser observador respecto al comportamiento de Cometierra. Su relación ha sido progresiva y de forma continua ha contado con el consentimiento de ambas partes en cuanto a un avance emocional con cada uno. Incluso ha respetado la propia comodidad de ella. Le permite su vulnerabilidad, no le interrumpe el sueño y la espera.

En este punto Cometierra experimenta un despertar respecto a su sexualidad. La atracción que siente por Ezequiel tiene un tinte más maduro, pero conserva el destello de un acercamiento tímido, se percibe la construcción de una tensión sexual, ninguno ha hecho un acercamiento para avanzar en cuanto a sus deseos aún. Sin embargo, Cometierra permite

ahondar más en la atención que le está dedicando a observar a Ezequiel, ya no sólo como el policía que la ayuda, sino al hombre que le atrae:

Trataba de mirar las islas por las que estábamos pasando pero mis ojos se iban a Ezequiel. Llevaba anteojos negros. Mientras él miraba el paisaje, yo lo miraba él. El pelo, los anteojos, la nariz, la boca, el cuello, hasta la camisa que tenía puesta. Me encantaba. Qué estúpida había sido, pensé. Tendría que haberle preguntado a la mae qué onda con ese chabón. Me reí sola. Él me preguntó qué pasaba. Hice «qué sé yo» con los hombros y me acerqué un poco más a él. Le vi los ojos a través de los vidrios oscuros y después, en la boca, una sonrisa enorme. Pasamos el resto del viaje mirándonos. Podía oler el mismo perfume que la vez que me había llevado en su auto. La boca se me llenaba de saliva (p. 107).

La interacción entre ellos se vuelve cada vez más casual, más cómoda. Ezequiel procura todo el tiempo estar al pendiente de ella y nunca la hace sentir incómoda respecto a sus cuestionamientos, al contrario, los responde con naturalidad, le explica, lo que provoca en consecuencia que Cometierra lo perciba como un igual y crezca la confianza entre ellos. Ella lo separa de la institución, del sistema, del símbolo. Con esto último es que se detecta el afianzamiento de una reconciliación con aquello que él representa, su humanización lo aleja del símbolo y lo acerca a su individualización.

Juntos resisten a un sistema que los ha perjudicado de distintas maneras. Su relación fomenta una expresión de seguridad en Cometierra y como consecuencia de la cristalización de su ser ella actúa con más confianza y libertad. Finalmente, la culminación de la tensión construida a lo largo de todo el viaje se da la noche en la que el novio de la chica del río no llega: Cometierra tiene un antojo de birra, aparentemente él también; ella le *ordena* que se la consiga y la sonrisa de Ezequiel cambia, adquiere otro significado. Interpreto este momento como la ocasión en la que su coqueteo puede volverse más evidente tanto para los personajes como para los lectores. Hasta el momento sólo ha habido un atisbo de atracción de Cometierra para con él, una tensión construyéndose, pero no más.

La corporalidad siempre envía mensajes nuevos y mucho más genuinos de los que las palabras pueden comunicar, basta con poner atención a quien los emite. Destaco aquí la dinámica dentro de su relación: Ezequiel no mantiene un rol de poder mandatario, sino ella. De nuevo representa una resistencia al sistema, el cuestionamiento a los roles asignados y la desmitificación del impacto humillante que se creería Ezequiel siente, cosa que no es así.

Al momento de regresar, hay una elipsis en la narración y se entra de lleno a una faceta de la identidad de Cometierra que no experimentó con Hernán. No le interesa guardar las apariencias ni fingir atenciones innecesarias cuando sabe que ambos desean tener relaciones sexuales, su intimidad va más allá de eso, “intimacy ususally grows gradually, but in those instances in which it rises rapidly, passion should result”.¹⁷⁰ Pero no por ello se ha de entender que es inexperta en el tema o que no está en control de la situación, su cuerpo y sus deseos. “Although, Companionate Love is believed to be relatively slow to develop, sexual desire may sometimes provide the motivational spark that initiates the relationship and sustain it until friendship combines with sexual desire to produce Romantic Love”,¹⁷¹ como ha sido el caso de Ezequiel y Cometierra.

Esto hace posible que en su desarrollo sexual con Ezequiel ella no se comporte de forma insegura —también atribuyo esto a la pertenencia y comodidad que ha construido sobre ella misma, la seguridad que le dio la madre se refleja en su confianza para desenvolverse sexualmente; además de la confianza en el vínculo que tiene con él— y aquí sí le permite a Ezequiel tomar las riendas de su encuentro: “sentí la mano de Ezequiel que me agarraba de atrás de la cabeza y me daba un beso con gusto a cerveza” (p. 110). La confianza mutua se ve reflejada en la comodidad, traducida en una pertenencia mutua, Berscheid planteaba que tendemos a preferir relacionarnos con personas que nos son familiares, de modo que asociamos su familiaridad con la certeza de que no nos harán daño. Dicha familiaridad se adquiere mediante la exposición frecuente a estas personas y suele darse junto al contacto físico que tenemos con ellas;¹⁷² él la entiende a ella y eso es algo que ella no está dispuesta a ignorar. Existe algo que le permite sentirse cómoda en la intimidad con Ezequiel.

De forma constante Cometierra procura y vela por sus intereses, es egoísta y eso es resistir en un momento en el que las expectativas esperan que ella como mujer se mantenga en el estereotipo que ha de anteponer los intereses —en este caso el placer— de cualquiera por encima de los suyos. Sinónimo de reclamar su sexualidad y ejercerla activamente, por

¹⁷⁰ Ellen Berscheid, “Love in the fourth dimension”, en *Annual Review of Psychology*, vol. 61 (2010), p. 15. Consultado en <https://www.annualreviews.org/content/journals/10.1146/annurev.psych.093008.100318#right-ref-B3>.

¹⁷¹ *Idem*.

¹⁷² *Ibid*, p. 13.

ende, no se niega a ella y la abraza sin vergüenza. Le permite a su vez a Ezequiel ser agente, dan en la misma medida en la que reciben:

Ezequiel se quitó la camisa rapidísimo y su mano volvió a tirar del nacimiento de mi pelo. [...] Con la mano libre, se desabrochó el cinturón, bajó el cierre del pantalón y se lo quitó. La otra mano se cerró en mi nuca [...] Tiró de mí. Sacó su pija por encima del bóxer y me la acercó a la boca. Me dejó llevar a un beso tan suave como si lo que besaba fuese una lengua. Le bajé el bóxer del todo. La piel que tocaba me gustaba. Podía apretarla con los labios mientras la pija jugaba en mi boca y se iba hundiendo (p. 111).

Esta apertura a su sexualidad también se vuelve su identidad. La naturalidad la diferencia y hace destacar, resistir al estereotipo del rol femenino. Para las mujeres la experiencia sexual *tiene* que deberse sólo al amor, mientras que a los hombres no se les exige ninguna presión ni estándar, a ellos se les enseña que la sexualidad es un suceso sin mayor trascendencia, esto sólo confirma su *normalidad*. Cometierra —aunque no niego que pueda sentir que Ezequiel es importante, emocionalmente hablando, para ella, en este momento— se aproxima y aborda su sexualidad desde el mero deseo de querer ser sexual. Así, también reniega y se resiste a entrar un molde que niega que las mujeres puedan tener una vida sexual activa por el placer mismo:

Ezequiel me miró chupar y yo lo miré a él. [...] en un movimiento [...] Me llevó hacia él. Yo me tendí y le abrí las piernas. Ezequiel besó mis tetas, que son del tamaño de un puño cerrado.¹⁷³ Después [...] Me acarició. [...] Me fui mojando. [...] Quería verlo cuando entrara. [...] Con los ojos cerrados, nos podía escuchar, sentir el instante en que Ezequiel sacó su mano húmeda del comienzo de mi culo y la metió en mi boca mientras su cuerpo empujaba y se sacudía violento como si hubiese perdido el control. Sentí enloquecer mi corazón y yo también me apreté con fuerza a él (pp. 111-112).

El día siguiente a su encuentro reitero una confirmación de lo transgresora que es su dinámica con Ezequiel. Al terminar de tener relaciones él le expresa que la quiere, incluso mientras aún está dentro de ella, y Cometierra no le responde. Es decir, quien se vulnera y comporta sentimental es Ezequiel, lo que resulta una resistencia a los comportamientos patriarcales impuestos que establecen que los hombres no son capaces de vulnerarse ni ser emocionales.

¹⁷³ Nótese aquí la necesidad que tuvo de insistir en que se reconozca que su cuerpo no entra en un estereotipo hegemónico de belleza, su belleza radica en su autenticidad.

E incluso con lo que representa colocarse en una posición vulnerable y exponerse al rechazo, se arriesga —a pesar de no recibir una declaración que le confirme que es correspondido. La cuestión de lo construido a partir de sus interacciones radica en la posibilidad de que Ezequiel *sepa* que es correspondido porque conoce a Cometierra, por lo tanto, no requiere de escucharla decirle que le corresponde, basta con dejarla ser. Además, Cometierra no destaca por ser vocal.

Los actos de amor de Ezequiel para con Cometierra son discretos, pero no por ello menos significativos. Entonces se puede comenzar a hablar de *amor* entre ellos. De acuerdo con Robert Sternberg, el amor cuenta con componentes —intimidad, pasión y compromiso— que combinados en diferentes proporciones resultan en ocho tipos de amor en los que recalca e incluye el amor romántico y el amor de compañía.¹⁷⁴ Me resulta relevante destacar, así como Sternberg, la importancia de estos últimos dos tipos de amor. Considero que son el ejemplo perfecto del amor entre Cometierra y Ezequiel, es decir, el amor de compañía que construyeron fue lo que permitió de manera irrefutable el desarrollo de su amor *romántico*.¹⁷⁵ Confirmo lo anterior con ese *dejarla hacer*, la confianza y la comprensión mutua sin necesidad de una comunicación verbal explícita.

“Relationships are not static, neither are the phenomena that occur within them”,¹⁷⁶ por lo tanto, se entiende cada vez más el afianzamiento que Cometierra siente con respecto a Ezequiel y su relación. Se vuelve un intercambio más personal porque ahora unifica al individuo con el símbolo, pero al mismo tiempo lo separa, lo convierte en parte de ella y eso le permite percatarse de su presencia y del cuidado que él tiene hacia ella. Después de lo sucedido en el río se vuelve obvio el deseo de permanecer cerca de Ezequiel, permanecer *con* él, como soporte fuera del contexto familiar —ya no se trata de acudir a Walter para protegerse ni obtener consuelo y apoyo—, indicador evidente de la evolución de los sentimientos de Cometierra, su trabajo identitario se cristaliza y madura conforme ella se construye; una vez consigue esta cristalización se considera en posición para poder expresarle que le corresponde sentimentalmente.

¹⁷⁴ Robert Sternberg, “A Triangular Theory of love”, en *Psychological Review*, vol. 93, núm. 2 (1986), pp. 119-135.

¹⁷⁵ Berscheid, *op. cit.*, p. 13.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 11.

No solamente acude a Ezequiel cuando lo tiene en su inmediatez, sino también en los momentos en que están separados, en los momentos en que ella —dentro de su poder y capacidad de tomar decisiones— decide delegar acciones actúa como una especie de jefa —no tanto para Ezequiel, sino más bien utilizando sus herramientas para indicarle al sistema el siguiente caso en el que deben trabajar—: “Saqué mi celu, llamé a Ezequiel y le conté la historia del pibe. Que lo manejara la cana. [...] Después le pedí que viniera a mi casa. Necesitaba verlo” (p. 125). Nótese como Ezequiel no se ve incluido en este colectivo porque ya no lo ve como parte de él, sino como un individuo ajeno al sistema, además de la elección, que no me parece gratuita, de palabras; no se trata de una cuestión de querer verle, sino de *necesitarle*.

Con base en esto se convierte en una relación más estable, entiende que Ezequiel ya no es sólo el *cana* que conoció en primera instancia, se ha vuelto más que eso. Producto del conocimiento que tiene sobre Ezequiel ha descubierto que él cubre y satisface de forma eficaz sus necesidades socioemocionales y le brinda cuidado, apoyo, protección —por lo que ya amplía su comunidad— y, además, le permite disfrutar de su sexualidad cómodamente. Esto da como resultado que ella recurra a él con mayor frecuencia, desde otra postura también. Dichas actitudes y el reconocimiento de las mismas parten también del hecho de que lo que se aprende de un individuo, de un vínculo puede ponerse en práctica con el siguiente —hablando de relaciones amorosas—; de modo que el preámbulo que tuvo con Hernán aportó significativamente al desarrollo individual de Cometierra y la construcción de su relación con Ezequiel.

Y, nuevamente, destaco el orden en los capítulos. El capítulo posterior a admitir su necesidad sobre Ezequiel vuelve a mostrar una dinámica sexual distinta a lo que el discurso heteropatriarcal normativo difunde. Marta Lamas plantea que las expectativas de las mujeres se colocan en el cuidado del otro, la sensibilidad, el amor, la fragilidad, la sumisión y los valores de lo que se considera forma parte de la feminidad que sostienen los lazos familiares, ahí se configuran sus vínculos emocionales. Sin embargo, de los hombres no se espera nada de eso, sino la fuerza, el control y la respuesta *adecuada*.¹⁷⁷ Así, en el capítulo 36, la

¹⁷⁷ Marta Lamas, “La antropología feminista y la categoría “género”, en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30 (1986).

resistencia por parte de Cometierra constituye la constante transgresión de los discursos oficiales. Cometierra utiliza a Ezequiel como una herramienta para evadirse de las cosas que pueden incomodarla sobre su *trabajo*, funge como una distracción de su cotidianidad. Y aunque ella le solicita verlo, cuando él llega pareciera que no le importa mucho lo que tiene por decir.

Se consideraría una actitud *normal* por parte del hombre, pero el cuestionamiento de los roles es parte fundamental de quién es, resulta una resistencia constante, así que —de nuevo— es él quien busca comunicarse asertivamente y averiguar si algo le sucede: “—¿Qué te pasa? —dijo [...] / Para que entendiera, le toqué la pija por sobre el pantalón y con la otra mano agarré una de las suyas y me la llevé al nacimiento del pelo” (p. 126). Para ella Ezequiel es sinónimo de sensaciones y emociones *positivas*, le alegra verle por los sentimientos que le provoca: “Me abrazó, me apretó contra él. Olerlo me encantaba. Estábamos solos en la casa, como si no importase nada más que nosotros dos y los besos que nos dábamos” (*id.*). La conforta, le da soporte, recurre a él para resistir lo que su don implica y al mismo tiempo la relaja al momento del desahogo sexual que experimenta con él:

Me puse a besarle el cuello, besos que pronto se transformaron en lamidas que me dejaron la mente en blanco. Sus manos de repente me soltaron, para desprender el botón de su jean, bajar la bragueta y hacer asomar su pija dura.

Chuparle la pija a Ezequiel era como un juego para mí. Pensaba en un helado mientras le pasaba la lengua y se la besaba (*id.*).

La experiencia sexual con la narración de Cometierra no mantiene una perspectiva sentimental como se esperaría del discurso femenino. Esto es una reivindicación respecto a la represión sexual desigual a la que se ven sometidas mujeres y hombres: mientras a los hombres su sexualidad se trata de exploración y acercamiento con sus padres, a las mujeres se les condiciona a ver su sexualidad en función del otro y las aleja.

El hecho de que exista un goce sexual pleno no implica, sin embargo, que no existan sentimientos de por medio entre Cometierra y Ezequiel. Meramente se trata de la aceptación del ejercicio sexual femenino, tratado con la misma naturalidad con la que se ha abordado siempre la sexualidad del hombre heterosexual cisgénero. Insisto en que, además, Ezequiel le permite disfrutar en la misma medida en la que él disfruta: le cede el control a Cometierra

con la confianza de que podrá reclamarlo cuando lo desee y ella le permitirá tenerlo porque confía en él.

No paso por alto la naturalidad de su encuentro sexual y por ende las complicaciones que éstos suelen acarrear consigo, se trata del reconocimiento de las cosas que naturalmente pueden suceder en la sexualidad, lo cual también representa una resistencia por parte de la narrativa al no romantizar una experiencia que puede ser múltiple en su realización: “Más que nada, sentía su calor. Costó un poco cuando empezó a meterse, un momento mínimo de dolor, pero después Ezequiel se estaba moviendo en mí y yo enloquecía” (p. 127).

Ahora, al hablar de Ezequiel ya no se trata únicamente del momento en el que requiere de su apoyo, se infiere que sus encuentros son parte de una rutina como cualquier relación de pareja, así como sucedió con Hernán ansía ver a Ezequiel y la espera es *insoportable*. Y entonces ocurre un quiebre entre lo que se considera conocido y el retorno al desconocimiento cuando asesinan a Hernán. Existe una separación de nueva cuenta entre ambos: él vuelve a pertenecer a los canas y ella se incluye en el margen. El impacto de la violencia racial que Cometierra detecta en el tono de Ezequiel es contundente. Fragmenta su reconciliación y así como se da el quiebre, se marca claramente la identidad de Cometierra, así como su firmeza en tanto al lugar al que pertenece, el establecimiento de sus límites y se observa el posicionamiento sobre sus creencias y convicciones, se rehúsa a ir con él.

El mensaje es claro y Ezequiel lo entiende: “¿Lo conocés? —me preguntó Ezequiel” (p. 137). Y hay un retorno al cuestionamiento inicial, sin embargo, tampoco es el mismo del todo pues ahora es ella quien se refiere a sí misma como *Cometierra*, lo que constituye la autopercepción que ha venido trabajando: “Me di cuenta de que la gente me miraba. ¿Habrás dicho, alguno, «Cometierra»?” (*id.*). Después de lo sucedido con Hernán, las reacciones de Cometierra con Ezequiel presentan un deje de incertidumbre que ya no se encontraba ahí, pero se retoma al reconocer que pertenecen a contextos distintos. Diferencia y sabe que aunque quiere estar con Ezequiel, si él estuviera ahí, no entendería lo que sucede porque es una situación desconocida para él, y las interacciones dadas le son completamente ajenas. Así, la autonomía adquirida poco a poco llega a un cierre, se define. Reconoce su pertenencia sólo a aquellos que conocen lo que ella conoce y han atravesado lo que ella, por lo que al

darse el enfrentamiento y la búsqueda de confrontación para vengar el asesinato de Hernán no acude a Ezequiel como lo habría hecho antes.

A causa de la cristalización de su identidad y sentido de pertenencia a su familia y comunidad Cometierra se enfrenta a la toma de decisiones incómodas que acompaña el crecimiento. Y en aras de procurar de sí decide irse junto con Walter y Miseria, y más importante aún: se va sin Ezequiel: “«¿Y Ezequiel?», me pregunté. / «Ezequiel se queda»” (p. 165). La separación con Ezequiel representa un acto de resistencia y el inicio de un nuevo proceso de duelo al mismo tiempo y con ese recordatorio vuelve a pensar en su madre. Ella sabe que su corporalidad ha ido cambiando según avanza el tiempo, tomar el espejo que había levantado su madre en más de una ocasión funciona como un medio para poder *buscar* algo de ella en sí misma, como si acudiera por su consejo, por su *ayuda*.

Resulta *necesario* que Cometierra exista sin Ezequiel porque ella *es* suficiente de forma independiente, y se hace la acotación de que ocupa que algo de su madre la ayude como aludiendo que si ella hubiera dejado atrás a su padre, quizá seguiría viva. Aun así, la decisión no se vuelve menos dolorosa por eso y, a diferencia del inicio, entonces se permite llorar.

Existe un lapso de ausencia entre su última interacción y Ezequiel es ajeno al quiebre que se dio con la muerte de Hernán. En un estado de distanciamiento emocional Cometierra reconoce la separación inminente que está por tener con Ezequiel, entiende que está por tener una conversación incómoda, pero necesaria. Sin embargo, la racionalidad no facilita su ejecución, así que cuando *tiene* que hablar se queda callada. El tiempo parece transcurrir de manera lenta hasta que Ezequiel reconoce que algo ha cambiado —es él quien vuelve a ser emocional en contraste a Cometierra— y lo comunica, la cuestiona y ella es tajante en su respuesta, contesta de forma concreta que se va a ir —aunque le parezca que está dando una respuesta incompleta no profundiza porque le parece que eso alcanza—. Y pareciera que esperaba que así fuera, tener que explicar su decisión y justificarla —aparte de que sería incoherente, haría más dolorosa su separación—. Pero, aunque para ella es evidente de dónde surge esa *necesidad*, él, de nuevo, se encuentra desconectado de ella: “—¿Por qué? / —Porque no puedo más con la gente y la tierra. [...] / —No quiero más muertos —le dije” (p. 167).

Ezequiel entiende que no es que se aleje solamente de la gente, la tierra, *los muertos*, sino que se aleja de él. Ya no lo necesita. La ve ajena, distante e independiente: fuera de su alcance. La identidad y pertenencia que le faltaban cuando se conocieron ya no forman parte de la mujer que tiene enfrente. Producto del proceso de pensamiento que está sucediendo en su cabeza Ezequiel se detiene y se mantiene en silencio hasta unos instantes después: “—¿Lejos? —preguntó Ezequiel” (*id.*), casi como si estuviera buscando una forma de mantenerse presente, pero Cometierra no encuentra una posibilidad ni una manera en la que continuar con él. Para mantener una relación se requiere de ambas partes involucradas y aquí ya sólo había una.

Cuando se va finaliza su cuestionamiento y el anhelo de re-descubrirse se vuelve imperante en ella:

Miré de frente la noche a través de la ventana del bondi. Largué el aire despacio mientras pensaba, de nuevo, en la tumba de mi vieja, en la de al lado, en Ezequiel y yo escabiando como si se acabara el mundo.

«Ezequiel», dije, y pensé que yo también quería, ahí afuera, un nombre para mí” (p. 173).

Sólo entonces Cometierra podrá saber quién es de forma plena. Su brújula será dictada de acuerdo a sus propios deseos, lejos de las expectativas con las que carga de su contexto desde que se enteraron de que podían hacer uso de su don, por lo tanto de ella; lo que la convertía en un instrumento, la deshumanizaba y la colocaba en una posición que le dificultaba sentirse cercana y capaz de relacionarse tranquilamente con quienes la rodeaban.

3.2.3 *Persecución de la verdad*

Los jóvenes cuentan con una habilidad que les permite distanciar lo que consideran su vida personal del resto. Esto puede interpretarse como un mecanismo de autodefensa, en especial cuando se está en constante confrontación, lo cual potencialmente ha de provocar algún tipo de conflicto. Se esperaría entonces una apertura, a pesar de la confrontación y de la sensación de vulnerabilidad y exposición frente a una situación que se interpreta como amenaza.

Pero ¿cómo evitar una situación de conflicto cuando incluso previo a la juventud la persona se enfrenta a situaciones violentas que requieren de la creación de un mecanismo de

autodefensa? ¿Qué si el mecanismo de autodefensa da como resultado la persecución de la verdad aun a costa de la consciencia, de la seguridad y calma que acompañan a la ignorancia? ¿Qué ocurre cuando la realidad se impone y obliga a la creación de dicho mecanismo de autodefensa?

En consecuencia, el manejo de la realidad recae en les individues para poder *manipularla*, aunque esto implique su desfiguración de algún modo.¹⁷⁸ Pero más importante que la *desfiguración* de la realidad se encuentra la obligación de la búsqueda de la verdad, la persecución del saber, del conocimiento. “En cuanto se empieza a pensar, es imposible no profundizar”.¹⁷⁹ Y ésa es la labor de Cometierra a lo largo de toda la narrativa: *profundizar*.

Su primera persecución empieza prontamente, en la primera página ya se expone su primer denuncia, frente a un entorno que pretende silenciarla y obviar su existir —no sólo su hablar—. Su autodefensa es la ingesta de tierra, la incomodidad en aras de poder obtener respuestas. Continúa con su primer posicionamiento, su primera convicción sobre algo que sólo ella entiende y la negación a aceptar una creencia que ella considera errónea, es decir, resiste al contradecir verdades absolutas y prejuicios como que la tierra es sucia porque para ella la tierra es conocimiento. Un conocimiento que le permite —y le exige— que otros hablen. La ingesta de tierra pasa de ser una forma de rebeldía al discurso oficial que exige un comportamiento específico a convertirse en su forma de expresión personal, se vuelve la manera de comunicar su verdad y un medio para descubrir la verdad de otros. Porque los grupos vulnerables desarrollan tácticas y medios para permitir su resistencia en lo cotidiano, por lo tanto, rechazan y se oponen constantemente a la jerarquía de poder que les somete.

El entorno violento que la rodea se convierte en un entorno de abandono. No se trata de una suposición, sino que aquello que percibimos como nuestra realidad no se recibe de forma pasiva, lo construimos constante y activamente. Ello refleja varias realidades, entre ellas su posición socioeconómica, las limitantes de su ser y la inminencia de sucesos que no se pueden evitar como es el entierro de su madre —y reconoce ahí mismo su clase social.

¹⁷⁸ Paloma Pérez-Ilzarbe Serrano, “La búsqueda de la verdad: filosofía y ciencias en Carlos Vaz Ferreira”, en *Anuario filosófico*, vol. 38, núm. 83 (2005), pp. 802-803.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 813.

Como parte de su búsqueda no obvia la violencia por parte de su papá. No la disfraza, no la omite y mucho menos la justifica, sino que la observa con el detenimiento de quien está comprendiendo y descubriendo. El abuso no se reduce a los golpes que recibió la madre de Cometierra, sino también a la inseguridad para estar dentro de su propia casa. El hecho de que Cometierra no sea ajena a esta situación implica que desarrolló un mecanismo de autodefensa para poder sobrevivir, es decir, todo el tiempo se encontraba vigilante, pero esa vigilancia no evita la pérdida. La violencia nunca pasa desapercibida, al contrario, destaca, especialmente al considerar a las mujeres como espacio a conquistar de acuerdo con las masculinidades que se relacionan desde una pedagogía de la crueldad.

Segato señala que las víctimas han de pertenecer al círculo de aquellos que abusan de ellas: son sus hijas, hijastras, sobrinas, sus esposas, etc. La razón de que el abusador lo haga sobre todo con dicho círculo se debe al abrigo que le permite el *territorio* que considera ya le pertenece, por ende controla, como es el doméstico.¹⁸⁰

La realidad respecto a la corporalidad de las mujeres refleja que su percepción alude a un *sacrificio* naturalizado y absorbido fácilmente por la comunidad que rodea a la víctima;¹⁸¹ pareciera que el resto no es que no pueda buscar la verdad, sino que *no quiere* y tampoco es capaz de soportarla. Sin embargo, la verdad no se presenta de una manera pasiva, por el contrario, se requiere de la búsqueda directa y activa de la misma para poder acceder a ella, y Cometierra incluso en la abrumadora situación en la que se encuentra lo sabe y resiste: toma la tierra de su madre *para saber*. Y a pesar del dolor que atraviesa por estar enterrando a su madre experimenta gusto al comer tierra por el conocimiento que va a recibir, es una imperiosa necesidad la que la mueve.

Debido a que la realidad sólo tiene sentido y adquiere forma en la medida en la que le otorgamos determinados significados a las acciones que realizamos, en la realidad de Cometierra la tierra le *habla* y ello le permite significar su entorno mientras reconoce, acepta y reitera lo que implica la muerte de su madre: la violencia feminicida. No debería obviarse que detrás del acto reside un desprecio por la vida o la firme creencia de que ésta no tiene valor por sí misma, sino por la disponibilidad para ser apropiada; se trata de una misoginia

¹⁸⁰ Segato, *La guerra...*, p. 45.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 49.

que se asemeja a la perspectiva de un cazador cuya única motivación es la de obtener una recompensa.¹⁸² Como en varias ocasiones, la violencia dirigida hacia la mujer más que una cuestión de limitarse a agredir refiere una cuestión de poder y Poder, su carga simbólica alude a un significado distinto en comparación a otros tipos de violencia.

Cabe destacar a la mujer no se le maltrata sólo por el ejercicio de cualquiera de sus roles —novia, ama de casa, madre, etc.—, sino por el mero hecho de ser mujer. De este modo hay una importancia en la delimitación conceptual de la violencia, pues al hacerlo de forma incorrecta o *descuidada* se sugiere que sólo sucede en un ambiente específico y, después sería más sencillo implicar que se limita a ciertos factores o revictimizarlas, responsabilizarlas, en consecuencia, ignorarlas.

Aquí me permito hacer una alusión al espacio en el que Cometierra comienza su persecución. Posterior al evento del cementerio, el origen de la búsqueda, de la necesidad de *saber*, parte de su casa. La casa representa nuestro primer universo, constituye un espacio interior que brinda seguridad y certeza; sumado con el exterior —su jardín— abarcan una ambivalencia. Por un lado, con el espacio exterior se habla de una conquista de libertad en tanto la naturaleza reclama su espacio. Por el otro, hay un espacio delimitado de la propiedad, lo que deduzco reitera una cuestión de protección del hogar. Uno no existe sin el otro. Sin embargo, la casa deja de ser un lugar seguro y certero. Ahí sucede el asesinato de su madre, se nota la ausencia de sus padres y el abandono de su tía. Y el jardín se encuentra *prohibido*. La amenaza por parte de su tía respecto a la ingesta de tierra representa una limitante en la búsqueda de la verdad, de modo que todos los espacios que ella consideraba como suyos se le arrebataron y la persecución se detiene. Así, el nuevo refugio es la señora Ana: la única figura cuidadora que sigue presente. Hasta su desaparición. Y entonces existe nuevamente la necesidad de *saber*. Se reanuda la persecución.

Ya en el capítulo dos de la novela hay un deje de nostalgia. La señora Ana era más que una profesora dentro de su escuela, representaba algo más valioso para ella. Parece que existía un vínculo que aunado al don de ella le permite reconocer que la persecución por parte

¹⁸² Segato, *La guerra...*, p. 50.

del sistema se encuentra errada, sin embargo, no interfiere hasta que la policía deja de buscarla: “La buscaron, dijeron, por atrás del cañaveral. / Yo no. [...]. / Yo esperé” (p. 21).

La verdad que Cometierra persigue no se limita a la ayuda que brinda a las víctimas, sino también a la suya propia, su verdad y ella misma también merecen atención. Requiere de cuestionar su unicidad: “Pensaba: «¿Por qué, a mí, la tierra?»” (p. 24) y entenderse a sí misma primero.

Al momento de recibir su primer pedido de ayuda, Cometierra detecta el sigilo cuando se aproximan a la búsqueda de la verdad, la vergüenza de ser vistas, el miedo de que alguien les escuche, la falta de acompañamiento. Y confirma el sentimiento de solidaridad y empatía que experimenta porque le es familiar. La solidaridad puede ser tanto personal como colectiva y política. Y, aunque pueda motivarse, se trata de una decisión consciente. Se puede producir y aprender, entendida en consecuencia como una práctica social. No se trata de un descubrimiento azaroso, sino de un descubrimiento dado en la reflexión y construido en la acción. Para Cometierra dicha acción implica aperturarse a brindar su ayuda, volverse observadora sobre las corporalidades que la buscan y atenta al discurso que utilizan; un discurso violento que refleja la violencia que les ha atravesado.

La verdad se acompaña de solidaridad, y su ejercicio amplía el sentido del *nosotros*. El reconocimiento de asumir que *ellos* no representan algo externo, sino que pertenecen *con* nosotros y viceversa permitirá que la resistencia adquiera un tinte mucho más amable para quienes forman parte de ella. Así la verdad podrá ser encontrada desde un lugar más solidario. Cuando asumimos como colectivo que “la esencia de la verdad es la libertad”,¹⁸³ entendemos que para la humanidad la verdad actuará como “la idea a la que se aferra, el salvavidas que le sostendrá en el naufragio de su vida”.¹⁸⁴ Tanto para la madre de Ian como para todes quienes buscan a alguien la búsqueda de la verdad se convierte en una necesidad en la misma medida en la que constituye un acto de resistencia, de libertad.

¹⁸³ Víctor Adolfo Iza Villacís, “¿Qué es la verdad? Una breve aproximación al sentido de la verdad en Heidegger y Levinas”, en Víctor Adolfo Iza Villacís (ed.), *Persona, educación y filosofía: reflexiones desde la educación universitaria*, Quito, Editorial Abya-Yala, 2018, p. 148.

¹⁸⁴ Carmelo Blanco Mayor, “El problema de la verdad”, en *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, núm. 14 (1999), p. 21.

La duda, así como la incertidumbre, la *ignorancia* misma actúan como un velo, por eso al inicio de la ingesta de tierra parece que la cubren con una tela negra. Impiden que se viva en libertad, además muchas veces la verdad puede develar una realidad dolorosa, o el acercamiento a ella puede ser atemorizante en primera instancia: “Tuve ganas de prender la luz para que no nos tragara la noche que la tierra había desplegado alrededor nuestro. Tan oscuro todo, tan un pozo profundo al que nunca llegaba la luz del sol, que bueno no podía ser” (p. 29); por ello continuar en su búsqueda constituye un acto de valentía y resistencia.

La voz de quienes buscan constituye una luz dentro de la oscuridad que acarrea a quienes desaparecen. El amor, junto con la solidaridad, funcionan como incentivos para actuar, para resistir. Esta necesidad y la persecución no radican únicamente en Cometierra, sino en la madre de Ian —y en todos los familiares de los desaparecidos—. Cabe señalar que la exigencia se da violentamente para con Cometierra, incluso más que con el sistema mismo. La madre de Ian la utiliza e instrumentaliza negando su humanidad y sus propias necesidades y deseos en consecuencia cuando le lleva la tierra en una exigencia muda que al mismo tiempo refleja violencia y resistencia. Cometierra adquiere un gusto por ver su fortaleza.

El sentimiento que posee una gran capacidad para incentivar un acto, para provocar una reacción y así contribuir significativamente en la transformación y combatir a su vez la injusticia que provoca dolor de forma homogénea a los individuos que constituyen la sociedad es el amor.¹⁸⁵ Esto permite que Cometierra se relacione con una postura firme, se proyecta en los familiares de las víctimas: “A veces pensaba que, si mi hermano no apareciera más, yo habría sido capaz de tragarme toda la tierra de la casa, de romperla, de hacerla temblar. / —Deme —le dije” (p. 38).

La resistencia se coloca en el activismo de Cometierra, una muchacha sin otro recurso más que ella misma, para con las mujeres y los grupos vulnerables, pues es el colectivo de las mujeres el que marca el paso, hace historia. Nuestro activismo guía, la historia y su avance se ha acompañado de nosotras.¹⁸⁶ Gracias a este activismo Cometierra descifra lo sucedido con Ian. Pero *saber* puede acarrear la pérdida de la esperanza. La verdad y su concordancia con la realidad llega a ser cruel debido a la violencia. Y con ello Jankélévitch tenía razón

¹⁸⁵ Giraldo y Giraldo y Ruiz Silva, *op. cit.*, p. 93.

¹⁸⁶ Segato, *La guerra...*, p. 114.

cuando dijo que “la verdad está desgarrada. [...] La verdad es sangrienta. La verdad está ensangrentada”.¹⁸⁷ Y ahí radica la necesidad de protegerse a sí misma y, a pesar de conocer la verdad, también procura evadir ciertas facetas de la misma. Esto puede observarse en el caso de Ian: resulta importante saber *qué* le sucedió y *quién* fue responsable, pero no necesita *saber* el nombre de quien lo asesinó. El conocimiento del hombre le es suficiente, no quiere conocer más allá, incluso identifica que él mismo ya no es quien era, ser padre marcó la diferencia.

Éste es sólo el comienzo de una trayectoria porque la violencia se encuentra en la cotidianidad de los entornos marginales. Los individuos participan de ella y la usan activamente para la satisfacción de sus propias necesidades. El discurso respecto a la misma implica una dicotomía entre fascinación y distanciamiento, entre necesidad y superación. Sin embargo, esto simplemente refleja una tradición que pareciera empeñarse en realizar un olvido colectivo cada que la violencia se manifiesta.¹⁸⁸

Le sigue alguien a quien ella llegó a considerar una amiga. Y así como la verdad acarrea la pérdida de la esperanza también abre heridas. Cometierra observa tres mujeres a las que aprecia terminar siendo asesinadas: su madre, la señora Ana y después refiere la visión de Florencia y lo maltratada que se encuentra, lo que implica la violencia que se ejerció sobre su corporalidad. La carga del conocimiento se aligera con el acompañamiento de las herramientas y personas adecuadas. La violencia no ha de ser combatida con más violencia, “sino con actos de paz, con amor profundo y mediante estrategias que invitan a desarmar el espíritu, que hacen más amable la existencia”.¹⁸⁹ Entonces entra el acompañamiento de la señora Ana, porque Cometierra no puede compartir esto con nadie más en su comunidad.

Entiendo que la verdad en lo que refiere al don de Cometierra acarrea el aislamiento de su comunidad, su propia verdad dista de parecerse a la que el resto experimenta. Hasta este momento la verdad se acompañó de dolor, desesperanza y sangre, ahora, la acompaña la nostalgia, la añoranza de cumplir un anhelo que nunca va a llegar: para Ana se trata de un futuro, del deseo de maternar, del mismo modo en que tiene una sensación de incomodidad,

¹⁸⁷ Jankélévitch, *op.cit.*, p. 251.

¹⁸⁸ Rueda, *op. cit.*, p. 348.

¹⁸⁹ Giraldo y Giraldo y Ruiz Silva, *op. cit.*, p. 82.

de vergüenza frente a la declaración tajante de negarse a la maternidad a sabiendas de que la violencia provoca la desaparición de las personas. Y Cometierra lo sabe de primera mano. Casi como si Cometierra debiera sentirse culpable por tener la posibilidad de cumplir con el deseo de la señora Ana —y también ser directa y sincera respecto a su decisión—: “nosotros, que sobrevivimos por casualidad, nosotros, a quienes la casualidad nos perdonó de modo milagroso, no éramos mejores que ellos: nuestra existencia no es más valiosa que la suya, y a veces nos avergüenza vivir cuando pensamos en su calvario”.¹⁹⁰

Así, del mismo modo en que Cometierra se dedica a la persecución de la verdad, la verdad también la persigue a ella. Por eso se encuentra constantemente siendo requerida: “Me esperaba, dijo, porque buscaba a alguien” (p. 63). Cuando alguien se encuentra expuesto al mismo tipo de entorno es inevitable que compartan ciertas características, Cometierra percibe la tristeza evidente en quienes la buscan y es capaz de identificarla porque la ve en su propio rostro y en el de su hermano, del mismo modo en que parece que hablar les representa un esfuerzo.

“Los enormes afanes por alcanzar la buena vida y por arribar a la justicia en el mundo han tenido en las mujeres protagonistas conmovedoras”.¹⁹¹ Porque las mujeres —las víctimas, la resistencia de un sistema que no está diseñado a nuestro favor—, han de percatarse de detalles que la sociedad ha normalizado debido a la misoginia y la crueldad que retratan y convierten el sufrimiento de las corporalidades femeninas y feminizadas en espectáculos tildados de banalidad y cotidianidad.¹⁹² Esto sólo refleja el odio y la indiferencia de un sistema educado en la misoginia, el machismo y el patriarcado por las desaparecidas, después de todo “indudablemente todo individuo está dispuesto a reconocer como verdadera una afirmación en la que él cree y que corresponde, por tanto, a sus convicciones”.¹⁹³ No se trata sólo de María, sino de muchas otras antes de ella y probablemente muchas otras después también.

¹⁹⁰ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 70.

¹⁹¹ Marcela Lagarde, “Pacto entre mujeres. Sororidad” (ponencia), Madrid, Coordinadora española para el lobby europeo de mujeres, 2006, p. 123.

¹⁹² Segato, *La guerra...*, p. 112.

¹⁹³ Blanco Mayor, *op. cit.*, pp. 15-16.

Por eso la insistencia de acudir al lugar donde las víctimas son personas primero, probar la tierra y poner atención a los detalles constituye un acto de resistencia indispensable para Cometierra, quienes acuden a ella y las víctimas. Más adelante, en el capítulo 18, se evidencia que las mujeres crean tácticas que les permiten poner en práctica una nueva forma de indicar hacia donde debería fijarse la atención.¹⁹⁴

En la creación de estas tácticas Cometierra detecta las diversas verdades que corresponden a las víctimas. Cada una es particular e irrepetible. La verdad de la señora Ana dista mucho de la de María, lo que implica que Cometierra ponga todavía más atención a las condiciones en que se encuentra, los pormenores, porque ni cuando la dibujó muerta la ve *apagada* —pero la señora Ana siempre vio en Cometierra un sinónimo de justicia y esperanza—. Empero gracias a las mujeres la historia avanza y ello requiere de la toma de decisiones que no siempre resultan sencillas de hacer: como *dejar* a la señora Ana por *priorizar* a María. La creación de este espacio en el que Cometierra se aleja de la señora Ana funge como respuesta al hecho de que la resistencia necesita de la comprensión de todas sus partes: “Con eso la señora Ana tampoco se enojó. Abrió sus brazos para que me acercara y, después de abrazarme, me dijo: / —Yo sé, yo sé. Apurate, Cometierra. María todavía vive” (p. 78).

Se requiere de *dejar* para permitir el avance de la historia. Entiende la verdad como una revelación, no sobre ella necesariamente, sino sobre las víctimas que se integran a su propia verdad, en especial para volverse el símbolo que su comunidad requiere que sea, es decir, Cometierra “para otros se convierte en testimonio de la verdad, situación que otros hombres [humanidad] no comprenderán porque ven a la verdad como algo que se posee, como algo que no se puede comprender”.¹⁹⁵ Así, la verdad se entrelaza entre los individuos, no se reduce a las palabras o las sensaciones, tampoco se limita a una cuestión de razón o intelecto, sino de relevancia y magnitud. Por ende se interpreta y convierte en una cuestión ética de una en la otra.¹⁹⁶ Y como la otra soy yo, ver qué sucede se vuelve un asunto personal, como si la violencia se ejerciera sobre una y la verdad fuera propia: “Un golpe que el día

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 114.

¹⁹⁵ Iza Villacís, *op. cit.*, p. 149.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 150.

anterior no estaba en una cara que era pura tristeza. Seguí comiendo, borracha de tierra. Tenía que ver” (p. 85).

La corporalidad en desventaja permite que el agresor la ocupe y demuestre con libertad las señales que lo han de identificar como antagónico de él, así utiliza la saña para comunicar el mensaje con la mayor violencia posible. Por eso, aunque antes *sólo* estaba secuestrada, ahora María ya sufrió violencia física —el moretón—, y agravó la emocional —la tristeza—. Cometierra experimenta el mismo miedo que María, incluso sin estar presente de forma física en el mismo espacio que ella. Porque *sabe* lo que implica estar en la posición en la que María se encuentra. No porque lo haya experimentado en carne propia, sino debido a su pertenencia al margen en diversos frentes —desde el género hasta la clase social—. La persecución de la verdad y el anhelo por la misma representan una resistencia que no se molesta en ser discreta, tiene la obligación y responsabilidad de ser confrontativa: “Pero yo tenía que verlo” (p. 86). Cometierra llega a vivir el dolor de las víctimas en carne propia y no se retracta en la búsqueda de sus verdades a pesar del dolor.

Jankélévitch afirma que “el partido de las víctimas tiene que ser fuerte. No tenemos que derramar ni una lágrima más por la justicia, debemos exigir justicia. [...] la fuerza ha cambiado de bando y a la potestad de presionar la fuerza cada vez que la fuerza se muestre inicua, sádica y estúpida”.¹⁹⁷

La exigencia de justicia por parte de Cometierra con el ejercicio de la fuerza sucede mientras confía en su capacidad para percibir una verdad que no resulta evidente para otros. El rescate de María con el acompañamiento de *la fuerza* es el ejemplo perfecto: Cometierra presiona con el uso de la fuerza a su conveniencia, Ezequiel *es* la fuerza —tanto en el entendido de que ya apoya a la resistencia como que no *pide*, sino que acata la exigencia—. Y ahí el descubrimiento de la verdad obtiene su protagonismo y produce alivio sin la necesidad de ser verbalizada porque resulta evidente, más importante, no sólo los interesados *saben*, sino que la verdad, el conocimiento, está al alcance de todes y les corresponde a todes porque es tan suya como de María y sus familiares.

¹⁹⁷ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 136.

Sin embargo, hay quienes siguen en la persecución, no basta con encontrar los cuerpos, se *necesita* justicia. La justicia que acompaña a la verdad “no está en absoluto ahí para confirmar los hechos, es decir, la fuerza, sino para compensar la fuerza y acudir en ayuda de la debilidad. De modo que la justicia, que debilita la fuerza y refuerza la debilidad, no confirma los hechos, sino que por el contrario los refuta”.¹⁹⁸ En aras de refutar, buscar justicia y resistir, las corporalidades se niegan a ser estáticas, silenciadas; y, la descripción de las mismas, reflejan la visibilidad frente a un mundo acostumbrado a la violencia, a la crueldad: “Sus huesos no eran mansos como animalitos domésticos, me buscaban, volvían furiosos con la energía devastadora del que persigue justicia” (p. 93).

Además “se recurre al eufemismo, [...] en esta forma de narrar los hechos se hace una objetualización de las mujeres víctimas de feminicidio al referir que fueron encontradas en lotes baldíos, en la calle o en lugares específicos de sus casas, son tiradas”¹⁹⁹ —a la señora Ana la encuentran debajo de un cartel y Cometierra la compara con un perro muerto en la ruta—. Y como con tantas otras víctimas y familiares de ellas hay una exigencia —tanto por la verdad como por la justicia—, una insistencia también por seguir en búsqueda de una verdad que les permita a su vez dar un cierre a pérdidas que nunca han sido reparadas. Se tiene que recurrir a medios más bien *informales* porque “el Estado ha sido y es omiso e indiferente [...], prevaleciendo los intereses políticos de quienes detentan el poder (hombres por lo general, si no es que siempre)”.²⁰⁰

En consecuencia, se buscan otros recursos, por eso recurren a Cometierra y le agradecen la realización de una labor que le corresponde al Estado porque él no la realiza. De acuerdo con Butler, la *razón* detrás del asesinato de las mujeres no se debe a las acciones de ellas, sino a la percepción que los otros tienen sobre las mismas en términos de ser.²⁰¹ Por lo que las mujeres nos encontramos constantemente en un estado de alerta, reconociendo que vivimos rodeadas de una atmósfera potencialmente dañina, lo cual nos coloca en una actitud defensiva tanto como de tristeza.

¹⁹⁸ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 268.

¹⁹⁹ Ruth A. Dávila Figueroa, “Discurso periodístico y tratamiento de la información sobre feminicidios en el Estado de México”, en Jacinto (*op. cit.*), p. 403.

²⁰⁰ Dávila Figueroa, *op. cit.*, p. 411.

²⁰¹ Butler, *Sin miedo...*, p. 45.

“Muchos afirmarán que lo mejor es no involucrarse, [...] pero las heridas de los hombres [humanidad] nos reclaman”.²⁰² Para Cometierra y este reclamo de la verdad que carga intenta tener cierto sentido de control con pequeñas acciones, su resistencia ha de ser mantenerse esperanzada, permitirse el anhelo de que las víctimas aparezcan como si fuera un juego en el que las cosas se acomodan solas: “Algo fácil. Algo que a mí no me pasaba nunca” (p. 99). Resulta necesario afrontar las crisis porque en ellas encontramos la fortaleza y los medios para superarlas, cabe también saber localizar dónde resistir y percibir el espacio en el que la libertad se encuentra al alcance.²⁰³ Ese lugar de resistencia y el espacio de libertad sólo es posible en la medida en que no se abra paso la indiferencia.

“La verdad es un proceso infinito”,²⁰⁴ de modo que como ejercicio de fortaleza y persecución se permite reconocer que no tiene todas las respuestas. Y en el proceso Walter ya ha aceptado que su hermana posee un don que resulta más beneficioso que dañino, es él quien le sugiere ir con las maes. Una vez acude con las maes la verdad vuelve a ser inminente: para recibir hay que dar, y el conocimiento, *el saber* tiene un costo, lo que en palabras de Blanco Mayor: “todo *deber*, toda obligación corresponde a una prescripción que contiene un orden, es decir, una norma”.²⁰⁵

Para Cometierra sus convicciones y su don actúan como una brújula moral que la guía y aproxima a los resultados deseados, incluso cuando los medios pueden ser riesgosos. No cuestiona la información brindada por las maes porque la confianza depositada en ellas también es una resistencia en sí: se trata de la representación de la sororidad y la comunidad creada entre mujeres. Entonces *sacrificarse* por la chica del río requiere de la obtención del conocimiento a cambio y la confianza de que no se encuentra sola en la búsqueda, y aquí se observa la confianza depositada en Ezequiel, la esperanza de que cuenta con él y que sabrá qué hacer. Sin embargo, así como el conocimiento es necesario, a veces, resulta igual de importante permanecer ignorante frente a ciertos eventos.

La verdad y la realidad de cada una de las víctimas es particular y sólo responde a ellas mismas; pretender aplicar algo preestablecido en lugar de cuestionar y hacer un trabajo

²⁰² Sabato, *op. cit.*, pp. 144-145.

²⁰³ *Ibid.*, p. 148.

²⁰⁴ Blanco Mayor, *op. cit.*, p. 18.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 20.

de pensamiento sería negarse a reconocer la realidad evidente y violenta que rodea a los individuos.²⁰⁶ Por ello, el tratamiento dado a cada una de las víctimas debe ser particular y por lo mismo la tierra no es igual para todas ni todas derivan en el mismo resultado.

Mientras los familiares de las víctimas piden hacer lo necesario por saber y recuperar sus pérdidas, existe el caso también de la señora Ana que a pesar de querer saber y solicitarlo, al mismo tiempo expresa la existencia de límites que incluso para Cometierra son desconocidos: “Después de que comí tierra de su sueño, Ana se puso rara. Desconfiaba de mí. Yo trataba de hablarle como siempre, pero no era lo mismo. Había silencio. Ella miraba todo lo que hacía yo y a mí me parecía que me controlaba porque tenía miedo” (p. 117). El tema no es sólo hacer algo, sino la connotación de prohibición que acompaña ciertas acciones. El cuestionamiento es: ¿por qué estaba prohibido? Como si existieran verdades que deben permanecer ocultas. Empero, la pregunta debería ser por qué una adolescente se responsabiliza y dedica a desempeñar las funciones que el Estado tiene la obligación de ejecutar. Mas resulta importante que en vista de que el Estado se desliga constantemente de sus funciones, Cometierra no retrocede en su intención. A pesar de la prohibición y del perpetuo silencio en el que parece que *tiene* que vivir como consecuencia de la violencia que la rodea a ella y su entorno, Cometierra continúa haciendo lo que otros no se atreven.

La verdad tendría que impulsar a nuestro carácter individual para obrar en un sentido correcto, ya fuese por seguridad o la probabilidad del mismo, esto no tendría que implicar la violentación de la inteligencia de cada uno. En consecuencia, la motivación a encontrarla, incluso cuando se prohíba o se crea que hay algo que *no debería decirse*, ha de traer como resultado que la verdad no puede ser silenciada, *tiene que* nombrarse, por eso Cometierra *delata* al Ale Skin.

La gracia de *Cometierra* es que a pesar de la violencia y las verdades dolorosas que plasma como acto denunciante ofrece la posibilidad de una reconciliación con los agresores, con el entorno, con el ser humano mismo, con las mujeres. La búsqueda de la verdad constituye una decisión libre, activa y constante. Añorarla y al conocimiento requiere que defendamos nuestra verdad, que la amemos y la busquemos activamente. No producimos la

²⁰⁶ Pérez-Illzarbe Serrano, *op. cit.*, p. 803.

verdad, sino que la descubrimos. Ignorar la verdad es rehusarse a reconocer la realidad además de complicar el alcance de la resistencia, y “el deber moral de la Resistencia coincidía con la seguridad, es decir, seguridad de uno mismo y sus allegados”.²⁰⁷ El reconocimiento de la resistencia misma y el descubrimiento de la verdad permiten que Cometierra se desprenda de una obligación que le corresponde al Estado —priorizándose a ella e ignorando el reproche (incluso el intento de manipulación)—: “—Ya no quiero seguir, Ana. / —Pero podés encontrarlos a ellos. Hacer que los encierren, por mí. Si están libres, van a seguir matando, ¿entendés?” (p. 161).

Jankélévitch expresa que “la juventud debería tomar consciencia. [...] No basta con unas pequeñas turbulencias superficiales [...] De ustedes depende que se vuelva a hablar y que no se deje de hablar”.²⁰⁸ Asimismo, aunque tuvo la creencia y sostuvo que en realidad no hay verdad; Cometierra dirá que sí hay una, una dolorosa que sólo quienes atraviesan un ciclo de violencia producto del sistema que beneficia a los agresores pueden entender: la indiferencia detrás de las víctimas y la inevitabilidad de haberles perdido. Gracias a este desdén puede observarse el impacto que la cultura y educación violenta tienen en los individuos que se ven respaldados por un discurso masculino hegemónico patriarcal que inferioriza y justifica su privilegio. La verdad es que “el cuerpo vejado, mutilado, criminalizado o desaparecido es la prueba última de una sociedad en búsqueda de justicia, equidad y libertad”.²⁰⁹

3.3 Resistencia femenina: memoria y denuncia

“Bendito aquel por quien llega el escándalo”.²¹⁰ Benditas las mujeres y las víctimas que rompieron el silencio y reconocieron la necesidad de hablar, colocarse al frente y brindar la perspectiva de primera mano, pues de ellas entendemos que “la violencia [...] no funciona sólo como denominador común entre memoria e historia sino, explícitamente como su

²⁰⁷ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 65.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 160.

²⁰⁹ Lizette Jacinto, “Racismo, cuerpo y violencia en México. Algunas claves para su reflexión”, en Jacinto (*op. cit.*), p. 269.

²¹⁰ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 182.

motor”.²¹¹ Benditas aquellas que actuaron y salieron del rol pasivo resignado a seguir perdiendo.

En consecuencia, bendita la madre de Ian que ante la indiferencia del Estado y de su pareja acude a Cometierra en una actitud de resistencia, de coraje, de hartazgo, y también se presenta con la humildad para reconocerse vulnerable y necesitada. Lo que decidimos hacer frente a las situaciones de crisis “permite fortalecer los vínculos entre las personas en situaciones de necesidad”.²¹²

Para lo que Victòria Camps postula: “un[a] ciudadan[a] activamente solidari[a] es [la] que se hace cargo, en la medida de sus posibilidades, de las exclusiones que sufren muchas personas y hace lo que puede por ayudar a aliviarlas. Pero, sobre todo, es [la] que no pone impedimentos a que se haga justicia con los que viven peor”.²¹³ No existe descanso, ni paz, ni tregua para apaciguar la necesidad de resistir, y si bien la mayoría de las personas podemos tener cierta tendencia a la solidaridad, también cabrá reconocer que no resulta una carga que la mayoría desee en sus hombros, no de forma directa al menos.²¹⁴ “Resistir es, al mismo tiempo, expresión de inconformidad y respuesta activa al poder exclusor que intenta imponerse como único y hegemónico”.²¹⁵

Resultará evidente tanto en nuestras actitudes como en la corporalidad misma. Destaco la importancia del *gusto* por la insistencia de la madre de Ian. Existe un sentimiento de satisfacción al dar cuenta de la lucha y la importancia de no resignarse al sometimiento de un sistema indiferente que no tiene cuidado ni preocupación por las víctimas. Dicha satisfacción demuestra la posibilidad de cambio en el mundo del otro —que se trata a su vez de mi mundo— cuando se encuentra recluso en un entorno violento.

Porque “*ver el rostro* del otro no expresa una simple postura contemplativa; de hecho, despierta la capacidad moral de sentirse interpelado y conminado a actuar”.²¹⁶ En un contexto

²¹¹ Claudia L. Gutiérrez Piña, “El germen trágico de la memoria. *La casa junto al río* de Elena Garro”, en Ángeles Ma. Del Rosario Pérez Bernal, *Escritura y resistencia: entre Elena Garro, Hannah Arendt y Gilles Deleuze*, Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de México-Juan Pablos Editor, 2019, p. 81.

²¹² Giraldo y Giraldo y Ruiz Silva, *op. cit.*, p. 36.

²¹³ Victòria Camps, “El sentido del civismo”, en *Los monográficos de B.M.M.*, núm. 6 (2003), p. 20.

²¹⁴ Giraldo y Giraldo y Ruiz Silva, *op. cit.*, p. 44.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 52.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 34.

violento y contra las expectativas de un Estado opresor existir constituye en sí mismo una resistencia, la elaboración de una memoria se convierte en armamento, resulta innegociable. Se podrá tener violencia, pero olvido jamás. Ya que la “memoria y el tiempo revelan en su sentido de experiencia en la raíz genérica de [la humanidad], es decir, a modo de estructurante de una conciencia compartida, en otras palabras, de una conciencia histórica”.²¹⁷ La conciencia histórica radica en el *despertar* de Cometierra cuando se confronta con la realidad. El dolor y la impotencia forman parte del proceso de resistir en la construcción de una memoria de la mano de la tierra y ella. Gutiérrez Piña postula que “la colectividad se articula por la complicidad en el encubrimiento de participación generalizada —activa o por omisión— en la violencia”.²¹⁸ De modo que existe una renuencia a formar parte de una resistencia, ya sea por ignorancia en algunos casos, por miedo, y en la mayoría indiferencia. Se trata de una actitud individualista.

Evade —o pretende hacerlo— desde el privilegio de saber que no ha experimentado las mismas pérdidas que aquellas madres o familiares que acuden a ella en busca de apoyo. Es decir, perdió a su madre, sí; pero al menos con la certeza de que estaba muerta, habiéndola sepultado y sabiendo en dónde encontrarla. Y muerta siempre es mejor que desaparecida. “Los desaparecidos son fosas comunes que se nos abren por dentro y quienes las sufrimos lo único que ansiamos es poder enterrarlos ya. Dejar de desmembrarnos tendón por tendón, hilo de sangre por hilos de hiel, porque incluso para cada gota es un calvario caer”.²¹⁹

Al momento de la construcción de una memoria y el ejercicio de resistencia, es inevitable referir los recuerdos que, aunque puedan considerarse como felices, al originarse de una infelicidad y su conciencia provocan nostalgia y dolor como consecuencia.²²⁰ Como ocurre cuando Cometierra rememora su *primer* sueño con la seño Ana: “Esa noche soñé con la seño Ana. No sé si fue la primera vez que soñé con ella o si me había olvidado de otros sueños, pero de ella, nunca” (p. 57). Entonces, el recuerdo se convierte en un proceso que permite el autoconocimiento del individuo, su presencia resulta esencial para esto, por lo que

²¹⁷ Gutiérrez Piña, *op. cit.*, p. 76.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 84.

²¹⁹ Brenda Navarro, *Casas vacías*, Ciudad de México, Sexto Piso, 2022, p. 116.

²²⁰ Álvarez Lobato, *op. cit.*, p. 67.

su importancia deja de basarse en la veracidad que posee.²²¹ Este proceso es el inicio de toda la resiliencia y el aprendizaje de las herramientas que le permitirán a Cometierra resistir. Incluso reconociendo que la seño Ana *sabe* lo que está ocurriendo, como lo sabe desde que le sucedió a ella. De modo que su carácter activo surgiría como otra forma de resistencia, de supervivencia quizá.

Así, recordar, pensar y considerar a las víctimas, igual que transmitir lo sucedido, se vuelve una cuestión de deconstrucción y re-construcción del *destino* de una vida, especialmente si se trata de la vida de una mujer o de un cuerpo feminizado. Cada vez con más conciencia y una visión más amplia y distinta de aquella con la que comenzó —porque se encuentra atravesando su propio proceso de autoconocimiento.

Los sucesos externos que nos ocurren se arraigan en nuestra identidad misma, en nuestra memoria y aportan a la construcción de nuestras posturas; de modo que no se trata sólo de la resignación de Cometierra frente a su don, sino del descubrimiento de que forma parte de un colectivo y *puede* ser actante: “La sonrisa de la chica y algo en el cuerpo del flaco me hacían pensar en que esa vez podía ser distinto, que por una vez podía llegar temprano” (p. 66). Ese anhelo constituye la esperanza puesta en una vida posible, pensada y concebida de una forma radicalmente distinta. Sabato expresa que al momento en que uno se anima a llegar al dolor del otro, la vida se vuelve un absoluto. Y, lastimosamente, la realidad es que “las más de las veces, los hombres no nos acercamos siquiera, al umbral de lo que está pasando en el mundo, de lo que nos está pasando a todos, y, entonces, permanecemos domesticados en la obediencia a una sociedad que no respeta la dignidad”.²²²

De manera que, aunque a lo largo del presente trabajo me he tomado la labor de hacer inclusivas las citas cuando resulta pertinente para evitar que el discurso sea falocentrista y exclusivamente masculino, aquí sí me parece importante que se quede tal cual la cita. Porque sí resulta más pertinente decir que —en su mayoría— son los hombres quienes se abstienen de involucrarse en el dolor ajeno, quienes no se acercan si quiera. Lo que contrasta con la disposición de Cometierra de inmiscuirse en la búsqueda de las víctimas: “La tierra era el veneno necesario para llegar al cuerpo de María y yo tenía que llegar” (p. 73).

²²¹ *Ibid.*, p. 68.

²²² Sabato, *op. cit.*, p. 144.

Otro factor que hace eco en la resistencia es la capacidad de verme en la otra. Su experiencia es la mía y se hace evidente que funcionamos como un conjunto y no como individualidad, así la memoria se comparte. No se trata solamente de una cuestión de empatía, sino también de voluntad. Es *querer* hacer algo respecto a la situación que se le presenta. A diferencia de un Estado que se rehúsa a hacer uso de sus medios porque sus prioridades son otras.

Cabe considerar que “las personas son obligadas y presionadas a alinearse en torno a los signos que demarcan estas jurisdicciones, a riesgo de que, de no hacerlo, no puedan ni expresar sus intereses ni encontrar medios para alcanzarlos”.²²³ Por ello se le aísla en un principio —por no alinearse—, entonces, la postura que decide tomar frente a un crimen que además está dirigido a toda una categoría y no a un sujeto específico resulta combativa e inflexible en tanto encarna a la resistencia.

La resistencia de Cometierra abarca incluso el no dejarse *comprar*, su interés no está en el ámbito económico, va más allá de lo superficial. Se trata de una cuestión personal, una denuncia implícita, el impacto de una realidad: mientras más tiempo tarda en encontrar a la víctima, más probable es que para cuando lo haga ya sea tarde. Al proyectarse en las víctimas —especialmente con María— su resistencia adquiere una carga mucho más significativa, podría sugerir incluso que para Cometierra todo el acto de resistir y actuar como un agente participativo activamente alude a una especie de reivindicación al asesinato de su madre. Quizá la memoria que ha venido construyendo parte de ahí.

Sin embargo, incluso cuando María apareció, Cometierra no da por terminada su labor. O al menos, la señora Ana no se lo permite. Ella, aunque muerta, también se encuentra en una constante resistencia junto con Cometierra. Ella misma le ayuda a la creación de una memoria, funge como un recordatorio que además se empeña en mostrarse violento, en sus sueños la visualiza pudriéndose, la asocia de forma constante con animales domésticos. Irónico que mencione a los animales domésticos cuando “toda la violencia contra la mujer es arrinconada y confinada por la imaginación colectiva en el comportamiento de lo doméstico, privado y particular”.²²⁴ Es como si no se pudiera evitar la comparación entre lo

²²³ Segato, *La guerra...*, p. 76.

²²⁴ *Ibid.*, p. 163.

animal y la mujer o el cuerpo feminizado. De forma que el discurso se impone dentro del propio subconsciente.

Y así como el discurso se encuentra cimentado en nuestro desarrollo, así se impone sobre Cometierra el recordatorio y la necesidad de la creación de una memoria. La memoria resulta innegociable e imprescindible. En su dinámica se detecta una doble articulación: en primera instancia perpetúa la experiencia y cuenta con una capacidad de contención, en segunda, puede movilizar y superponer los recuerdos debido a la añadidura de una disposición vivificadora de la rememoración.²²⁵ Del modo en que lo hace en conjunto con la seño Ana: “—¿Ya me olvidaste? ¿Cuándo volvés, mi chiquita, a tragar tierra por mí?” (p. 93).

La cuestión con la resistencia presente ante Cometierra y la de ella misma reside en que la denuncia y la indignación colectiva no suceden hasta después de que otra —con especial atención en la connotación femenina— se expuso en aras de salvaguardar la vida de otra. No funciona igual sin esta sensación de sacrificio, por eso el resto no se pronuncian hasta después de que liberaron a María: “Ezequiel, que a veces venía a verme y a contarme cosas de María [...]. También del viejo, preso, y de los vecinos, que habían tratado de prenderle fuego a la casa” (p. 95).

En ocasiones, esta necesidad de acción, este activismo, podría considerarse como una forma de supervivencia, otra resistencia a ejecutar. Pero, a diferencia de la resistencia y la denuncia del colectivo que se observa a través de la rabia, la resistencia y memoria de Cometierra se ve más bien cubierta de tristeza, del dolor que atraviesan aquellos que sufren las pérdidas (p. 97). No se rehúsa ni niega la necesidad de permitir el avance histórico; los lazos y situaciones que se experimentaron en el pasado siempre están presentes, sólo que su expresión se vuelve distinta, se expresan de otro modo: “La acompañé hasta la reja. Le di un beso como pude y ella se alejó por la vereda de mi casa, como tantos otros, para no volver nunca más” (*id.*). No es que nunca más se encuentren presentes, Cometierra *es* la memoria colectiva, con ella están todas, pero una vez cumplido el propósito no hay necesidad de volver a ella. Y tampoco hace falta, ella en realidad nunca los deja ni viceversa.

²²⁵ Gutiérrez Piña, *op. cit.*, p. 73.

“La solidaridad no se puede dar si no existe justicia social”.²²⁶ Por eso se requiere tanto de la resistencia como de la memoria. La solidaridad propicia actitudes de cambio, y la resistencia persiste en dichas actitudes. Cometierra se permite descubrir cómo desenvolverse en su nuevo rol. Así, los nombres en las botellas ya no son sólo nombres, sino que forman parte de una historia que eventualmente se volverá la suya —al ingerir la tierra.

En este momento se afianza la resistencia. Ya no sólo por parte de Cometierra, también de Ezequiel al ayudarla a encontrar a una víctima más. Y mientras más tiempo convive con él, más resisten en conjunto. La confianza y naturalidad que permiten dejar crecer entre ellos les ayuda a resistir en sus propias esferas de mundo, desconocidas entre ellos: “Me dijo que sabía nadar, porque en la escuela de ratis era obligatorio hacer un curso. Me gustó que dijera así, «ratis», para mí. Y yo pensé que cuando estábamos solos él no parecía uno de ellos” (p. 108). Se resiste, se reconcilia un sistema con las personas sometidas debajo de él; del mismo modo en que Ezequiel resiste al ofrecerse a ayudar y Cometierra al negarse a ser pasiva. Su convivencia y relación denuncian.

Cabe mencionar que la resistencia y la denuncia no se limitan al activismo en contra de las desapariciones. Debido a que “la violencia contra las mujeres es una violencia masculina”,²²⁷ y más allá de eso la violencia, en especial la simbólica —por lo tanto, la expresiva a su vez—, se encuentra enraizada y solidificada en la cultura, directamente incrustada en las relaciones entre hombres y mujeres.²²⁸ Y, entonces, los alcances de la violencia abarcan hasta la sexualidad de las mujeres. Así, la resistencia no se da sólo por parte de Cometierra como individuo actante, sino también por parte de Reyes que le permite al personaje apropiarse de sus deseos sexuales y expone y visibiliza a las mujeres como los seres sexuales que somos. Al momento de hacer esto se replantea la premisa de que las experiencias de la mujer “quedan reducidas al lugar de la pasividad, la falta de acción y el silencio, o por el contrario, al lugar de la destrucción sin límites, de lo monstruoso e inabordable”.²²⁹ Estos extremos han dejado de ser funcionales.

²²⁶ Páez Neira, *op. cit.*, p. 48.

²²⁷ Lara Espinoza, *op. cit.*, p. 439.

²²⁸ *Ibid.*, p. 437.

²²⁹ Roxana Hidalgo Xirinachs, “Sexualidad, agresión y autonomía en la mujer. Contribuciones psicoanalíticas actuales”, en *Actualidades en Psicología*, vol. 18, núm. 105 (2002), p. 84.

En consecuencia, gran parte de la resistencia de Cometierra está colocada en la naturalidad de su desarrollo erótico, su deseo sexual y la libertad que se permite tener respecto a esto. No se avergüenza, simplemente actúa de acuerdo a ellos, carece de la presión del discurso y la ley paterna, hace caso omiso del sistema social patriarcal que insinúa que las mujeres deberían negar su propio placer. “Los movimientos de liberación de las mujeres, los homosexuales, los jóvenes, los indígenas y los negros, entre otros, constituyen manifestaciones de resistencia de sujetos individuales y colectivos que buscan la creación de mundos de la vida alternativa”.²³⁰ Una vida en la que la corporalidad y sexualidad de la mujer se puede permitir la existencia plena, actante sin un sentimiento de culpa ni vergüenza —como sucede en sus encuentros con Ezequiel.

Hidalgo opina que “la supuesta tendencia de la mujer a una dependencia extrema hacia el hombre, su urgente necesidad de reconocimiento en el amor [...], aparecen como imágenes mistificadas en las que lo femenino queda atrapado en una imposibilidad o mayor dificultad de la mujer para acceder a un proyecto de vida autónomo”.²³¹ Aunque no se puede obviar que “es en lo corporal donde tiene el lugar el sufrimiento político, y es por medio de la acción encarnada como los desposeídos hacen saber que existen, que todavía existen”.²³²

Por lo tanto, en la corporalidad también se puede denunciar. La autonomía y el reclamo sobre ella se entenderá entonces como un enfrentamiento a las expectativas sociales y tradiciones culturales de forma autoreflexiva, lo que implica no sólo la adaptación, sino la resistencia en sí misma.²³³ Es decir, que la manifestación de la sexualidad de una manera activa para el desarrollo de un proyecto de vida personal resulta una necesidad. En este proyecto de vida Cometierra y Ezequiel dejan de ser desconocidos, dejan de ser *aliados*, ni siquiera llegan a ser amigos; rápidamente desarrollan sentimientos el uno por el otro, quizá su relación responda más al término de *amantes*: “«Te quiero», me había dicho Ezequiel la noche anterior” (p. 113), y también de *cómplices* —pp.115-116.

Resulta necesaria la desmitificación alrededor de la sexualidad y la agresión en la mujer porque sólo así será posible su reconocimiento desde la diversidad y la legitimidad de

²³⁰ *Ibid.*, p. 88.

²³¹ *Ibid.*, p. 90.

²³² Butler, *Sin miedo...*, p. 81.

²³³ Hidalgo, *op. cit.*, p. 90.

las mismas.²³⁴ A diferencia del placer del hombre, caracterizado por su enfoque fálico o genital, el placer de las mujeres no se centra en un órgano sino que es plural, complejo. Pero Cometierra pareciera asumir comportamientos asociados por lo general a lo masculino, como el uso de las relaciones sexuales como una forma de escape, desahogo o enajenación.

Hidalgo expone que aquello que regula la subjetividad de les individuos parte de controles institucionales. Es decir, les individuos enlazan y adecúan sus deseos al poder desde el imaginario social.²³⁵ De modo que se asumiría que sea Ezequiel quien propicie sus encuentros, pero es Cometierra quien resiste a los roles asignados tomando iniciativa, cuestiona el estereotipo en el que las mujeres carecen de la capacidad de actuar de forma autónoma y hacer valer sus deseos —pp. 126-127—. Esta interacción entre Cometierra cuenta con un subtexto que refleja que Ezequiel funge como un gran soporte y es a quien recurre en aras de resistir, en más de un sentido como se explicó. Asimismo, se observa que Cometierra no actúa oralmente la mayoría de las veces, sino más bien de forma ejecutiva. Es decir, no se expresa verbalmente, sino que lo hace mediante su corporalidad y sus acciones.

La cuestión de la sexualidad entendida como un método de conquista masculino sobre el cuerpo femenino al visualizarlo como territorio alude que “la sexualidad vertida sobre el mismo expresa el acto domesticador, apropiador, cuando insemína el territorio-cuerpo de la mujer”,²³⁶ pero pierde dicho carácter y reconcilia a los roles cuando no se le domestica ni apropia de él, sino que éste se libera y entrega voluntariamente. De modo que aunque el discurso, la corporalidad y la temporalidad cambien también nos mantendrán como supervivientes y resistentes a nuestras propias convicciones. Sabato recomienda que “en el diálogo el compromiso que nace entre las personas puede hacer del miedo un dinamismo que lo venza, y sacar un mayor espacio para la libertad”.²³⁷

La libertad entonces también ha de adquirir otro enfoque. Para Cometierra, la libertad y otra forma de resistencia es negarse a continuar desempeñando el rol que había tomado hasta el momento: “—¿Vos querés seguir adivinando? / —No” (p. 161). Resulta un gran paso para Cometierra dejar de considerar a la señora Ana como una autoridad a la cual ha de

²³⁴ *Ibid.*, p. 84.

²³⁵ *Ibid.*, p. 85.

²³⁶ Segato, *La guerra...*, p. 50.

²³⁷ Sabato, *op. cit.*, p. 142.

obedecer o priorizar en cuanto a su propia toma de decisiones: independizarse. Del mismo modo en que se rehúsa a continuar siendo la que tiene que velar por la comodidad y el bienestar de otras. La resistencia requiere también de negarse a ser sometida por un nuevo sistema, por doloroso que pueda ser el resultado, lo cual implica negar las expectativas colocadas en ella: “—¿Y yo qué? ¿Y todo lo que me prometiste?” (*id.*).

Con el propósito de *renegociar* las relaciones poder, los discursos inamovibles y absolutos y las ideologías se ha de confiar en el arte de resistir frente a ellos. Como el discurso interno de Cometierra: “Yo me acosté un rato en mi cama. [...] Ni el corazón se me calmaba. Cerré los ojos. / «¿Y Ezequiel?». / «Ezequiel se queda». / [...] Agarré la frazada y me tapé hasta la cabeza. Cerré los ojos y empecé a llorar” (p. 165). La carga de las experiencias vividas, la memoria de Cometierra como una memoria colectiva, pueden no siempre ser asequibles y comprensibles para el resto, pero la solidificación de su identidad, la resistencia ejercida, el conocimiento —tanto propio como del entorno que la rodea— y el amor han llevado a Cometierra al punto en el que se encuentra. En consecuencia, el amor propio y por los otros se instaura como un móvil interno que parte del cuidado mutuo y una fuerza sutil e innegable de transformación.²³⁸

Lo anterior explica y ayuda a entender la razón por la que Cometierra decide que Ezequiel *se queda* —aunque sea *otra* pérdida para ella— y él no la fuerza a cambiar de opinión, incluso si cree que existe una posibilidad para permanecer juntos. Existe un respeto y cuidado mutuo que motiva tanto la decisión de Cometierra como el respeto a sus decisiones por parte de Ezequiel: “Estaba intentando imaginar cómo podíamos seguirla Ezequiel y yo y todo me parecía cualquiera. Hablar por el celu, chatear. No había nada que pudiera decir, nada que nos tranquilizara, ni a mí ni a él” (p. 167).

Álvarez Lobato expresa que “nada hay más triste que recordar los tiempos felices en la desolación”.²³⁹ Cometierra podrá no considerar la existencia de *tiempos felices*, pero sí reconoce momentos que la anclan a lo conocido, irse y dejar a Ezequiel es tanto resistencia como conservación de una memoria, finalmente la memoria custodia las experiencias vividas en nuestro pasado que pueden prolongarse al presente en el momento en el que

²³⁸ Giraldo y Giraldo y Ruiz Silva, *op. cit.*, p. 108.

²³⁹ Álvarez Lobato, *op. cit.*, p. 67.

rememoramos, pero también puede extenderse al futuro,²⁴⁰ en este sentido, Ezequiel se convierte en pasado, presente y futuro: “Seguí caminando, pero apretando mi celu, como si Ezequiel, desde ahora, fuera a quedar guardado ahí” (p. 169).

Gutiérrez Piña también postula que el pasado no es estático, sino que su conservación es dinámica. Por lo tanto, la memoria lo contiene igual que el tiempo que le corresponde, así como un absoluto de dicha temporalidad pues abarca todas las posibilidades temporales,²⁴¹ como Cometierra riendo ante sus recuerdos: “Cruzamos una avenida. Los días de lluvia ese lugar se inundaba que parecía un río. Cuando era chica, nunca quería ir por ahí. Me parecía que las bocas de tormenta podían comerme. Me acordé de eso y me dio risa” (*id.*). Así, existe un cierre a esta etapa en la vida de Cometierra. La memoria como matriz histórica y la resistencia como soporte de su vida misma, de la apropiación de su existencia; la protagonista sin nombre busca ser, configurarse. Jankélévitch expresa y exhorta que como humanidad

es el recogimiento y la fidelidad a los recuerdos lo que nos reúne [...] pensaremos más en el pasado que en el futuro. El futuro volveremos a encontrarlo mañana por la mañana, [...] porque el futuro es el pan de cada día de la acción. ¡Pero el pasado...! El pasado necesita que lo ayudemos, que lo recordemos a los desmemoriados y los indiferentes, que nuestras celebraciones lo salven sin cesar de la nada, que nos reunamos expresamente para conmemorarlo; porque el pasado no se defiende solo y la juventud pide conocerlo, y no siempre sabemos cómo revelarles estos terribles secretos de los que somos portadores.²⁴²

Al referir la necesidad de resistencia, por lo tanto, de mantener una memoria viva, colectiva y constante, la sociedad *denuncia* aquello que hasta no ser nombrado es inexistente. Qué importante resulta destacar la complicidad social frente a la violencia que los sectores más vulnerables nos empeñamos en denunciar. Para Jankélévitch se trataba de un genocidio y para las mujeres también. La denuncia, la resistencia y la insistencia en no olvidar y construir tanto la memoria como la comunidad que reconcilie ambas partes nos definen como mediadoras frente a una realidad que creemos tiene posibilidad de cambio.

²⁴⁰ Gutiérrez Piña, *op. cit.*, p. 74.

²⁴¹ *Idem.*

²⁴² Jankélévitch, *op. cit.*, p. 71.

CONCLUSIONES

El recorrido que realicé en el primer capítulo me permitió conocer un antecedente de la escritura de mujeres que dan origen y permiten el crecimiento de la influencia de las mujeres en el ámbito literario. Este avance constituye en las últimas décadas un giro del impacto de las escritoras en Hispanoamérica, especialmente en la nueva narrativa argentina que resulta más que una cuestión estética, una denuncia frente a la realidad violenta.

Después de los capítulos dos y tres, que pretendieron otorgar una visión conjunta de la novela, observo que ambos construyen una memoria histórica y colectiva acompañada de la violencia como el fenómeno omnipresente, fundamental y central del patriarcado que se descarga en los grupos vulnerables con especial énfasis en las mujeres y los cuerpos feminizados. En *Cometierra* se destaca el uso de la violencia como método de sometimiento. Me permito aquí profundizar la noción propuesta por Segato quien concluye que gracias al estatus establecido por el patriarcado sólo el hombre sería capaz de ejercer su dominio y al hacerlo establece la posibilidad de participar en la competencia entre iguales dada en la configuración de la masculinidad.²⁴³

El recorrido realizado a partir de las víctimas permite divisar el espectro de las violencias y las diferentes esferas en las que éstas impactan a los diversos grupos vulnerables. En el primer apartado agrupé a las maternidades que se exponen en la novela con énfasis en su madre biológica y la señora Ana. Estos personajes, junto con las maternidades de cada una de las víctimas, permiten evidenciar las formas diferentes en las que la maternidad puede representarse y el impacto de la misma en los individuos, en este caso, en *Cometierra*.

La feminización del cuerpo, para destacar la violencia y el discurso machista y patriarcal, evidencia la vergüenza colocada en las corporalidades ajenas a lo establecido. Por lo tanto, Ian —al ser un muchacho enfermo— no puede considerarse como suficiente hombre. Lo que implica una violencia y rechazo a lo diferente, así como diferentes tipos de violencia ejercida incluso a *Cometierra*.

Evidencio también las constantes dentro del desinterés frente a la búsqueda de desaparecidas en la mención de su amiga de la infancia: Florencia, y una chica que nunca se

²⁴³ Segato, *La guerra...*, p. 143.

nombra propiamente, es decir, la norma. En el caso de Argentina, de forma histórica, las personas han conocido y experimentado la forma violenta que tiene el Estado de reaccionar frente al colectivo social que se supone procura. Y aunque el contexto ha cambiado a lo largo de los años, la violencia permanece constante —tanto en Argentina como en Latinoamérica (Hispanoamérica a su vez)— y ahí radica el motivo por el cual el discurso continúa regresando a estudiarla —la violencia—, aunque, finalmente, “el discurso sobre la violencia puede ser problemático, porque tiende a toparse con un territorio en el que reina el silencio, donde se encuentran los muertos causados por el objeto de estudio”.²⁴⁴ Empero que aunque no mantuve como propósito exponer dicha premisa, no me parece apropiado pasarla por alto tampoco.

Destaco la importancia de los nombres y su carácter distintivo en el destino literario determinado por los mismos, como en el caso de María —la única sobreviviente— en lo que considero una excepción. En este apartado hice una alusión a la violencia estructural, ésta se mantiene como una constante a lo largo de toda la novela —junto con el amplio espectro de la misma—. Es necesario puntualizar que la violencia estructural, por su carácter, no puede reducirse a acciones directas o evidentes limitada a individuos específicos. Pero esto no implica que dichas estructuras y las dinámicas que éstas reproducen no sean generadas o reproducidas de forma individual. De modo que aunque el impacto no es individual, los individuos sí pueden ser responsables y aportar a dicha violencia.

Cerré el recorrido con una víctima que catalogué como indefensa por ser infancia y representar una muerte simbólica. Por ello me enfoqué en los animales y simbolismos detectados en el capítulo correspondiente. La muerte de Dypi alude a la muerte como consecuencia del Estado. Esto implica el reconocimiento de la violencia como un elemento diagnóstico y definitorio de su naturaleza y función. Como plantea Nordstrom la violencia se utiliza en la creación de una conformidad política, tiene la intención de esparcir una sensación de terror, crear jerarquías de dominación y basado en el uso de la fuerza conseguir la sumisión de los individuos.²⁴⁵

²⁴⁴ Rueda, *op. cit.*, p. 358.

²⁴⁵ Nordstrom, *op. cit.*, p. 62.

Para finalizar el capítulo dos referí a las corporalidades femeninas y feminizadas como un territorio en disputa. Al momento de analizar la novela de Reyes detecté una denuncia respecto a la corporalidad femenina que se ve violentada desde el poder ejercido a partir de una estructura soberana heteropatriarcal. El cuerpo femenino funciona como territorio a conquistar y como único medio posible para obtener un cierto dominio. De modo que tanto la corporalidad femenina, como la feminizada junto con el género se cimientan como elementos relevantes en la construcción de los imaginarios sociales que nos rodean de simbolismos y con la muestra de poder y significados que dividen y diferencian cada esfera y espacio abarcado por uno u otro género. Esto permite considerar que las formas de desenvolverse en determinados entornos dependen de las relaciones existentes en los mismos.

En este capítulo me permitiría proponer otra línea de investigación, una que se diferencia de la temática violenta que manejé, pero igualmente se deriva de la obra de Reyes: la importancia del simbolismo de la tierra como alusión a un regreso a los orígenes. En este podría desglosar la manera en la que tanto Cometierra como las feminidades y la humanidad misma se relacionan con la tierra y desarrollan una interacción con su entorno y sus relaciones interpersonales a partir de la misma.

Para cerrar, en la novela de Reyes detecté una poética de la resistencia que parte de la resiliencia mostrada por Cometierra frente a la muerte de su madre biológica, su evolución para construirse como persona a partir de tres ejes: sus relaciones, las cuales refiero en torno a la fraternidad y la solidaridad; su pertenencia y la construcción de su identidad, en las que incluso destaco la apropiación de su sexualidad no como algo vergonzoso, sino como un factor más en el desarrollo de cualquier persona, y la necesidad de perseguir la verdad como un requisito para abrir paso finalmente a la construcción de una memoria que permitirá de manera posterior una denuncia. A los ejes que rigen el comportamiento y evidencian el porqué detrás de sus decisiones le acompañan conceptos como la confianza y la solidaridad que se necesita para que todo suceda. Junto a la confianza, la solidaridad acompaña también a lo entendido como fraternidad, así se instaura una resistencia. Estos elementos ejercidos de forma conjunta forman una confianza en la resistencia del colectivo. En la teoría son útiles,

pero ejercidas son una fuerza, llevados a la práctica radica su poder. La humanidad como colectivo tendrá que acudir a la solidaridad para no vivir en la barbarie de vivir sin ella.

Al mismo tiempo permiten la construcción de una identidad que requiere de separarse de las masculinidades de un modo romántico para permitir su crecimiento individual y evitar caer en la premisa de replicar una narrativa de amor romántico que parece ser inevitable para las mujeres, Cometierra evidencia una nueva posibilidad. En la posibilidad propuesta incluyo la apropiación de su placer como evidencia de conflicto bélico entre las corporalidades. Existe una especie de guerra constante entre los géneros dada por un odio producto de una pedagogía de la crueldad dirigido especialmente a las mujeres o los cuerpos feminizados; “la guerra no es un fenómeno en sí, es un mal que los hombres infligen [...]. Por consiguiente, no se trata de una plaga comparable a una invasión de langostas e independiente de la voluntad de los hombres, se trata de un enemigo decidido”.²⁴⁶

Y, frente a un colectivo decidido a odiar y actuar en contra de lo que considera su enemigo, mujeres y grupos vulnerables —junto con el resto que sólo observa—, y que a su vez lo cataloga como objeto de su deseo, tenemos la obligación de testificar, de resistir. La memoria y la decisión de mantener vivo el discurso ha de permitir que no sólo los opresores, sino también las silenciadas y oprimidas sean escuchadas.

Dichos ejes dan como consecuencia la cristalización de una resistencia y evidencian la reconciliación entre agresor y víctima, entre el margen y el sistema, entre lo masculinizado y tanto lo femenino como lo feminizado. Al asumir la incapacidad del discurso para deshacer los actos violentos que se han realizado se puede hablar de una posibilidad de apertura de camino que permita entender la acción, señalar las responsabilidades correspondientes a aquellos que promueven dichas acciones y, de alguna forma, minimizar el daño que éstas causaron porque “entender las formas de la violencia de género hoy es entender lo que atraviesa la sociedad como un todo”.²⁴⁷

La conclusión, tanto de la novela de Reyes como del presente trabajo, reside en la necesidad de crear una memoria y apoyarse en la misma para denunciar lo experimentado y vivido desde las posturas de las víctimas, no de los agresores. Para Cometierra su activismo

²⁴⁶ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 66.

²⁴⁷ Segato, *La guerra...*, p. 105.

surge producto de una persecución, de una necesidad de conocimiento. Este detalle funge como desencadenante porque “es vergonzoso quedarse en casa y no decir nada”.²⁴⁸ La verdad se erige como rasgo constitutivo de la inteligencia. No se puede *conocer* ni vivir sin ella, de modo que no se puede existir sin resistir, así cada uno de estos significados se hilan para construir una nueva realidad.

De acuerdo con Jankélévitch, “nuestra enfermedad es quizá un deseo apasionado de sinceridad, que por otra parte no logramos alcanzar”.²⁴⁹ Ese mismo deseo representa una forma de resistencia diferente, la aceptación del miedo no como una motivación para ocultarse, porque el miedo no es debilidad, sino más bien una forma de fortaleza.

²⁴⁸ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 250.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 248.

FUENTES CONSULTADAS

- Adorno, Theodor, *Teoría estética*, Barcelona, Hyspamérica, 1984.
- Allegro de Magalhães, Isabel, *O sexo dos textos*, Lisboa, Caminho, 1995
- Álvarez Lobato, Carmen, “Evocación de la infancia y afirmación de la identidad como defensa ante el vacío. La poesía de Elena Garro”, en Ángeles Ma. Del Rosario Pérez Bernal, *Escritura y resistencia: entre Elena Garro, Hannah Arendt y Gilles Deleuze*, Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de México-Juan Pablos Editor, 2019, pp. 55-70.
- Amo Usanos, Rafael, “La identidad: definición, fundamentos y actualidad de la cuestión”, en *Scripta Fulgentina: revista de teología y humanidades*, vol. 32, núm. 63-64 (2022), pp. 7-22.
- Asamblea General de las Naciones Unidas, Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer, 20 de diciembre de 1993.
- Badiou, Alain, *Pequeño manual de inestética*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.
- Berscheid, Ellen, “Love in the fourth dimension”, en *Annual Review of Psychology*, vol. 61 (2010), pp. 1-25. Consultado en <<https://www.annualreviews.org/content/journals/10.1146/annurev.psych.093008.100318#right-ref-B3>>.
- Blanco Mayor, Carmelo, “El problema de la verdad”, en *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, núm. 14 (1999), pp. 11-26.
- Bobbio, Norberto; Mateucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 2005.
- Boldini, María Gabriela, “Escritura de mujeres en la literatura argentina del siglo XIX. La construcción de la subjetividad femenina en la obra de Mariquita Sánchez de Thompson”, en *RECIAL. Revista del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Área Letras*, vol. 8, núm. 11 (2017). Consultado en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6070557>>.
- Bourriard, Nicolás, *Radicante*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009.
- Butler, Judith, *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- _____, *Sin miedo. Formas de resistencia a la violencia de hoy*, Barcelona, Penguin Random House, 2020.

- Buxarrais, María Rosa, “Educar para la solidaridad”, *ACSUR Las Segovias*, 1998.
Consultado en <https://www.academia.edu/1532046/Educar_para_la_Solidaridad>.
- Cabral, Rocío, “Susurros subterráneos: necropolítica y espectrología en *Cometierra* de Dolores Reyes”, *Saga. Revista De Letras*, vol. 8, núm. 16 (2022), pp. 76-100.
Consultado en <<https://sagarevistadeletras.unr.edu.ar/index.php/revista/article/view/241/198>>.
- Camps, Victòria, “El sentido del civismo”, en *Los monográficos de B.MM*, núm. 6 (2003), pp. 15-21.
- Castellanos Guerrero, Alicia, “Violencia, racismo y rebeldías en México: continuidades y rupturas”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, pp. 115-142.
- Centenera, Mar, “‘*Cometierra*’, la vidente que busca mujeres desaparecidas”, en *El País*, 8 de julio de 2019. Disponible en <https://elpais.com/cultura/2019/07/09/actualidad/1562634960_276296.html>.
- Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain, *Diccionario de los símbolos* (trad. Manuel Silvar y Arturo Rodríguez), Barcelona, Herder, 2000.
- Corominas, Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1987. Consultado en <<https://desocuparlapieza.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/02/corominas-joan-breve-diccionario-etimolc3b3gico-de-la-lengua-castellana.pdf>>.
- Dávila Figueroa, Ruth A., “Discurso periodístico y tratamiento de la información sobre feminicidios en el Estado de México”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, pp. 381-418.
- Duque, Elena, *Aprendiendo para el amor o para la violencia: las relaciones en las discotecas*, Barcelona, El Roure, 2006.
- Eduardo-Cirlot, Juan, *Diccionario de Símbolos*, Barcelona, Labor, 1992.
- Erikson, Erik, *Childhood and society*, Nueva York, W. W. Norton, 1950.
- Esheté, Andreas, “Fraternity”, en *The Review of Metaphysics*, vol. 1, núm. 35 (1981), pp. 27-44.

- Fernández Fernández, Ana Lucía, “Discurso, poder y sometimiento en los cuerpos racionalizados, sexualizados y feminizados en América Latina durante la Conquista”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, pp. 143-168.
- Furman, Wyndol y Simon, Valerie, “Cognitive Representations of Adolescence Romantic Relationships”, en Wyndol Furman, Candace Feiring y Benson Bradford Brown (eds.), *The development of romantic relationships in adolescence*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014, pp. 75-98.
- Galtung, Johan, *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Gernika Gogoratuz, 1998, p. 74.
- García Villalba, Miriam, “El grito de las silenciadas. Voces femeninas de la literatura hispanoamericana del siglo xx”, en *Revista Úrsula*, núm. 3 (2019), pp. 1-13. Consultado en <<https://revistaursula.com/wp-content/uploads/2019/11/Garc%C3%ADa-Villalba-Miriam-1.pdf>>.
- Gargallo, Francesca, *Feminismos desde Abya Yala*, Ciudad de México, Corte y Confección, 2014.
- Guardia, Sara Beatriz, “Literatura y Escritura femenina en América Latina”, Biblioteca Virtual FAHUSAC, s. f. Consultado en <<https://bvhumanidades.usac.edu.gt/items/show/3460>>.
- Guillén Guillén, Elena; Gordillo Montaña, Ma. José; Gordillo Gordillo, Ma. Dolores; Fernández Ruiz, Isabel y Gordillo Solanes, Teresa, “Crecer con la pérdida: el duelo en la infancia y adolescencia”, en *International Journal of Development and Educational Psychology*, vol. 2, núm. 1 (2013), pp. 493-498.
- Gutiérrez Estupiñán, Raquel, *Una introducción a la teoría literaria feminista*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004.
- Gutiérrez Piña, Claudia L., “El germen trágico de la memoria. *La casa junto al río* de Elena Garro”, en Ángeles Ma. Del Rosario Pérez Bernal, *Escritura y resistencia: entre Elena Garro, Hannah Arendt y Gilles Deleuze*, Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de México-Juan Pablos Editor, 2019, pp. 71-88.

- Hessel, Frida, *Voces de la periferia: un estudio sobre la plurivocidad de la narrativa en la novela Cometierra de Dolores Reyes* (tesis de licenciatura), Suecia, Universidad de Karlstads, 2022. Consultado en <<https://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:1654797/FULLTEXT01.pdf>>.
- Hidalgo Xirinachs, Roxana, “Sexualidad, agresión y autonomía en la mujer. Contribuciones psicoanalíticas actuales”, en *Actualidades en Psicología*, vol. 18, núm. 105 (2002), pp. 80-93.
- Hinojosa, Hugo Alfredo, “Dolores Reyes: literatura para no olvidar a nuestras muertas”, en *El Universal*, México, 26 de diciembre del 2020. Disponible en: <<https://confabulario.eluniversal.com.mx/dolores-reyes-cometierra/>>.
- Ibarra López, Jorge, “Identidad y pertenencia: Factores que determinan el presente y el futuro del devenir social, observados desde la complejidad”, en *593 Digital Publishers CEIT*, vol. 8, núm. 5 (2023), pp. 157-170.
- Iza Villacís, Víctor Adolfo, “¿Qué es la verdad? Una breve aproximación al sentido de la verdad en Heidegger y Levinas”, en Víctor Adolfo Iza Villacís (ed.), *Persona, educación y filosofía: reflexiones desde la educación universitaria*, Quito, Editorial Abya-Yala, 2018, pp. 143-153.
- Jacinto, Lizette, “Racismo, cuerpo y violencia en México. Algunas claves para su reflexión”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, pp. 239-276.
- Jankélévitch, Vladimir, *El espíritu de resistencia. Textos inéditos 1943-1983*, Barcelona, Alpha Decay, 2019.
- Kliegman, Robert, Bonita Stanton, Joseph Geme, Nina Schor y Richard Behrman, *Tratado de pediatría*, España, Elsevier, 2016.
- Kristeva, Julia, “Tiempo de mujeres”, en *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Lagarde, Marcela, “La política feminista de la solidaridad”, en *Mujeres en red. El Periódico Feminista*, España, 11 de junio de 2009. Disponible en <<https://www.mujeresenred.net/spip.php?article1771>>.

- _____, “Pacto entre mujeres. Sororidad” (ponencia), Madrid, Coordinadora española para el lobby europeo de mujeres, 2006, pp. 123-135. Consultado en <<https://www.asociacionag.org.ar/pdfaportes/25/09.pdf>>.
- Lamas, Marta, “La antropología feminista y la categoría “género”, en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30 (1986), pp. 173-198.
- Lara Espinoza, Daniela, “Violencia masculina en los fundamentos de la violencia contra las mujeres en Chile (2010-2014): La importancia de su visibilización y de generar un cambio sociocultural”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, pp. 419-454.
- Laursen, Brett; Collins, Willard Andrew, “Interpersonal conflict during adolescence”, *Psychological Bulletin*, vol. 115 (1994), pp. 197-209.
- Levinas, Emmanuel, *Totality and infinity: an essay on exteriority* [trad. Alphonso Lingis], Pittsburgh, Duquesne University Press, 1969.
- Lobo, Luiza, *A literatura de autoria feminina na América Latina*, Río de Janeiro, UFJR, 2000.
- Martínez, Adelaida, “Feminismo y literatura en Latinoamérica”, en *Revista Historia de las Mujeres*, año 1, núm. 3 (1999). Consultado en <https://www.cemhal.org/antecedentes/1999_2000/3_articulo.pdf>.
- Masiello, Francine, *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.
- _____, “Texto, ley, transgresión: especulación sobre la novela (feminista) de Vanguardia”, en *Revista Iberoamericana*, vol. 132-133, núm. 51 (1985), pp. 807-822. Consultado en <<https://www.liverpooluniversitypress.co.uk/doi/epdf/10.5195/revibe-roamer.1985.4114>>.
- Mattalia, Sonia, “Un invisible collage: la narrativa de mujeres en América Latina”, en Trinidad Barrera y Fernando Aínsa (coords.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo III. Siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2008.
- Muñiz Pérez, Rafael y Vilchis Díaz, Rebeca, “La tortura como práctica social en México: Un dispositivo biopolítico”, en Lizette Jacinto (coord.), *Racismo, cuerpo y violencia en América Latina*, Ciudad de México, Ediciones del Lirio, 2019, pp. 343-380.

- Muñoz Cadima, Willy Óscar, *El personaje femenino en la narrativa de escritoras hispanoamericanas*, Madrid, Pliegos, 1992.
- Nancy, Jean-Luc, *Ser singular plural* [trad. Antonio Tudela Sancho], Madrid, Arena Libros, 2006.
- Navarro, Brenda, *Casas vacías*, Ciudad de México, Sexto Piso, 2022.
- Nordstrom, Carolyn, *Shadows of War: Violence, Power, and International profiteering in the Twenty First Century*, Berkeley, University of California Press, 2004.
- Nussbaum, Martha, “Objectification”, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 24, núm. 4 (1995), pp. 249-291.
- Ordoñez Gallego, Amalio; Lacasta Reverte, Ma. Antonia, “El duelo en los niños (la pérdida del padre/madre)”, en Carlos Campo Herrero y Pedro T. Sánchez Hernández (eds.), *Duelo en oncología*, Madrid, Sociedad Española de Oncología Médica, 2007, pp. 121-136.
- Ortiz Leroux, Sergio, *Las formas de la fraternidad*, Ciudad de México, UNAM-Coyoacán, 2016.
- Paz, Octavio, “La revuelta”, en *Corriente alterna*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1982.
- Pérez Bernal, Ángeles Ma. Del Rosario, *Escritura y resistencia: entre Elena Garro, Hannah Arendt y Gilles Deleuze*, Ciudad de México, Universidad Autónoma del Estado de México-Juan Pablos Editor, 2019.
- Pérez de Pineda, Ligia, “Femicidio / feminicidio”, en Universidad Francisco Marroquín, s. f. Disponible en <<https://educacion.ufm.edu/femicidio-feminicidio/>>.
- Pérez-Illzarbe Serrano, Paloma, “La búsqueda de la verdad: filosofía y ciencias en Carlos Vaz Ferreira”, en *Anuario filosófico*, vol. 38, núm. 83 (2005), pp. 801-820.
- Peterson, Christopher; Seligman, Martin, *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification*, Washington, Oxford University Press, 2004.
- Pfeiffer, Erna, *Exiliadas, emigrantes, viajeras. Encuentro con diez escritoras latinoamericanas*, Verveurt, Frankfurt am Main, 1995.
- Preston Rohner, Ronald, *Handbook for the study of Parental Acceptance and Rejection*, Connecticut, Universidad de Connecticut, 1984.

- Revet, Sandrine y Altez, Rogelio, “Contar los muertos para contar la muerte: Discusión en torno al número de fallecidos en la tragedia de 1999 en el estado Vargas-Venezuela”, en *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 46, (2005), pp. 21-43. Consultado en <<https://www.redalyc.org/pdf/3477/347730361003.pdf>>.
- Reyes, Dolores, *Cometierra*, Madrid, Sigilo, 2019.
- Rueda, María Helena, “Nación y narración de la violencia en Colombia (de la historia a la sociología)”, en *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, vol. 74, núm. 223 (2008), pp. 345-359. Consultado en <<https://www.liverpooluniversitypress.co.uk/doi/epdf/10.5195/reviberoamer.2008.5269>>.
- Sabato, Ernesto, *La resistencia*, Ciudad de México, Austral, 2004.
- Salazar, Roberto, “Cometierra: reseña literaria”, en *Revista Cuerpo y Territorio*, (2021). Consultado en <<https://www.revistacuerpoyterritorio.com/2021/04/30/cometierra-resena-literaria/>>.
- Scribano, Adrián “El amor filial como acción colectiva y confianza”, en *Sociologías*, año 21, núm. 52 (2019), pp. 104-131. Consultado en <<https://www.scielo.br/j/soc/a/yDx3mTsMQskjK9s9WmRVgPL/?format=pdf>>.
- Secreto, Cecilia, “Herencias femeninas: nominación del malestar”, en Cristina Piña (ed.), *Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben)*, Buenos Aires, Biblos, 1997, pp. 149-202.
- Segato, Rita Laura, *Contra-pedagogías de la crueldad*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2018.
- _____, *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2013.
- _____, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2003.
- _____, *La guerra contra las mujeres*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2021.
- Shlovsky, Víktor, “Art as a technic”, en Julie Rivkin y Michael Ryan (ed.) *Literary Theory: An Anthology*, Oxford, Blackwell Publishers, 1998.

- Singer, Ariane, ““Cometierra”, de Dolores Reyes: el fluir de una tierra argentina”, en *Le Monde*, París, 3 de septiembre de 2020. Disponible en <https://www.lemonde.fr/critique-litteraire/article/2020/09/03/mangeterre-de-dolores-reyes-le-flux-de-la-terre-argentine_6050878_5473203.html>.
- Sternberg, Robert, “A Triangular Theory of love”, en *Psychological Review*, vol. 93, núm. 2 (1986), pp. 119-135.
- Sureda García, Inmaculada, “Autoconcepto y adolescencia. Una línea de intervención psicoeducativa”, en *Educació i cultura: Revista interuniversitaria de didáctica*, núm. 16 (1998), pp. 157-170.
- Tornos Cubillo, Andrés, *Inculturación. Teología y método*, Madrid, Descleé de Brouwer, 2001.
- Vázquez, Cristián, “Dolores Reyes y el saber de la tierra”, en *Letras Libres*, (2020). Consultado en <<https://letraslibres.com/literatura/dolores-reyes-y-el-saber-de-la-tierra/>>.
- Verran, Helen, “Number as an Inventive Frontier in Knowing and Working Australia’s Water Resources”, en *Anthropological Theory*, vol. 10, núm. 1-2 (2010), pp. 171-178. Consultado en <<https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/1463499610365383>>.
- Zarkin, Jessica; Merino, José y Fierro, Eduardo, “Desaparecidos”, en *Nexos: Sociedad, Ciencia, Literatura*, vol. 37, núm. 445 (2015), pp. 11-17. Consultado en <<https://www.nexos.com.mx/?p=23811>>.